

The background is a vibrant, abstract collage. It features various shapes and colors: bright orange, pink, blue, green, and black. There are white, irregular outlines that resemble hand-drawn figures or speech bubbles. Interspersed throughout are fragments of text in different fonts and orientations, some appearing to be from newspaper articles or documents. The overall style is dynamic and layered.

ÁREA DE VEJEZ Y TRABAJO SOCIAL

**DIÁLOGOS (IM)PERFECTOS
VEJECES Y FEMINISMOS**

SANDRA SANDE
ROMINA MAUROS
(COMP.)

Universidad de la República
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Trabajo Social
Área de Vejez y Trabajo Social

Diálogos (im)perfectos/Vejeces y feminismos



Romina Mauros
Sandra Sande
(Comp.)

Financiación:

Facultad de Ciencias Sociales
Unidad de Extensión
Espacio de Formación Integral

Revisión por pares:

Teresa Dornell
Sandra Sande
Jenny Segovia
Romina Mauros

Corrección:

Sandra Sande

Diagramación:

Romina Mauros

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

ISBN 978-9915-42-175-9

Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Tradinco, diciembre 2023

Equipo Organizador:

Área de Vejez y Trabajo Social

Teresa Dornell

Sandra Sande

Romina Mauros

Yamila Capurro

Natalia Elgarte

Jenny Segovia

Mauricio Arreseigor

Florencia Medina

Angie Tamborindeguy

Índice

Prólogo	
Ana Agostino	9
Presentación. Narrativas, construcciones de identidades y poder femenino en las vejeces	
Teresa Dornell.....	15
Las autoras.....	23
Enunciarse desde las heridas: encuentros intergeneracionales de mujeres en Uruguay	
Yamila Capurro y Natalia Elgarte.....	27
Paisajes gerontológicos	
Dornell, Teresa	49
Vejeces femeninas en el medio rural: del olvido al silenciamiento	
Mag. Mauricio Arreseigor y Lic. Georgina Martínez....	91
Armarios: La des-sexualización de la vejez como forma de deshumanización	
Sandra Sande y Romina Mauros	117
Maternar es político. Maternajes y curso de vida	
Jenny Segovia	143

Prólogo

Ana Agostino

Uruguay es un país que, según el Director del Instituto de Estadística en referencia a los datos preliminares del censo dados a conocer en noviembre de 2023, “presenta mucho envejecimiento de la población”. Ésta fue una de las principales conclusiones levantadas por la prensa con análisis asociados respecto a la urgencia de la reforma de la seguridad social para responder a estos datos “preocupantes” y a los desafíos que enfrenta el Estado para mitigar esta tendencia. En esa mirada, la población es una sumatoria de grupos etarios con características particulares y, sobre todo, con capacidades que van decreciendo en su aporte a la producción mientras aumentan sus requerimientos para la protección social. Esa mirada binaria entre cuerpos aptos para la producción y otros que la han perdido, determina una perspectiva de la vejez, en singular, como un estado de la vida sin demasiadas expectativas más allá de los roles asignados socialmente para esa etapa. El presente texto puede ser leído como una fuente de provocación e inspiración para reconocer la multiplicidad de vejezes posibles y también para analizar las condicionantes, en algunos casos impedimentos, en otros estímulos, para la concreción autónoma de esas vidas diversas que nunca son

estancas y que siempre se asientan en recorridos personales, comunitarios y en permanente interrelación.

El texto está escrito desde una perspectiva feminista en su interseccionalidad con la edad y otras dimensiones, y está escrito desde el Trabajo Social, o quizás pueda decirse, en diálogo permanente con esa interseccionalidad y con la propia profesión, indagando sobre las formas de generación de conocimiento y cuestionando paradigmas y prácticas establecidas como universalmente válidas. En ese sentido, los artículos abordan las vejez diversas, con un criterio común del devenir y de trayectos vitales entrelazados entre sí y con los entornos, desde marcos no necesariamente coincidentes, pero sí vinculados con la gerontología crítica, la gerontología feminista y la gerontología decolonial. El análisis de la evolución de los modelos gerontológicos es uno de los temas abordados, evidenciando cómo la disciplina fue acompañando cambios en el pensamiento crítico y en los estudios feministas que habilitaron nuevas lecturas no sólo sobre las vidas sino también sobre los cuerpos condicionados por el modelo capitalista patriarcal.

Las visiones dominantes del envejecimiento rara vez reconocen la multiplicidad de formas de envejecer, siendo éste un proceso que dura toda la vida y que es biológico, socialmente construido, cultural, situacional y está influido por las diversas características que -desde un enfoque interseccional- desempeñan un papel en la vida de cada persona en particular. No es, por tanto, una situación en la que una se encuentra, sino un proceso de “devenir” condicionado por las circunstancias físicas y del entorno, dentro de un sinfín de múltiples relaciones en las que interviene la agencia de cada persona. El

género es una dimensión clave para comprender los matices de este proceso de devenir. El papel construido de las mujeres a lo largo de su vida como parte de la división sexual del trabajo les ha asignado la responsabilidad casi exclusiva dentro de las familias y en la sociedad de las tareas de cuidado, continuando muchas de estas responsabilidades en la vejez, sin dar lugar a otras prácticas asociados al goce, al disfrute, a la decisión propia sobre la cotidianidad. Como plantea uno de los artículos (Dornell), el modelo hegemónico de juventud no da lugar a valores y significados positivos ligados a la vejez, en particular a las vejezes de las mujeres.

Los artículos incluidos en el libro analizan estos fenómenos cuestionando esas miradas dominantes, y aportando nuevos lenguajes y nuevas metodologías que se convierten en herramientas innovadoras para el abordaje de las vejezes en su diversidad.

El lenguaje es uno de los ejes de análisis en tanto instrumento de cambio y transformación. Nombrar de maneras diversas habilita nuevas lecturas. Así, se habla de mujeres envejecientes y mujeres envejecidas, se hace referencia a procesos frente a los cuales las mujeres están hartas y a la vez son pioneras y militantes de la gestación de nuevas realidades, frente al lenguaje dominante sobre la vejez como el deterioro de funciones biológicas, se resalta el acumulado de experiencia vital, sabiduría y conocimientos, en el análisis de las vejezes en entornos rurales, en los que suele verse a las mujeres viejas como parte de un medio atrasado, no moderno, “desplazadas hacia la periferia del mundo” (Arreseigor y Martínez), se hace referencia a que estas mujeres simultáneamente son representantes de las resistencias hacia el modelo occidental

con otros parámetros sobre el bienestar, la calidad de vida y formas de comprender el mundo, y se ubican estos análisis en una “ecología de las vejeces” (Dornell) dimensionando los aspectos relacionales y de agencia en estas trayectorias vitales que están siempre en articulación con otros y otras, con la comunidad, con las políticas y con el entorno.

Otro eje que atraviesa el libro es la generación de conocimientos trascendiendo las jerarquías que se establecen desde lo académico e incorporando diversas metodologías que se asientan en diálogos de saberes que cuestionan el pensamiento hegemónico y rescatan memorias y experiencias de vida (Capurro, Elgarte). Ese pensamiento hegemónico sobre la vejez que esencializa a las mujeres viejas y niega sus particularidades está analizado en profundidad en el libro en las diversas experiencias que se presentan (incluyendo múltiples intersecciones como clase, raza, sexualidad, territorio). Es a partir de allí, y recurriendo a las gerontologías críticas que se presentan propuestas metodológicas que permiten rescatar saberes silenciados, habilitar diálogos en los que las personas que viven las vejeces sean quienes las enuncien, complejicen las categorías de análisis y las desigualdades que las atraviesan. Como plantea uno de los artículos (Sande, Mauros), para algunas vejeces no son sólo las voces que se silencian sino la propia existencia, como en el caso de las personas trans, queer, no binarias, intersex, quienes son empujadas hacia un “no lugar”, en el imaginario social y en la política pública pensada exclusivamente desde la heteronormatividad.

El libro cierra con un artículo sobre maternajes y curso de vida (Segovia), y podría leerse una intencionalidad en ese cierre de un libro sobre vejeces incorporando la discusión

desde el feminismo en torno a las maternidades, y por extensión al comienzo de la vida. El artículo presenta el concepto de maternaje como “categoría analítica que permite recuperar el valor político de la maternidad y el ejercicio de la crianza”. En ese análisis incorpora varios conceptos, el de curso de vida (asociado a trayectorias vitales de las mujeres en las que se intersectan los tiempos propios de la vida con el tiempo histórico social), el ecofeminismo (resaltando la vinculación con la naturaleza y la ética del cuidado que pone la vida en el centro y denuncia la sobre explotación y la extracción capitalista) y los afrofeminismos (corriente del feminismo que, a partir de la experiencia de la esclavitud, ha defendido el carácter político y revolucionario de la maternidad que le disputa el trabajo al capitalismo y reivindica a la familia como espacio de resistencia). Como resultado de ese recorrido resalta la necesidad de ubicar las maternidades por fuera del patriarcado.

Retomando los análisis del conjunto de artículos desde las gerontologías críticas, y haciendo una lectura de todo el texto desde el concepto de curso de vida, emerge con claridad la crítica a una sociedad capitalista patriarcal asentada en la defensa de una mirada hegemónica de dominio del capital sobre la Vida. El foco fundamental, sin embargo, lo constituyen los aportes para deconstruir esas miradas y generar conocimientos y metodologías que, colectivamente, permitan trascender construcciones y mandatos que condicionan no sólo las vejeces sino todas las trayectorias vitales. Visibilizar otras posibilidades de existencia, politizar la cotidianidad, priorizar los vínculos y la relacionalidad, partir de crianzas transgresoras de las normas dominantes, proponerse inten-

cionalmente contribuir con políticas diversas para vidas diversas, todo ello hace parte de este libro que desde el título hace evidente su vocación de diálogo y de recorrido colectivo hacia vejezes dignas en su multiplicidad.

Presentación

Narrativas, construcciones de identidades y poder femenino en las vejeces

La noción de narrativa se define como un modo de comunicación cuya forma es la de una historia con una secuencia ordenada de sucesos. Se compone por una estructura de significado que da comprensibilidad a la experiencia, y se sostiene en valores culturales que permiten interpretar, estructurar y organizar la vida cotidiana a través de un orden de sentido (Fischer, 1987, citado en Iacub, 2015).

La intención de esta publicación es poder presentar un conjunto variado de artículos que permita identificar y criticar reflexivamente las intersecciones sobre los envejecimientos y las vejeces, a partir de narrativas que permitan desarrollar y aportar algunas interrogantes y discusiones que se vienen gestando e interpelando deliberativamente desde el Área de Vejez y Trabajo Social (AVYTS).

Está área funciona formalmente desde el año 2008 en el departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República que se configura como espacio de debate y diálogo que no sólo nuclea a es-

tudiantes, docentes y profesionales de Trabajo Social, sino a otras disciplinas de las ciencias sociales y de la salud

La finalidad de esta nueva publicación desde el AVYTS es incursionar junto al lector/a en una recorrida de debates actuales, siendo la cuestión central pensar en las vejeces de una perspectiva de género, rescatando los aportes de las escritoras nacionales acerca de la conceptualización e intervención en la cuestión social de las vejeces y el envejecimiento en nuestro país, desde las miradas transversales de la interseccionalidad y los posicionamientos de la gerontología feminista- crítica.

¿Cómo se ha llegado a estas complejas e interpelantes discusiones y desafíos en algunos países de Latinoamérica, cuando se colocan en disputa las vejeces y sus procesos desde una perspectiva feminista?

Para responderlo, se deberían efectuar efímeros trazos en la historia de la vejez y sus diversas significaciones, en tanto crecimientos y retrocesos de su propio devenir. Si se hace un poco de historia, no se debe olvidar que los estudios sobre la vejez, se asociaban a la fase final de la vida, con correlatos sobre la dependencia o las enfermedades en esta etapa de la vida, considerándola un momento del ciclo de vida como de derrumbe, decrepitud y decadencia de los seres humanos, por lo tanto, de la muerte.

Eventos estos que se acompañaban de la reproducción de un conjunto de juicios calificativos hacia las personas viejas, agrupando epítetos prejuiciosos y perjudiciales que se constituyeron en estereotipos de la vejez, fomentando miradas y comportamientos de discriminación hacia este grupo humano, como son los viejismos, el edaísmo o los mitos, solo para

mencionar algunos de ellos; y que conformaban a su vez una serie de acciones donde la prevención y/o protección de las personas mayores no estaban en la agenda pública.

Recién en la década de los '70, aparecen las primeras producciones dando origen a una serie de investigaciones en el campo académico, fuertemente relacionadas con las teorías del envejecimiento celular en la vejez y el fenómeno del crecimiento en el envejecimiento, las cuales mayoritariamente procedían de países de Europa y de Estados Unidos, preocupados por los indicadores que demostraban un aumento en la población adulta mayor y no encontraban explicaciones a este fenómeno.

Posteriormente en la década de los '80 se comenzaron a preocupar por este nuevo fenómeno poblacional dando paso estudios demográficos y sus análisis de las transiciones, apareciendo una disciplina que se preocupara e investigara sobre estos procesos y problemas sociales y económicos, los aspectos psicológicos, las bases fisiológicas y los componentes biológicos en la vejez y envejecimiento como es la gerontología.

En la década de los '90, las producciones académicas crecen de manera exponencial, especialmente en España e Italia y arriban en los países latinoamericanos teniendo una gran influencia en los ámbitos universitarios en los cuales se venía investigando sobre la temática como es en Cuba y México, así como en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay).

Estos antecedentes históricos, fueron construyendo concepciones diversas sobre la vejez y sus procesos de envejecimiento, consensuando con el paso del tiempo y el poder del saber de la colonialidad una visión única de la vejez y sus mani-

festaciones, fundada en mecanismos científicos que validaron los conocimientos como únicos y verdaderos, a partir de clasificaciones binarias y universales para estudiar y explicar estas temáticas, logrando imponerse como verdades absolutas, las cuales fueron fundamentadas a través de las teorías del campo de la gerontología.

Estas perspectivas de comprender la vejez, fueron puestas en discusión, especialmente en Latinoamérica con los aportes que brinda el giro decolonial, a partir de las epistemologías del sur, que colocan en la escena otras centralidades de ideación, junto a dimensiones que permiten tomar conciencia de los dominios de alienación, como del poder ideológico que penetra y socaba las nuevas formas de investigar, de producir saberes dialógicos colectivos, instituyentes y contestatarios al orden vigente.

Las perspectivas decoloniales, ofician como campo de los posibles, habilitando al pensamiento a exponerse e interpretar las realidades de la vejez bajo ópticas plurales y diversas, así como, develando lo que está oculto en esas realidades de las vejeces, permite aflorar lo que está latente, lo que se ha excluido o intencionalmente encubierto para no ser descubierto. Es así, que estos nuevos lentes en las vejeces favorecen el reconocer las exclusiones históricas a las que han sido sometidas las mujeres por el poder y dominio ejercido por el patriarcado, bajo el mandato de control moral heterosexual y hetero-normativo del machismo.

La manera de cómo problematizar crítica y reflexivamente la temática de género, es colocar nominativa, en el sentido de denominar designando los que ocurre por su nombre, a

través de las mediaciones como constructos teóricos conceptuales de nombrar que es lo que adviene con el patriarcado, como expresa De Miguel (2015) en el marco del patriarcado, sistema es donde se propaga una “ideología de la naturaleza diferente y complementaria de los sexos” que sienta las bases para que se pongan en práctica determinados comportamientos, que de no cumplirse conllevan una sanción. Por lo tanto, se da una “jerarquización de los géneros” donde se configura el sometimiento de uno sobre otro (De Miguel, 2015, citado en Merlo, 2018, 27).

Por eso, las prácticas investigativas de las disciplinas, pero en especial la de Trabajo Social que contiene un consolidado origen en la intervención, debe encontrarse con la producción teórica reflexiva, como territorio a explorar en el área de las vejez, envejecimientos y género, como campo de conocimiento que colocara en contienda las lógicas de la exposición como las lógicas de la argumentación, permitiéndose a través de los rodeos, incursionar “elevándonos” del mundo de la pseudo-concreción como esfera primaria del mundo de la apariencia de la vida cotidiana, del presente vivido, trascendiendo hacia el mundo de la existencia, como campo de luchas y conquistas posibles de saberes decolonizados y poderes oblicuos contra-hegemónicos.

Se convierte en una responsabilidad de las ciencias sociales la contribución en los campos de investigación, impulsando el salto cualitativo de dejar de ser meros consumidores de conocimientos para transformarse en productores de los mismos.

El promover, “que se avance en la conquista de espacios estratégicos para el desarrollo de investigaciones sobre vejez y

sus diversas intersecciones, disputando con otras disciplinas de las ciencias sociales la revisión de las manifestaciones y procesos sociales complejos” (Ierullo, 2012, p.200).

Pero, para que ello ocurra el Trabajo Social deberá de-construir paulatinamente su lugar de subalternidad histórica disputando el poder para nombrar la realidad social en la interviene e investiga.

El estudiar sobre género requiere partir de esa nomenclatura que lo impone como constructo teórico conceptual que pretende colocar en debate la premisa de la conformación de la sociedad en base a la supremacía masculina, sociedad que ha desplazado y significado al género femenino en torno a roles, cuyas características matrices se visualizan y ejercen a partir de realizar y concretizar acciones vinculadas únicamente a la esfera de la vida privada, de la vida doméstica. Considerando que las mujeres deben transmitir esos prefijos que forjan *imágenes* de cómo ser y estar en el mundo, de una generación a otra, marcando una impronta, como huella, que queda grabada a fuego y deja cicatrices no visibles, de que debe y como debe ser mujer y como debe transitar esos (sus) trayectos en su vida.

Al respecto Yuni y Urbano (2008) expresan que: “Desde el siglo pasado, género y vejez son categorías culturales específicas que posibilitan la revisión de las estructuras de dominación sobre mujeres y mayores; dando cuenta la teoría del doble riesgo de la desigualdad asociada a edad y género” (p. 155).

Tránsitos que están tejidos y teñidos de luchas de las mujeres en general y de las mujeres viejas en particular, que con los saberes decoloniales e interseccionales, se han logrado despojar de las ataduras e investiduras de encorsetamiento de las

cuerpas¹ sentí-pensantes, hacia nuevos espacios de conquista y de reclamos de sus derechos y reconocimientos en la esfera del amor como de la solidaridad.

Se espera que este compendio de narrativas que se pretenden compartir, sea un aporte más al devenir de las discusiones en estos campos de disputas de los saberes y poderes en las vejezes, en los envejecimientos y en los reconocimientos y cursos de vida de las mujeres viejas.

Teresa Dornell
Coordinadora del AVYTS
Noviembre de 2023

Referencias bibliográficas

- Iacob, R. (2013). El poder y la vejez. Entre el desempoderamiento y el empoderamiento. Buenos Aires, Argentina: Pami.
- Ierullo, M. (2012). Reflexiones acerca de los desafíos del Trabajo Social en relación a la investigación en Ciencias Sociales. En: Revista "Debate Público. Reflexión de Trabajo Social" - Año 2 - Nro. 3.
- Merlo, Y. (2018). Vejezes descolonizadas desde una perspectiva de género. En: Revista: Actas de Periodismo y Comunicación Social; vol. 4, no. 2. Universidad Nacional de La Plata (UNLP, Argentina.
- Yuni, J. y Urbano, C. (2008). Envejecimiento y género: perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento femenino. Revista Argentina de Sociología [online]. vol.6, No.10, pp. 151-169. Disponible: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-32482008000100011

1 En donde se ha depositado históricamente esquemas no conscientes de cómo percibir y actuar, el fin crucial es hacer visible aquellas desigualdades que las encorsetan, constriñendo en sus deseos y ambiciones, como en su autonomía e independencia.

Las autoras

Georgina Martínez

Licenciada en Trabajo Social y en Ciencias Sociales. Universidad de la República, Uruguay. Maestría en Evaluación de Políticas Públicas (en curso). Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina. Maestría en Atención Integral Gerontológica (en curso). Universidad mexicana de estudios de posgrados, México. Correo electrónico: georginamartinez789@gmail.com

Jenny Segovia

Socióloga. Doctoranda en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Sus temas de estudio refieren a trayectorias estudiantiles, feminismos y maternidades. Docente en la Unidad de Asesoramiento y Evaluación de la Facultad de Ciencias Sociales, en el programa de evaluación e indicadores de enseñanza. Correo electrónico: segovia.jenny@gmail.com

Mauricio Arreseigor

Trabajador Social. Licenciado en Gerontología otorgado por la Universidad Maimónides. Máster en Gerontología Social obtenido en la Universidad de Barcelona y máster en atención especializada a personas y familiares de individuos con enfermedad de Alzheimer de la Universidad de Salamanca. Doctorando en Investigación Gerontológica en la Universidad Maimónides. Docente Centro Universitario Regional Litoral Norte / Departamento de Ciencias Sociales. Correo electrónico: mauriarreseigor@gmail.com

Natalia Elgarte

Bach. en Trabajo Social. Integrante del Área de Vejez y Trabajo Social (AVYTS)- Departamento de Trabajo Social (DTS)-Facultad de Ciencias Sociales (FCS)- Universidad de la República (Udelar). Correo: elgartenatalia@hotmail.com

Romina Mauros

Trabajadora Social. Maestranda en Trabajo Social, Universidad de la República. Sus temas de estudio refieren a vejez y envejecimiento, género y diversidad. Docente del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales. Correo electrónico: romina.mauros@cienciassociales.edu.uy

Sandra Sande

Trabajadora Social. Doctora en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales Universidad de la República. Socióloga. Magister en Trabajo social por la Udelar y en Psicogerontología por la Universidad Maimónides. Sus temas de estudio refieren a vejez y envejecimiento, género, violencias y formación profesional. Docente del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales. Correo electrónico: sandra.sande@cienciassociales.edu.uy

Teresa Dornell

Trabajadora Social. Profesora adjunta, coordinadora del Proyecto Integral Cuidado Humano, Derechos e Inclusión Social. Coordinadora del Área de Vejez y Trabajo Social (AVYTS). Correo electrónico: teresa.dornell@cienciassociales.edu.uy

Yamila Capurro

Trabajadora Social, cursando especialización en fundamentos teóricos del Trabajo Social, Integrante del Área de Vejez y Trabajo Social (AVYTS)- Departamento de Trabajo Social (DTS)-Facultad de Ciencias Sociales (FCS)- Universidad de la República (UdelaR). Correo: cupu292@hotmail.com

Ana Agostino

Trabajadora Social egresada de la Universidad de la República, Uruguay, realizó estudios de post grado en la Universidad de Bremen, Alemania, y tiene un Doctorado en Estudios del Desarrollo de la Universidad de Sudáfrica (UNISA). Ha sido docente e investigadora invitada en temas de desarrollo, género, educación y derechos humanos en universidades de Uruguay, Sudáfrica, Alemania, Holanda e Italia. De 2013 a 2017 integró el Sistema Nacional de Investigadores, ANII, Uruguay, Grado 1. Entre 2014 y 2019 fue la Defensora de Vecinas y Vecinos de Montevideo.

Enunciarse desde las heridas: encuentros intergeneracionales de mujeres en Uruguay

Yamila Capurro y Natalia Elgarte

Resumen

El siguiente ensayo analiza la primera serie de encuentros intergeneracionales de mujeres en el Uruguay¹ impulsados desde el AVYTS². Dichos encuentros parten de reconocer el privilegio epistémico adjudicado al ámbito académico, y al mismo tiempo, de las intenciones de superar ciertas lógicas de producción hegemónica de la verdad.

Estas interpelaciones junto a otras, habilitan espacios compartidos de enunciabilidades y escuchas, en donde el conocimiento instituido se desplaza de sus epicentros patriarcales. En base a ello, nos focalizamos en los conocimientos otros co-construidos por mujeres, desde el potencial de las grupa-

1 Encuentros realizados en los departamentos de Montevideo, Rivera y Salto.

2 En coordinación con la Unidad de Extensión y Actividades en el Medio de la Facultad de Ciencias Sociales.

lidades y la resignificación de sus vivencias cotidianas. Las experiencias particulares del performar-nos como mujeres no se reducen a subjetividades individuales, sino que dan cuenta de procesos históricos-situados y compartidos.

En este recorrido se percibe nítidamente que, en cuanto mujeres envejecientes nos atraviesan similares mecanismos de opresión, los cuales se imponen a lo largo de toda la vida y se agudizan en las vejez. Cabe destacar que estos transitar han abierto la posibilidad de visibilizar manifestaciones y reivindicaciones de maneras conjuntas e intergeneracionales; quedando aún cuantiosos caminos por des-andar.

Palabra clave: Género, envejecimiento, conocimientos situados, intergeneracionalidad.

Introducción

En enero y febrero del año 2022, desde el Área de Vejez y Trabajo Social (AVYTS) de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, se impulsaron una serie de encuentros intergeneracionales de mujeres. Estos espacios se enmarcaron en el Proyecto de Acción Integral “Nuevas y viejas expresiones de la desigualdad: la configuración del Uruguay en contexto de pandemia” junto al Espacio de Formación Integral (EFI) “Vejez, Interdisciplina y Trabajo Social”. Las jornadas se desarrollaron en las ciudades de Salto, Montevideo y Rivera y convocaron a un aproximado de cuarenta mujeres con edades entre 24 y 85 años, con el objetivo general de articular, género, relaciones de edad y saberes.

El objetivo de este trabajo es dar cuenta de las reflexiones que estos encuentros han desencadenado, problematizando la producción hegemónica de conocimientos en el campo gerontológico a través de la experiencia de encuentros intergeneracionales.

El trabajo se estructura en tres apartados, los cuales fueron seleccionados a modo de generar un proceso de exposición con un posible orden que habilite la comprensión de quienes no hayan participado de estos encuentros. Dado que en los mismos se dan complejos entramados que se retroalimentan gestando saberes otros con potencialidades locales y comunitarias.

Partimos presentando la propuesta implementada en los tres encuentros, las dinámicas fueron planificadas para que puedan ser replicadas en todos los casos de igual forma. La metodología implementada fue una mixtura entre elementos lúdicos disparadores y momentos reflexivos basados en las narraciones compartidas.

El segundo apartado, el más extenso, coloca las principales discusiones y reflexiones que surgieron de los encuentros. Se tomaron a estos efectos los aspectos más relevantes y que aportan a la discusión sobre la intersección de género y edad. Surgen así, como dimensiones a destacar aquellas vinculadas a las implicancias del ser mujer a partir de los recorridos vitales de las participantes. Germina también la potencia de lo intergeneracional como factor relevante a la hora de pensar las relaciones sociales que se construyen entre los tramos etarios.

Por último, a modo de recapitulación y reflexión se retoman diversas aristas de las corporalidades situadas con sus probables identificaciones, desde sus múltiples expresiones en diálogo permanente con una perspectiva feminista. Aspirando a plasmar una de las posibles síntesis de los saberes volcados en las tres grupalidades, sin pretensión de arribar a conclusiones absolutas, sino por el contrario, la de desplegar una propuesta que posiciona saberes otros con anclaje territorial y en clave de género.

La propuesta

Los encuentros fueron pensados desde la mirada de los territorios, por ello se optó por establecer diversos locus contextuales. En principio la experiencia abarcó a tres departamentos del país, los cuales fueron seleccionados en función a dos criterios operacionales. En primer lugar, Rivera, Salto y Montevideo cuentan con referentes del AVYTS quienes trabajan en el campo gerontológico de sus respectivas localidades y cuentan con conocimiento de la población y territorio. En segundo lugar, porque las diferencias sociodemográficas de los tres departamentos se materializan en experiencias singulares, permitiendo abarcar una muestra amplia de recorridos sociales.

Con el objetivo de facilitar la exposición de la experiencia se distinguirán dos grupos de análisis, el primer grupo se conforma por la experiencia de Salto y Rivera y; el segundo por la experiencia de Montevideo. La separación obedece a la distinción en la forma en que se desarrolla la convocatoria y la conformación final de los grupos.

Para el grupo 1, la convocatoria se realizó a espacios grupales ya conformados (REDAM, UNI3, AJUPENSAL, Casa del Adulto Mayor). Este grupo se caracteriza por presentar relaciones vinculares pre- existentes con mayores niveles de implicancia afectiva, este conocimiento previo de las participantes entre sí, facilitó la circulación de la palabra desde lugares comunes y recíprocos. En tanto para el grupo de Montevideo se convocó de manera direccionada apelando principalmente (pero no solo) a una búsqueda de perfiles distintos sin conocimiento previo entre ellas, no obstante, cada convocada presentaba un vínculo previo con su convocante. Los encuentros se llevaron adelante de forma híbrida, solapando virtualidad y presencialidad en donde participaron por cada instancia entre 11 y 15 participantes y 1 a 3 facilitadoras con una duración aproximada de 2 horas.

Las dinámicas fueron pensadas desde un enfoque participativo y grupal, para ello se utilizan las rondas de mujeres como dispositivos que potencian la grupalidad, en donde la palabra y la escucha transitan caminos circulares. Tal como afirma María Ramírez (2019), este modelo posibilita la recreación de las mujeres desde sí mismas, de sus modos de creer y practicar, definirse y redefinirse desde narrativas propias, corporales y experienciales. Como disparador se utilizó un objeto personal a partir del cual cada participante toma la palabra y se narra a sí misma a modo de presentación. El objetivo fue retomar los relatos compartidos y a partir de ellos resignificar y problematizar las experiencias de vida.

De esta forma, se abrió paso a un lugar de escucha segura, en donde mujeres de todas las edades se revelan a través de su enunciación como sujetas activas en la producción de cono-

cimientos a partir de su propia agencia en la vida cotidiana. Intercambios de este tipo, pueden ser considerados como potentes espacios de resistencia, en donde las mujeres a partir de la palabra reelaboran y reconstruyen su propia biografía a la vez que se construye una historia compartida.



Encuentro en la ciudad de Montevideo

Experienciar la resistencia

Las epistemologías del sur global se han esforzado por colocar el debate sobre la ausencia de experiencias que ha dejado tras de sí la racionalidad moderna, inhibiendo la emergencia de racionalidades otras y por lo tanto negando formas distintas de existencias. Ejemplo de ello puede encontrarse en las formas en que se ha adjetivado a diversas culturas del sur

global, a quienes se nos ha colocado la estampa de antiguas, inferiores, poco desarrolladas, etc.

El patriarcado hizo lo suyo con la existencia de las mujeres, a través de prácticas subalternizantes nos han colocado en lugares de menosprecio y negación. De esta forma, el proceso de producción de conocimiento y por lo tanto el currículum académico se ha visto embebido en esa lógica dominante, replegando los saberes de las mujeres y sobre todo de las mujeres viejas al lugar de lo inferior o frívolo. Nos convocó entonces, la intención de repensarnos a nosotras mismas como interlocutoras válidas de nuestras experiencias y de los saberes vinculados a ellas.

Enunciarnos desde el sabernos sujetas subalternizadas implica un movimiento transformador, implica enunciarse desde las heridas que nos ha dejado el patriarcado y ofrecer una experiencia práctica de resistencia. La valía de estas experiencias se encuentra en exponer el hecho de que las mujeres desarrollan estrategias que permiten confrontar situaciones de opresión desde la experiencia cotidiana.

Siguiendo a Zubero (2018) coincidimos en entender que las narraciones de las mujeres viejas han sido reconocidas desde la colonialidad patriarcal como narraciones recreativas o frívolas, sin reconocer su carácter reivindicativo o político. Lejos de esto, en los encuentros llevados adelante se observa una potencia política inmensa, en donde mujeres de todas las edades comparten su experiencia contra las sujeciones patriarcales y las lógicas domesticadoras.

Por ello, los encuentros desarrollados se ubicaron desde un lugar intencionadamente desmarcado de “lo académico”, re-

conociendo que los saberes circulan por múltiples espacios por fuera de las aulas. Nos encontramos, así, con grupalidades heterogéneas, signadas todas por vivencias únicas e igualmente compartidas. Entre telares de conocimientos cotidianos y vivenciales, reconociéndonos sujetas, aspirando a ser quizás, colectivas.

Re-conocernos en la diversidad

En estas grupalidades, un elemento sustancial fueron los diálogos inter-generacionales, entendemos por ello a la demarcación generacional como un acto meramente ordenatorio del corpus social. De esta forma “lo común y diferenciador” entre distintos tramos etarios, tiende a generar singularidades identificatorias -formas de ser y estar- con un contexto socio-histórico puntual, conformándose mediante esto cohortes generacionales.

Los empujes por fortalecer lo intergeneracional se gestan desde la imperiosa necesidad de intercambiar saberes, experiencias y vivencias desde la multiplicidad de performances que se despliegan en diversos cursos de vida de las mujeres en el país. El prefijo “inter” habilita encuentros entre lo propio y lo ajeno, que confluyen en una construcción colectiva que nos aúnan aún más. Los tres grupos convocados en el territorio han sido un fiel reflejo de esto. En este sentido, las dinámicas propuestas en las grupalidades operaron como facilitadoras para compartir experiencias que, si bien se presentan como diversas y singulares, en su esencia se constriñe los sustentos de un modelo de socialización patriarcal.

Son en estas “puestas en común” -en los inter-cambios- donde resurgen con mayor relevancia y posibilidades de problematizar conjuntamente las vivencias del ser mujer en contextos de permanentes opresiones. Tejiendo nodos centrales del saber colectivo desde las experiencias de vida, resignificando las mismas dado que:

La imposibilidad de elaborar las experiencias, de darles un sentido propio, es lo que debilita su transmisión. No obstante, Agamben (2007) sostiene que no es necesaria una catástrofe para la destrucción de la experiencia, sino que la propia cotidianidad en las urbes la facilita. La transmisión que se realizaba de generación en generación refería a lo aprendido, a lo cotidiano, a lo ordinario, no a lo extraordinario, sostiene el autor, lo que no da autoridad a quien trasmite algo con base en su experiencia. (Machado, 2019, p.29)

Como forma de resistencia, se opta por visibilizar, destacar y posicionar ciertos saberes de las mujeres en el territorio; siendo piedras angulares de esta propuesta. Por su parte, este artículo intenta (des)acartonar y (des)academizar la potencia de estos encuentros, a través de una sistematización “sentipensada”. Es decir, exponer de forma parcial, la síntesis de cada encuentro, que más allá de sus propias especificidades, forjaron conocimientos co-construido mediados por la escucha activa, la empatía y la sororidad.

Como se hizo alusión, luego de la presentación personal a través de un objeto referente a cada historia de vida, se tomaba un trozo de lana y se continuaba la ronda de forma improvisada, generando un telar, propio de la dinámica de presentación “tela de araña”. Esta presentación habilita una

conciencia de unidad, de entretejido desde quienes están presentes, poniendo el cuerpo y sus historias en una grupalidad que propone construir en colectivo, un saber otro situado.



Encuentro en la ciudad de Salto

“Si pudiéramos reconocer nuestra trayectoria como pioneras de tantas cosas, nuestra autoestima personal y el respeto por nuestra historia colectiva se verían altamente reforzados y a la vez dispondríamos del reconocimiento social que tal recorrido merece. La memoria es floja, por eso podría ser interesante tratar de mantener vivo el recuerdo, hablar de todo ello, poner en común fracasos, logros y experiencias y entre todas reconstruir esta historia silenciada. Una comunicación necesaria que evocará lágrimas, pero también risas y orgullo, recordando las astucias y estrategias puestas

en práctica que servirán para que las jóvenes generaciones tengan un sentimiento de pertenencia y genealogía.”³

En las tres grupalidades, la mayoría de los elementos expuestos, remitían directamente a una antepasada de cada mujer participe, que se (re)presentaba a través de su objeto seleccionado. Simbolizando así, una especie de conexión o sujeción con historias de clanes ancestrales. Este último concepto, el de ancestas⁴, es tomado de la labor realizada por colegas argentinas. Quienes (a modo de síntesis), recuperan en estos encuentros “sentipensados” las vivencias de nuestras viejas, aquellas que nos precedieron y signaron desde sus propias contradicciones nuestras encarnaciones del “ser mujer.”

En el recorrido del presente libro se abordan conceptual y epistemológicamente las nociones de género, feminismo, diversidad sexual, entre otras. Por lo tanto, no es interés de este ensayo profundizar o problematizar las categorías analíticas que compusieron los discursos de cada mujer participante de los encuentros. Si no, un intento de evidenciar los aspectos sustanciales de los saberes gestados, desarrollados y transmitidos desde distintas mujeres en nuestro territorio. Se propone sí, reconocernos a través de la palabra, identificarnos y en el mejor de los casos posicionarnos como una colectiva que oye y se escucha.

3 Fragmento extraído de *Yo, Vieja* (Freixas, 2021, p.123)

4 Más información disponible en <https://www.untref.edu.ar/mundoun-tref/ancestras-taller-genero-y-edad>.

(Re)sentir, (re)pensar ¿lo cierto?

Pocas cosas nos parecerán tan ciertas como la propia historia de vida, nuestra vivencia única e intransferible, muchas veces opera en esa individualidad exacerbada del pensar - “esto solo me pasa a mí”. Las firmes convicciones de resistir esa idea, guiaron la co-creación de estos encuentros. Abriendo la posibilidad de comprendernos “mujeres” junto a otras, iguales desde sus similitudes, diferencias, intersecciones y vivencias. Es así que, finalizando la ronda de presentación entre las participantes de cada grupalidad, ya se anticipaba lo común de las vivencias particulares de cada una de ellas.

En estos intercambios surgieron temáticas que atraviesan todas las edades, desnaturalizando los falsos supuestos de “las épocas”, el “vos porque sos muy joven, pero en mis tiempos”, y un sin fin de etcéteras. Distinciones entre las “jóvenes” y las “viejas” que fragmentan distancias ilusorias, impuestas por contextos que fomentan desigualdades para mantenernos dispersas, negadas. Con base en acciones que refuerzan prenociones y prejuicios, tales como el edadismo, que no solo excluye, sino que también nos impide reconocernos envejecientes.

La apuesta a circular la palabra con la conciencia de narrarse frente a otras, que aunque distintas, comparten vivencias similares de sumisión, violencias y desvalorización a lo largo de sus vidas. Esto propicia un reconocimiento en las otras, y a su vez en cada una de nos-otras, entrelazando los sentidos de vivencias, para (re)nombrarnos, y posicionarnos desde aquellos acumulados individuales y compartidos que nos conforman como mujeres envejecientes y envejecidas.

Cada encuentro culminó naturalmente en un reconocernos víctimas del extractivismo capitalista, que utiliza nuestros cuerpos femeninos para reproducir social y biológicamente la vida, pero que no nos reconoce por tal labor. Culminaron también en ubicarnos dentro del complejo entramado de opresiones patriarcales que hacen mecha en nuestras formas de ser, sentir y estar en el mundo. Sin embargo, lejos de posicionarnos en una taciturna contemplación, estas experiencias evidenciaron la silenciosa pero persistente agencia que cada una de nosotras activa cotidianamente.



Encuentro en la ciudad de Montevideo

“A lo largo de la vida hay cambio, pero también continuidad, de manera que somos las mismas que éramos unas décadas antes, pero somos también diferentes. En realidad, las personas mayores y las jóvenes no diferimos tanto, pero la conciencia exacerbada de la edad que se produce en nuestra cultura oscurece las semejanzas y crea numerosas expectativas de diferencias que nos llevan a autoexcluirnos afirman-

do que las viejas son las otras, nosotras no entramos en esa categoría, *yo me siento joven*⁵”

Las corporalidades y sus (re)encuentros

Las identificaciones vertidas por las participantes en las tres grupalidades, dan cuenta de claras expresiones sobre la (des)identificación que se han construido en relación al ser mujer y a la vejez. En este sentido, se ahonda en los pareceres de cada participante, desde inter-diálogos que invitan a la co-construcción de conocimientos que superen al impuesto. Es decir, desde las posibilidades de (re)pensarnos como valiosas mujeres viejas tensionadas por las asignaciones negativas de dichas categorías. En palabras de Silvia Federici:

mujer no es un término estático y monolítico, sino que tiene significados distintos o incluso opuestos y en perpetuo proceso de cambio. No es solo una performance, una encarnación de normas institucionales, sino también un territorio en disputa, objeto de una lucha y de una redefinición constante. (2022, p. 61)

Estos aportes contribuyeron a verbalizar, las formas diversas de habitar el ser mujer y la vejez haciendo un paralelismo del fundamento. La patologización de la edad cronológica, como mujeres nos ubicó en un lugar aún más desfavorable en relación a los varones. En tanto se construyen sobre las mujeres más envejecidas, imaginarios relacionados a aspectos de mayor rechazo, como la “fealdad” o “maldad” repre-

5 Fragmento extraído de *Yo, Vieja* (Freixas, 2021, p. 34)

sentadas en las narraciones de brujas. En contraposición a los del varón identificado como un viejo “sabio”, “gurú”, entre otras. Existen infinidad de aspectos para desmenuzar en este entramado que cataloga lo deseable, lo esperable y lo cierto, en función a quien detenta el poder hegemónico y genera narrativas únicas de existencia.

En este apartado, el interés se centra en recuperar elementos del conocimiento situado en las tres grupalidades, que ensayaron posibles respuestas mediante diálogos intergeneracionales. Arribando a los consensos de que existen tantas formas de envejecer como mujeres con cursos de vidas heterogéneos, imposibles de reducir a una única expresión de vejez. En este sentido, las perspectivas feministas puestas en escena en cada grupo habilitaron síntesis de los relatos vertidos en cada encuentro sobre las implicancias de ser mujeres envejecientes en estos sistemas de socialización, estructurantes de la cotidianidad compartida.

Desglosar las presentaciones de las participantes en cada encuentro, como ya se hizo alusión, permite visualizar la importancia significativa para identificación y construcción de subjetividad, de redes primarias, las cuales son conformadas principalmente por otras mujeres. Aspecto íntimamente relacionado con la asunción de las tareas de cuidados, pero no solo, ligado también a cierta conciencia del valor y la potencia de la comunidad o ayuda mutua.

Cada uno de los grupos resalta lo sustancial de sus vinculaciones con otras mujeres durante sus vidas para afrontar los diversos escenarios que la constituyen. Dicho aspecto cobra relevancia en cuanto a lo heterogéneo de estas vinculaciones,

con diferentes edades y distintos roles. Abuelas, primas, amigas, hijas, vecinas, etc., contribuyeron al sostenimiento de la vida cotidiana de estas mujeres, que como tales han transitado situaciones adversas.

“Ya desde mucho antes de la vejez, las mujeres son expertas en prestarse apoyo mutuo de carácter informal para el que no necesitan grandes organizaciones; lo desarrollan con hilos que ellas mismas tejen y manejan con eficacia. Un apoyo tan efectivo y sutil que permanece invisible a la vista de los demás, e incluso a la de quienes lo confunden con el comadreísmo o lo consideran una forma natural de vida y relación inherente al ser mujer. Pues no. Se trata de la sabiduría de gran calado del complejo entramado de la amistad femenina.”⁶”



Encuentro en la ciudad de Rivera

6 Fragmento extraído de *Yo, Vieja* (Freixas, 2021, p. 95)

Entonces ¿juntas vamos por más?

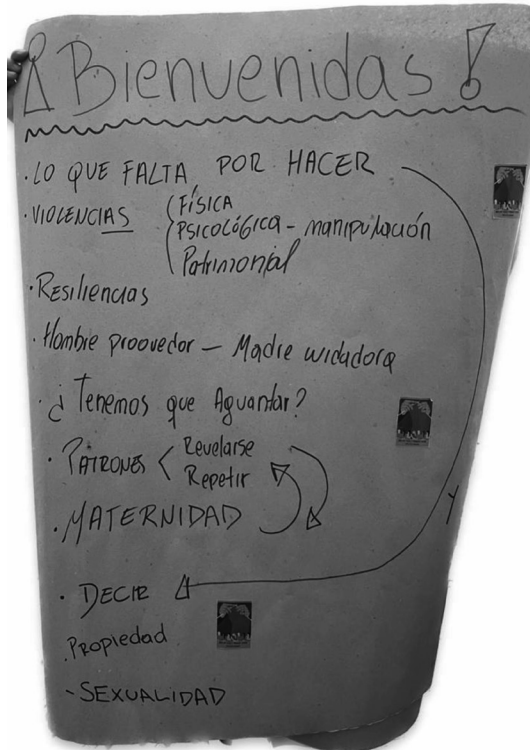
“Hoy nos mueve el deseo y la decisión
De que este canto se haga revolución
Porque un país posible tiene que haber
Donde no falte nadie por ser mujer
Juntas vamos por más
Ni un paso atrás”⁷

En el año 2018 la murga Falta y Resto reestructura su plantel e incorpora a su coro seis mujeres, generando además ese año contenido con respecto a violencias basada en género. El fragmento que da inicio a este apartado forma parte de ese repertorio, que recorre los nombres de las mujeres que fueron asesinadas ese año. Es precisamente parte de esa letra lo que se tomó como disparador para la dinámica central que se replicó en los tres encuentros.

La dinámica habilitó debates sobre las violencias basadas en género que cada participante sufrió durante su vida. Se observó la persistencia de las restricciones que los roles de género imprimen sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres. En todos los casos, en todas las edades, el peso de hacernos cargo de las tareas inherentes a la reproducción social y biológica de la vida limitaron profundamente los proyectos de vida. La carga de sostener el trabajo no remunerado dentro del hogar recorta notablemente el tiempo que podría destinarse a actividades de potenciamiento personal, remuneradas o no.

7 Fragmento extraído de “Ni un paso atrás” Falta y Resto 2018. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=-APZVpt9d1M>.

Al encontrarnos reunidas en circularidad, pudimos vernos reflejadas unas en las otras, nos encontramos narrando desde el dolor, pero también desde el sabernos acompañadas, juntas. Las mujeres hemos sabido encontrar y construir espacios de sororidad en todos los ámbitos, porque en cada uno de ellos fuimos oprimidas.



Encuentro en la ciudad de Salto

“Pero, por encima de todo, el feminismo ha sido la plataforma que ha conseguido reflotar la vida de las mujeres. Inicialmente con el salvavidas de los grupos de autoayuda y posteriormente con las diversas formas de encuentro y sororidad que hemos ido diseñando y en las que hemos encontrado la escucha, la complicidad y la luz que nos han confirmado que tenemos toda la razón del mundo y que es cierto que nos duele todo y que no podemos más, porque realmente este plan de vida no hay quien lo aguante”⁸

Los saberes y las experiencias de las mujeres en general y de las mujeres viejas en particular han sido víctimas de la colonialidad patriarcal y por lo tanto han sido históricamente relegados a espacios de insuficiencia. Esta realidad nos encuentra hoy juntas y resistiendo, resistiendo en todos los ámbitos. Por eso, la construcción narrativa que se presentó intentó dar cuenta del movimiento espiralado entre “lo académico” y el saber popular, para exponer lo imbricado en que se encuentran ambos momentos y de la potencia del diálogo.

Desde el AVYTS en su interés de encontrarse en el territorio de manera horizontal y recíproca con la comunidad se elaboran propuestas de esta índole, en las cuales se busca posicionar el saber de las mujeres envejecientes y más envejecidas. No solo desde lo meramente racional-instrumental, sino también incorporando las corporalidades, los sentires, y las memorias. Se trata como Área de posicionarnos ética y políticamente en la pugna cultural para disputar sentidos vinculados a las relaciones de edad.

8 Fragmento extraído de *Yo, Vieja*, Ana Freixas (2021), p. 63

Algunas reflexiones

Estas sentidas reflexiones abonan el proceso de autoconocimiento como personas, como mujeres, pero también - y sobre todo- como profesionales. La experiencia de dialogar desde la horizontalidad, de escuchar-nos invita a analizar las formas en que estamos pensando e interviniendo, en definitiva, nos invita a pensar en las formas en que se produce conocimiento.

Resulta imposible abarcar en este artículo la multiplicidad de aspectos que surgieron en cada encuentro, las infinitudes de luchas individuales y colectivas que cada una de las mujeres partícipes hemos deliberado en nuestras cotidianidades. Nos encontramos “hartas”, pero nos (re)conocimos “pioneras”, militantes pese a cada temporalidad individual y subjetiva insistimos en la construcción de una sociedad con justicia social. Para dejar de tener miedo por el simple hecho de ser mujer, entendiendo que el camino para alcanzarla siempre será de manera colectiva y universal. La elaboración de esta propuesta intergeneracional apuesta a una visibilización sentida de lo sustancial de encontrarnos, dar lugar o todas las voces, escucharnos y (re) existir.

“(…)el cuerpo siga siendo el principal lugar de encuentro con el mundo y el principal objeto que tenemos que defender.”

9 Fragmento extraído de *“Ir más allá de la piel: repensar, rehacer y reivindicar el cuerpo en el capitalismo contemporáneo”* (Silvia Federici, 2022, p. 61)



Encuentro en la ciudad de Salto

Referencias

- Agamben, G. (2007). *Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia*. Buenos Aires, Ed. Adriana Hidalgo.
- Federici, S. (2022). *Ir más allá de la piel: repensar, rehacer y reivindicar el cuerpo en el capitalismo contemporáneo* (M. A. Catalán Altuna, Trans.). Tinta Limón.
- Freixas, A. (2021). *Yo, Vieja*. Ediciones Capitán Swing Libros.
- Machado, G. (2019). *Habitar las experiencias: aprendizajes y sociabilidad comunitaria en las cooperativas de vivienda por ayuda mutua*. Montevideo, Ediciones Universitarias.
- Ramírez, M. (2019). *Espiritualidades femeninas: el caso de los círculos de mujeres*. México, Ed. Centro de investigaciones y Estudios superiores en Antropología Social.
- Zubero, I. (2018). *Envejecimiento activo y participación política*. Aula abierta, pp. 21-28.

Paisajes gerontológicos¹

Dornell, Teresa

Introducción

La pretensión de las disciplinas que trabajan en vejez han intentado y sin grandes frutos establecer un término que abarque este concepto pero, el reto de querer cambiarlo las ha llevado a trabajar conceptualmente con dispositivos de envejecimientos, bajo los adjetivos calificativos de activos, saludables, éxitos, por mencionar algunos de ellos, asociando este proceso como un devenir de tránsitos que optimizan oportunidades para obtener bienestar físico, psicológico- mental-espiritual y social, con un correlato de armonía con el hábitat en donde se vive y se desarrollan prácticas en sociedad durante toda la vida, con la finalidad de continuar prolongando la esperanza de vida saludable, la productividad y una digna calidad de vida en la vejez.

1 El uso de plurales se debe a que se pretende poner en discusión de que no hay una única manera de definir conceptualmente las palabras que están en juego en los discursos, pues cada una de ellas tendrán diferentes concepciones según los marcos teóricos conceptuales que las sustenten.

El abordaje de las temáticas de los envejecimientos y sus teorías para comprender los procesos de envejecer de las sociedades, a partir de las diversas esferas de la gerontología, han llevado a explicitar y por ende a fundamentar estos procesos desde la lógica no sólo de exposición sino de la argumentación. Lógicas que se pueden desentrañar para su entendimiento en modelos, doctrinas o paradigmas². En otras palabras, lo que se pretende es reconocer el valor sustantivo del lenguaje como instrumento no sólo de dominación y poder, sino esencialmente de cambio y transformación, que se expresan a través de modelos que transitan desde la gerontología clásica hasta la gerontología feminista.

El conocimiento del devenir de las gerontologías, permitirá no sólo apropiación de saberes sino producir saberes en torno a los procesos de envejecimiento, junto al abordaje de problematizaciones interseccionadas, como encrucijadas interrelativas (Althusser, 2010), como actos del habla (Dussel, 1993), que aportan y confrontan significados significantes y significativos, que afrontarán miradas emancipadoras de resistencia y controversia frente a posturas convergentes y divergentes.

2 Se trata de trabajar con los conceptos de paradigmas como de modelos de manera indistinta, pero su esencia para definirlos es a partir de los debates de Kuhn (1971), en su libro *Las revoluciones científicas*. Se considera pertinente el uso de estos conceptos, cuando se pretende presentar una actitud epistemológica diferente a la existente en ese momento histórico determinado y se coloca en discusión con temáticas de relevancia social y no se vislumbran acuerdos claros para su denominación, reconociendo sus progresos y retrocesos en ese proceso.

1.- Aproximación al campo gerontológico

La vejez no es un proceso de resurrecciones sucesivas de las enfermedades, ni una apuesta para sobrevivir entre el sufrimiento y la muerte, ni en ser víctimas eternas de nuestras propias contradicciones históricas irresueltas; es vivir con una equilibrada, sosegada y satisfecha expectativa de renovados amaneceres. (Strejilevich,2010, p.81).³

La palabra gerontología es etimológicamente la conjunción de dos términos que vienen de un dialecto ático del griego antiguo, la cual se define por un lado con el término “geron” o “geronte” que hace referencia a las personas viejas y por otro lado, se une al término “logos” que explica el tratamiento de algo. Al unirse con el termino geronte, que actúa como sufijo, se le puede definir como el tratado o tratamiento de determinada área de un saber, que en este caso es el tratamiento del estudio y explicación de los procesos de vida de las personas viejas. El diccionario de la Real Academia Española, define a

3 Esta frase se encuentra en el Libro: “Los Viejo de Salta- Argentina” de Leonardo Strejilevich (2010). Premio: “Senador J. Armando Caro”, Mención Especial.

la gerontología⁴ como “la ciencia que trata de la vejez y de los fenómenos que la caracterizan” (RAE, 2018).

Por un tiempo se creyó que las altas tasas de longevidad que alcanzan las poblaciones humanas, era sólo una característica de los países del primer mundo, pero, los datos generados a nivel mundial indican que el incremento de la longevidad humana está generalizado en todas las sociedades del mundo (OMS, 1988).

el envejecimiento biológico es una propiedad universal de todas las cosas vivientes. Es la manifestación de la suma de una multitud de decrementos biológicos que acontecen después de la maduración sexual. El envejecimiento pareciera ser un resultado de la civilización o la domesticación, porque esta circunstancia “que no es natural”, ha permitido la expresión de un envejecimiento que no hubiera ocurrido de otra forma (Hayflick, 1987, p.64).

Hayflick (1987) afirma, que si bien, no se sabe las causas de porque vivimos más tiempo los seres humanos hay evidencias científicas antropológicas y arqueológicas que indican que el ser humano logró sobrevivir a los dinosaurios, a las ca-

4 Mitchnikoff en 1903, preocupado por el aumento de la longevidad de los seres humanos propuso al Instituto Pasteur hacer estudios de terapia celular, comenzando con estudios de biología del envejecimiento celular, trato de crea una rama especializada de la ciencia que estudiara el proceso de envejecimiento, que llamo gerontología. Pero su propuesta no prospero y recién en la etapa de los años 60 del siglo pasado, cuando crecen exponencialmente los estudios y publicaciones de las temáticas del envejecimiento, su conceptualización se retoma y se hace uso genérico de ella (Maddox, 1987; Cunningham & Brookbank, 1988).

tástrófes naturales, pestes, inundaciones, y otros cataclismos y, eso se debe a su capacidad de adaptabilidad, pero especialmente a la esperanza de vida que hemos ido construyendo histórica y socialmente.

Abordar el tema del envejecimiento y de la vejez supone reconocer que estamos frente a una realidad compleja en la que interactúan factores biológicos, psicológicos y sociales. La vejez entendida como un período de la vida y como parte del proceso mismo de envejecimiento, ocurre en un sujeto particular y único, por lo cual la modalidad de envejecimiento no se puede generalizar a partir de los cambios que ocurren sólo a nivel físico, pues cada sujeto interpreta éstos cambios de acuerdo a sus esquemas mentales, su estructura de personalidad, creencias, valores, los procesos de socialización a los que ha sido expuesto y al lugar que ocupa dentro de un contexto social y ecológico particular (Cantú, 2012).

A pesar de los avances de los estudios de envejecimiento que se hace desde los diversos posicionamientos de la gerontología y, con los diferentes aportes disciplinares se la sigue considerando que carece de un corpus teórico consistente y sólido, ya que sus saberes centrales se nutren de una gama de dispersiones teóricas conceptuales de variadas fuentes disciplinares con bajo status científico y que ello, no le permite lograr una coherencia crítica, reflexiva y firme, como consecuencia de partir de matrices del pensamiento diversas epistemológica, filosófica, ontológica y paradigmáticamente.

La ausencia de unicidad es lo que pone en discusión la coherencia teórica de la gerontología, por ello, Moody (1988, p.20) la definirá como, “un ensamblaje multidisciplinario

de esquemas explicativos, cada uno invocando términos teóricos que sencillamente no se mueven dentro del mismo universo conceptual.” (Moody, 1988 en Birren y Bengtson, 1988), destacando que el “envejecimiento se aplica a la existencia humana y es inherentemente multidimensional.” (p. 21). Aunque se debe resaltar que Birren (1988) expresa que la gerontología “es rica en datos, pero muy pobre en teoría” (p.25),

Para Laforest (1991) en el campo de competencia de la gerontología,

No se trata, por lo demás, de una ciencia específica, propia de una determinada profesión, sino, que se desarrolla como nueva dimensión de varias ciencias y de varias profesiones ya existentes, sobre todo en el campo de las ciencias sociales y de las ciencias de la salud (p.9).

Estas aseveraciones pueden ser refutadas si se supera la complicidad ontológica (Bourdieu, 1997) como expresión de poder cultural encubierto de dominación por una postura crítica que se nutra de la vigilancia epistemológica que nos libere de mecanismos de imposición en las relaciones de dominación, en tanto, acción examinadora de diversos agentes cuyo objetivo prioritario es vigilar que el saber que se enseña sea científico y habilitar en la discusión de las gerontologías como y desde donde se conceptualiza la vejez y el envejecimiento, comprendiendo que no son sinónimos y como se construyen socialmente el envejecer en correlato con el envejecimiento y las transversalidades interaccionadas de la edad y el género.

Esto no significa no reconocer los aportes que se brindan a partir de estudios realizados sobre herencia genética, que son de suma importancia para comprender la longevidad humana (como dicen los dichos populares, padres longevos tienden a tener hijos longevos). El envejecimiento biológico es una propiedad universal de los seres vivos y se convierte en el resultado de la civilización o la domesticación, que si bien, no es natural, ha permitido la expresión de un envejecimiento determinado.

En síntesis, se puede concluir que la gerontología⁵ es el estudio científico de la vejez y el envejecimiento desde una perspectiva multidisciplinaria bio-psico-social, las investigaciones centrarán su atención en los cambios que ocurren según el paso del tiempo y que producen paisajes que presentan sus repercusiones en los cuerpos y corporalidades de las personas viejas, es lo que la medicina llama el deterioro funcional en referencias a las pérdidas, pero se debe introducir frente a estas pérdidas el concepto de ganancias, que es cuando la funcionalidad se convierte en la clave para las prevenciones de las pérdidas y las promociones de una digna calidad de vida.

La gerontología ha pasado en el discurrir del tiempo por varios estadios, que si bien se pueden definir a partir de algunos elementos distintivos que se construyen en modelos de

5 La gerontología no es lo mismo que la geriatría, la geriatría es la rama de la medicina que se ocupa de atención de las patologías de las personas viejas, como ser el tratamiento de sus enfermedades, su cura y posible rehabilitación, junto al establecimiento de acciones de prevención y promoción relacionadas al proceso de salud-enfermedad.

compresión y explicación en estas metamorfosis de las gerontologías, se podría afirmar que aun conviven sus distintas expresiones en los estudios e intervenciones de las disciplinas que trabajan en este campo. Preocupa las modalidades de producción de conocimientos, en tanto saberes, con prácticas que demuestran ese saber hacer y ese hacer que aporta al saber, la cuales pueden ser contradictorias, funcionales o contestarías a las peticiones que reivindican las personas viejas, temática que se desarrollara a continuación.

2.- Breve recorrido del devenir de la Gerontología Clásica-tradicional hacia una Gerontología Feminista- subversiva

La vejez no debería estar agazapada en habitaciones cerradas, en el secreto científico de las clínicas y los hospitales, en el ostracismo de un mundo arrogante y lujoso, en la implacable rutina de no ser y no ser reconocido, en la inmersión solitaria en la sociedad y sus instituciones tratado como objeto indefenso a merced de soluciones impuestas por los aparatos y sistemas socio-sanitarios. Hay que hacer el esfuerzo de apartar el biombo que separa a la vejez de la vida, aún en la cama del moribundo. (Strejilevich, 2010, p.84).⁶

Se ha intentado construir un arquetipo del devenir de los momentos gerontológicos, como modelos o paradigmas del cual se derivan conceptos que sirven como guía para ordenar y comprender los debates sobre vejez y envejecimiento y

6 Esta frase se encuentra en el Libro: "Los Viejo de Salta- Argentina" de Leonardo Strejilevich (2010). Premio: "Senador J. Armando Caro", Mención Especial.

sus perspectivas analíticas en la discusión. Para poder llegar a esta construcción se analizaron otros paradigmas que hacen referencias a otras etapas del ciclo de vida como son las infancias y adolescencias, intentando reproducir de manera no lineal, pero si crítica los enunciados centrales que edifican a cada paradigma.

Se han trazado cuatro modelos gerontológicos que van surgiendo en diferentes momentos históricos y se constituyen en función de sus aportaciones teórico-conceptuales, su centralidad temática investigativa y sus fundamentos epistémicos en la construcción de esas conceptualizaciones, los cuales se presentan en el siguiente cuadro.

Cuadro No. 1: Arquetipo de Modelos Gerontológicos

Modelo Gerontológico	Aportaciones teórico- conceptuales	Centralidad temática investigativa	Fundamentos epistémicos	Campos disciplinares/profesionales
Clásico- Tradicional (1960-1980)	-Creación de una nueva rama científica, que se preocupe por la longevidad de las poblaciones -Definición del objeto de estudio: envejecimiento	Envejecimiento biológico	-Con valores conservadores -La centralidad son los procesos de medicalización de los cuerpos (soma) -Paradigma de la situación irregular en salud, con un rol de Estado tutelar de la Tercera Edad	-Biología (especialmente celular) -Medicina -Estadística- demografía -Mirada disciplinar del campo médico- legal -La normalidad sexual es heterosexual, reproductiva y moral

Modelo Gerontológico	Aportaciones teórico- conceptuales	Centralidad temática investigativa	Fundamentos epistémicos	Campos disciplinares/profesionales
Social-Consuetudinario (1980-1995)	<ul style="list-style-type: none"> -Se discuten posicionamientos entre la edad cronológica de la vejez y la construcción social de la misma -Centra su interés en la perspectiva socio-cultural -Se inician las Teorías del vejeísmo (Butler, 1968) y edadismo, junto a los estereotipos y prejuicios hacia Adultos Mayores 	Envejecimiento bio-psi-co-social	<ul style="list-style-type: none"> -Con valores convencionales -Paradigma de la reducción del riesgo y los daños en la psiquis y cuerpo de las personas mayores, con funciones tutelares en salud desde el Estado hacia esta población 	<ul style="list-style-type: none"> -Sociología -Psicología -Antropología -Demografía -Geriatría -Trabajadoras Sociales -Abogacía -Trabajo en equipo entre las profesiones y abordajes multidisciplinares -La normalidad sexual es heterosexual, reproductiva y aceptación de nuevas prácticas sexuales
Crítico-Contestatorio (1995- 2015)	<ul style="list-style-type: none"> -Se introducen debates reflexivos con contribuciones de distintos autores europeos y latinoamericanos principalmente de las ciencias sociales -Se incorporan aportes de las teorías decoloniales y de las corrientes feministas latinoamericanas Teorías del vejeísmo (Salvarezza), del Reconocimiento (Honneth) y del Curso de Vida (Elder) 	Envejecimientos, vejezes y género	<ul style="list-style-type: none"> -Centrados en valores bio-éticos -Con Paradigma de la protección integral, cuya centralidad es la plataforma de Derechos - Se comienza a discutir sobre los seres envejecientes y las vejezes diversas en las Personas Mayores 	<ul style="list-style-type: none"> -Nuevas disciplinas se incorporan: economistas, arquitectos, políticos, entre otras. -Miradas desde lo multiprofesional hacia lo inter y pluridisciplinar -La normalidad sexual sigue siendo heteronormativa, que convive con la comunidad LGBTQ+

Modelo Gerontológico	Aportaciones teórico- conceptuales	Centralidad temática investigativa	Fundamentos epistémicos	Campos disciplinares/profesionales
Feminista-Subversivo (2015 a la fecha)	<ul style="list-style-type: none"> -Fuerte presencia de las teorías decoloniales y anticoloniales -Inclusión desde las perspectivas Interseccionales (género, clase social, raza, etnia) -Sólida impronta de las miradas de género: sexo-générica y socio cultural -Lenguaje como actos de habla, con lenguaje inclusivo 	Envejecimientos, feminismos y resistencias en las Vejece s	<ul style="list-style-type: none"> -Con valores insurgentes y poderes oblicuos -Epistemologías del sur -Paradigma de deliberación de las sexualidades, las cuerpos y de las subjetividades, los sentidos y las emociones, con centralidad en la equidad de género 	<ul style="list-style-type: none"> -Trabajo en equipo interdisciplinar hacia miradas transdisciplinares. --La normalidad sexual sigue siendo heteronormativa y patriarcal -Género según: orientación sexual, identidad de género y expresión de género

Elaboración propia, 2023

Se debe aclarar que el cuadro anteriormente descrito no pretende ser una construcción acabada de los arquetipos de las gerontologías, sino solamente una aproximación primitiva y ordenadora de esos momentos históricos, políticos, culturales y sociales, sobre las discusiones de los envejecimientos y las vejece, por eso, puede parecer simplista y reduccionista, pero esa no fue la intención de su elaboración.

En el cuadro se presentan arquetipos que tratan de fusionar, para su elaboración, los modelos en correlato al avance del campo de los derechos humanos de las personas viejas y los procesos históricos vividos en relación a conquistas jurídicas, sociales y políticas, además del avance de las ciencias en esta etapa de la vida:

a.- En el **modelo gerontológico clásico tradicional**, lo que prevalece es la doctrina de la situación irregular en vejez, que se conecta al campo jurídico – legal (igual que en infancia, que es el antecedente más rico en debates que se tiene de este modelo), centrado en el envejecimiento frágil, de la tercera edad que vive en condiciones socio- económicas de vulnerabilidad y pobreza o que pueden representar un peligro para sí mismo y sus prójimos (situación de calle, alcoholismo u otras adicciones), con una función desde el Estado de prohibición de esas conductas individuales consideradas peligrosas, encerrándoles en espacios de control de esas acciones (hospitales, con dominio de la salud mental o de personas mayores, cárceles, entre otros).

Este modelo se ha desarrollado fundamentalmente en la segunda mitad de siglo XX, que es cuando se inaugura la gerontología científica (Fernández Ballesteros, 2004), preocupada por los problemas del envejecimiento, con un abordaje de las condiciones médicas y físicas en relación a la edad. En el estudio de la vejez y el proceso de envejecimiento se arriba a problemáticas que se relacionan primeramente al incremento en el número de personas mayores en la población, junto a las desviaciones patológicas (enfermedades sociales, locura, violencia) y los procesos de enfermar. Esta mirada disciplinar pretende conocer los mecanismos del envejecimiento como su etiopatogenia, pasando de una fase meramente empírica y especulativa hacia una fase deductiva y experimental, ligada a la demostración teórica.

La gerontología en esta fase aplica metodologías provenientes de las disciplinas científicas médicas y, uno de los objetivos de la investigación gerontológica clásica es aprender más

sobre el proceso de envejecimiento, no tanto para alargar el ciclo vital, como para minimizar las discapacidades y minusvalías asociadas a las edades avanzadas. Pero la cuestión, no es sólo vivir más años, sino cómo se viven; no alcanza el conocimiento desde la perspectiva biológica y médica, sino que el conocimiento está ligado a una finalidad, que es conocer la intencionalidad del para qué las personas viven más y de que ese vivir sea mejor, por eso, el abordaje de la calidad de vida de las personas adultas.

Los estudios demográficos colocaron su atención en tres factores que son las principales causas del envejecimiento poblacional: la fecundidad, la mortalidad y los procesos migraciones, sobre esta población en particular. Se considera que si la fecundidad aumenta esta aporta a la renovación de estructura poblacional, pero si disminuye significa menor proporción de jóvenes y aumento del envejecimiento poblacional. Lo mismo, se puede explicitar en relación a la mortalidad, pues su descenso afecta a toda la población, pero si aumenta la esperanza de vida en el nacimiento, será mayor el conjunto de personas que llegaran a ser mayores.

Los procesos migratorios poseen efectos tanto rejuvenecedores como envejecedores de la estructura poblacional, generalmente lo que migran son personas jóvenes, que si se quedan a vivir definitivamente envejecerán en ese país, a medida que transcurre el tiempo y la población migrante envejece, el efecto rejuvenecedor mencionado se transformará en envejecedor, salvo que se reciban flujos constantes de migrantes.

“El proceso de envejecimiento poblacional es producto de los cambios en la proporción de jóvenes y de ancianos en una so-

ciudad dada” (Ramírez, 2008, p.28). En definitiva, la principal causa de envejecimiento de las poblaciones se relaciona con el descenso de la fecundidad, en segundo lugar, por la mortalidad y por último, con las migraciones (en los países con poca migración internacional, los cambios en su estructura poblacional se producirán por el efecto conjunto de la fecundidad y la mortalidad).

Cuadro No.2: Etapas de la transición demográfica de las poblaciones

ETAPAS	FECUNDIDAD	MORTALIDAD	CAUSAS DE MUERTE	NÚMERO y % DE ANCIANOS
1ra.	Elevada	Elevada	Mortalidad infantil.Mortalidad evitable	Pequeño
2da.	Moderada	Moderada		Moderado
3ra	Disminuye	Disminuye	Enfermedades crónicas no transmisibles. Muertes violentas	Aumenta

Fuente: Omran, 1971

b.- En el segundo **modelo gerontológico, denominado social- consuetudinario**, se observan cambios, pero sobresalen las medidas de índole preventiva y asistencial basadas en la reducción de los riesgos y los daños hacia los adultos mayores, donde el campo médico se legitima en este proceso. Romani (2003) subraya que en las sociedades industriales se da un proceso de transformación de la vida de los sujetos, en función de mecanismos institucionales que tienden a normalizar ciertas conductas con el objetivo de lograr sujetos sumisos y productivos, marcando el surgimiento de la medicina social.

En este sentido, Foucault plantea que:

la medicina moderna es una medicina social cuyo fundamento es una cierta tecnología del cuerpo social, la medicina es una práctica social y sólo uno de sus de sus aspectos es individualista y valoriza las relaciones entre el médico y el paciente. (1990, p. 124)

De acuerdo a lo anteriormente expuesto, se presenta el desarrollo de formas de control social como el conjunto de medidas que toma una sociedad para prevenir, evitar o castigar cualquier tipo de delito o desviación de la norma, procurando la creación de lo que Foucault (1975) entiende como “cuerpos dóciles”, englobando bajo dicha definición a todo aquel sujeto que puede ser sometido, moldeado y transformado en base a la norma imperante de la sociedad.

Baratta (1987) señala que mediante dicho proceso de medicalización se definen y delimitan determinadas áreas de la realidad social como posibles portadoras de problemáticas sociales, en base a una perspectiva tanto política como ideológica que resalta ciertos conflictos y ciertos sectores puntuales de la sociedad sobre los cuales se debe hacer foco, mientras que se saca el foco de otros.

En este modelo convencional de la gerontología social- consuetudinaria intervienen una diversidad de disciplinas de las ciencias humanas y las ciencias de la salud, las mismas concentran sus problematizaciones en el estudio de las causas del envejecimiento como tema prioritario y, no como las investigaciones anteriores que trataban de dar respuestas de las consecuencias sociales del proceso de envejecimiento.

La matriz de intervención en este modelo surge del trabajo académico y su propuesta se centra en fundamentar el ¿para qué?, dando respuestas a las intencionalidades de las acciones gerontológicas, buscando ámbitos de apropiación teórico- conceptual que permitan brindar sustentos básicos que aporten marcos de justificación explicativos a los procesos de acción en este campo de saber sobre los adultos mayores y sus envejecimientos y no sólo proponer herramientas operativas a las profesiones.

El propósito de sus investigaciones será en torno al proceso de envejecimiento y la etapa de la vejez, considerando dimensiones tales como: biológica, psicológica, económica, política, cultural, educativa y social, con intervenciones sociales basadas en enfoques teóricos y metodológicos, que aporten a este campo de la realidad social. Por eso, el objetivo principal consiste en el análisis y comprensión del proceso de envejecimiento y de la práctica profesional que permita mejorar la calidad de vida de los Adultos Mayores.

Moragas (2000) plantea que existen principios básicos que orientan los estudios y las acciones prácticas de las profesiones que trabajan en gerontología social y que ellos offician de orientadores no solo teóricos, sino metodológicos y éticos. Los mismos se refieren a que la vejez no es única a igual que los procesos de envejecer, por eso, cada persona envejece de manera singular y de acuerdo a su condición de clase, su género, su raza, su etnia, su religión entre otros componentes a destacar.

De igual manera, su propio proceso de envejecer no debe actuar como componente de segregación o exclusión, de su es-

pacio vital y natural en donde desenvuelve su vida cotidiana, debiéndose respetar su toma de decisiones, como su capacidad de ser libre, independiente y autónomo, con autosuficiencia para resolver sus necesidades básicas o contar con sostén para satisfacerlas.

Se debe recordar que para abordar el trabajo con adultos mayores, se necesita de equipos de trabajo multi-profesionales con miradas multidisciplinares, reconociendo que la historia ha demostrado y demuestra que el tratamiento del envejecimiento requiere de nuevas perspectivas, que presenten enfoques que superen esquemas asistenciales y asistencialistas de otras épocas, reafirmandose así la frase de que el envejecimiento no es único sino polifacético, constituyendo singularidades múltiples y diversas según tiempo y espacio.

Estas premisas justifican la propuesta de pensar una matriz de teorías en Gerontología Social, especialmente si nos preguntamos si es necesario que este campo sea pertinencia de algunas disciplinas o se construyan acervos en referencia a pensar teorías específicas que aporten a la gerontología social, como han sido las contribuciones desde el funcionalismo estructural, el interaccionismo simbólico, las teorías del apego, las de intercambio, por mencionar algunas de ellas (Sánchez, 2000).

El desarrollo de la profesión del Trabajo Social en este modelo, en el cual las disciplinas comienzan a tener preponderancia, puede ser comprendido como funcional al sistema, por la impregnación y hegemonía de los vestigios del proceso medicalizador. Esto nos orienta a las preguntas de ¿Cuál es límite de esas prácticas de intervención?, ¿Cuál es el aporte

teórico- conceptual desde matrices con fuertes paradigmas del control de los cuerpos envejecientes?, ¿Hasta dónde el accionar es autónomo en el trabajador social?

Casas et al (2008) expresa que,

La acción profesional en esos espacios no es sencilla, ya que la misma se enfrenta permanentemente a un modelo autoritario. El riesgo que se corre es el de que el propio profesional termine siendo transformado por el sistema que se propone transformar (p.171).

Pero los debates no concluyen con estas aportaciones, también acaece el poder distinguir entre la cronología de la vejez y la construcción social de la vejez, dos dimensiones analíticas que nacen frente al reconocimiento de la diversidad de expresiones y complejidades que atañen a este grupo humano, con características particulares a partir de sus saberes acumulados y experiencias de vida.

La cronología de las edades, admite pensar en varias edades, sí se parte de que la edad cronológica hace a la cantidad de años vividos, se podría decir que existen diferentes edades, como ser: edades fisiológicas (que refieren al funcionamiento orgánico del cuerpo y su posible deterioro, midiendo cómo funcionan los órganos y los tejidos), las edades psicológicas (permite saber los efectos en las psiquis de las personas como consecuencia del pasar de los años), y las edades sociales (que esta signada por los roles adjudicados y los roles asumidos de acuerdo a las convenciones de la sociedad, junto a la sexualidad).

La definición cronológica de la edad es una construcción sociocultural, el criterio cronológico, no escapa a esta lógica, la edad de entrada a la vejez es una convención variable de acuerdo a los contextos sociales, históricos y culturales, según regiones y países en el mundo. Por ejemplo, las Organización de las Naciones Unidas (ONU) propone que la edad que determine la vejez para los países desarrollados sea a partir de los 65 años y para los países sub-desarrollados, a partir de los 60 (ONU, 1982). Esta convención permite a distintos países adherirse a ella (como es el caso de Uruguay, Argentina y Chile) y planificar las políticas públicas y las políticas sociales para este grupo etario a partir de la edad convenida.

En Uruguay, la Organización Nacional de Jubilados y Pensiones del Uruguay (ONAJPU), nacida en 1990 centra su interés en el mejoramiento económico, social y cultural de las personas mayores, tratando de mediatizar los debates sobre la edad, explicitando el planteo que ese no es tema relevante para las organizaciones nacionales, pensar en la edad de entrada a la vejez, pero sí es de importancia preocuparse por los derechos de las personas mayores.

Por eso, no se debe olvidar que el envejecimiento es “un proceso dinámico, progresivo e irreversible en el que intervienen múltiples factores biológicos, psicológicos y sociales” (OMS, 2002), por ende, no es ni lineal ni irreversible en la medida en que las sociedades pueden rejuvenecer o envejecer en distintos momentos históricos, con responsabilidades y privilegios dados por la edad.

El envejecimiento es un proceso, no es un estado la persona mayor, es una persona individual, diferente, especial, irrepe-

tible, por eso se expresan las vejezes, no existiendo un único concepto de vejez; pero si reconociendo que es una etapa del ciclo vital que es construida socialmente, ya que la edad es sólo una de las variables a tener en cuenta para describirla y delimitarla.

La Organización Mundial de la Salud (OMS, 1986/2002), estableció una clasificación según 4 etapas del envejecimiento a partir de las edades para las personas adultas mayores, llegando a siguiente ordenamiento:

- Persona independiente (55-65 años), viejas/os
- Persona interdependiente (65-79 años), viejas/os-viejas/os
- Persona dependiente (80 años- 99), viejas/os- longevas/os
- Persona muy dependiente (100 años y más), viejas/os- centenarias/os

Otras clasificaciones de las OMS (2015) se elaboraron en relación a la edad e interaccionándola con las etapas de preparación de la vejez según su desprendimiento del mundo del trabajo, se expresaron de la siguiente manera:

- Etapa 1: La preparación para la vejez (55-65 años)
- Etapa 2: La jubilación activa (65- 75 años)
- Etapa 3: La jubilación plena (75- 85 años)
- Etapa 4: La vejez avanzada (85 años y más)

Esto muestra la importancia que tenía y tiene el edaísmo en la gerontología social- consuetudinaria, la cual fue ordenando sus producciones en función de este primer criterio, sin dejar de enunciar que existen otros estereotipos que se mani-

fiestan en las vejeces, como es el mito de que las deficiencias aparecen a esta edad, convirtiéndose en un prejuicio contra la edad, además de ser un prejuicio contra todas las personas, por ser un proceso de elaboración de estereotipos y discriminación sistemática contra las personas mayores (Butler, 1969).

Se está ante una sociedad que “no respeta valores vinculados a las diferencias generacionales e impone un modelo hegemónico de juventud. (...) [ni tampoco] da lugar a valores y significados positivos ligados a la vejez”. (Galende, 2004, p. 132). El pensar el sentimiento de ser viejo no asociado a la edad, sino a lo que el contexto social imponga, sería el primer paso para dejar de ser testigos de estigmatizaciones y prejuicios. La imagen que la sociedad tiene de la vejez pueden llevar a cuestionarla y reconfigurarla. La imagen que la sociedad actual tiene sobre la vejez refiere a representaciones negativas, predominando las preconiones que luego derivan en prejuicios (Dornell, 2015).

c.- El tercer modelo se denominará **gerontología crítica, contestaría- interpelante**, aquí las miradas estarán concentradas en el sistema de protección integral, este sistema se basa en el reconocimiento de la persona mayor como sujeto pleno de derechos y no como objeto de políticas sociales, el cumplimiento y la garantía de las normas internacionales como nacionales de protección en las personas mayores es fundamental, aquí la prevención como la promoción de los derechos de las personas mayores es primordial.

La bioética comienza a tener preponderancia en algunas de las áreas disciplinares, aportando ideas de relevancia que irán

ordenando las esferas de la vida diaria, con sus principios y distintas aportaciones (autonomía, beneficencia, no maldad y justicia), en el entendido de la ontología del ser social en la vejez, y se convertirá en la primacía de este modelo crítico- contestatario.

Al envejecimiento se lo ha definido como: “El deterioro progresivo y generalizado de las funciones que produce una pérdida de respuestas adaptativas al estrés y un mayor riesgo de sufrir enfermedades relacionadas con la edad” (OMS, 2002). Pero, no debe olvidar que cada cultura produce su propio tipo de envejecimiento y dentro de cada una de ellas, cada persona vieja será el producto de su propia historia personal- singular y generacional; supuesto que confirma que las vejez son únicas e irrepetibles.

Reconocer que las personas mayores brindan aportes sustantivos que están relacionados a sus experiencias, sabidurías y conocimientos acumulados en su historia vital, que es historia individual que contiene historias familiares, sociales y culturales, con valores que se transmiten de una generación a otra, permite reivindicar que estos testimonios vivenciales no queden relegados a un segundo plano en los nuevos campos que van conformando los agentes en esos espacios sociales de relacionamiento (Dornell, 2015).

En la actualidad, aún no se tienen respuestas a gran parte de las interrogantes que se formulan sobre cómo se entrelazan los factores hasta el momento mencionados y cómo se lleva a cabo el proceso de envejecimiento; lo cierto es que no existe una única causa que explique por qué se envejece, pero no se pone en discusión que los componentes que la gestan son un

conjunto de factores interrelacionados de gran complejidad (OMS, 2105).

Desde este modelo basado en la plataforma de derechos, las personas mayores deberían ser tratadas y reconocidas en la esfera del derecho como iguales (Honneth,1997), situación que se no da, al ser una sociedad en las cuales predomina una visión “viejista” o gerontofóbica, donde las personas mayores son etiquetadas a partir de una totalidad de epítetos que los califican como: enfermas–seniles–deprimidas–asexuadas–pasadas de moda–diferentes– discapacitadas–sin derechos–no pertenecen–son los otros–no importan sus necesidades económicas y sociales–no contribuyen a la sociedad–no producen– gastan demasiado – no interesan, la lista puede ser interminable según los niveles de estigmatizaciones discriminatorias e indiferentes que poseen esas sociedades en las cuales habitan las personas mayores.

Salvarezza (2002), retoma el concepto de Butler (1969) y lo reconfigura construyendo nuevas nomenclaturas del viejismo, definiéndola como una conducta compleja, determinada por la población para devaluar consciente e inconscientemente el estatus social de las personas mayores. Del mismo modo, Busse (1968) considera el viejismo como una dimensión analítica con valencias negativas y estereotipadas, que determinan percepciones nocivas y perniciosas del envejecimiento y las personas mayores.

El viejismo es una expresión visible del edadismo que confronta a generaciones jóvenes contra mayores a partir de un conflicto basado en prejuicios y estereotipos, obstaculizando un vínculo que es interdependiente y que ocurre cotidiana-

mente en los espacios familiares, sociales y comunitarios en donde existe la convivencia entre diversas generaciones (CEPAL, 2011).

Estas reproducciones de valencias negativas y prejuicios impregnan la vida cotidiana de las personas en proceso de envejecimiento y se transcriben como una especie de estereotipo, cuando se expresa que en la vejez, la persona ya no puede disfrutar, no puede tener pareja, no puede tener sexo, no puede trabajar, no puede moverse, no puede bailar o no puede hacer cosas que le gustan.

La presencia de comportamientos de discriminación, estigma o estereotipo, implican un reconocimiento negativo del otro diferente, pero la ruptura que más debería preocuparnos es la construcción de sociedades indiferentes. Estas suponen colocar al otro al margen de su condición de persona, ese otro que no existe. Lo indiferente como comportamiento social contiene aversión, provoca daño y dolor; el mantenerse al margen del otro, actúa como un mecanismo de protección de algo que no se quiere que ocurra, que hay que esconder, que es el temor a envejecer (Dornell 2015).

Estos tránsitos de expresiones y conductas centradas en ideas negativas hacia un otro, no nos permite como sociedad y como personas singulares y libres pensar y tomar decisiones, comprender los sentimientos y emociones que se generan desde las palabras dichas hasta los comportamientos realizados, provocando con esa idea preconcebida, malestares y sufrimientos en las personas viejas, que se pueden definir como situaciones de acoso, maltrato y discriminación.

Las vejeces son constructos teóricos- conceptuales que se van materializando y edificando social y culturalmente, se relacionan a la última etapa del curso de vida y son parte constitutiva del proceso de envejecimiento, que es heterogéneo al igual que las vejeces; demostrando que cada persona al ser una única e irrepetible (Dubos, R, 1967, p. 16), es extraordinaria y especial a la vez, donde sus saberes, aprendizajes y experiencias está basadas en la vida misma, o sea, es la historia hecha carne en cada relato testimonial de las personas viejas, por eso, cada vejez es diferente y al ser diferente deja de ser individual para pasar a ser plural, de ahí la importancia de no usar la palabra vejez, sino vejeces.

A través del pasaje del tiempo, con el correr de los años existen cambios fisiológicos, psicológicos y culturales, estos cambios no ocurren de manera igual en las personas, es decir, que no son universales pues existen diferencias individuales. El crecimiento y cambio de edad, podrá afectar ciertas aptitudes y potencialidades, pero existen otras que se mantienen constantes e incluso se incrementan, como es la inteligencia, la capacidad de adaptabilidad al medio y las estrategias que se emplean para resolver problemas de la vida diaria y el conocimiento.

Cabe recordar que los seres humanos, como organismos vivos que somos, convivimos junto a otras especies, estando siempre sujetos a cambios endógenos que hacen posible el crecimiento y desarrollo de cada uno de la especie, y también a cambios exógenos que suceden en el medio social y cultural en que se está inmerso y nos desenvolvemos, a través del binomio interaccional sujeto y ambiente, en donde ambos se influyen y se modifican mutuamente.

Las interacciones que se producen entre las personas envejecientes y personas mayores con su entorno socio-cultural y las modificaciones mutuas que se gestan en estas interacciones son motivo de interés para el campo gerontológico crítico, permitiendo pensar un área poco explorada que se denomina ecología de las vejeces.

Sin embargo, no existen acuerdos acerca de cuáles son las causas por las que durante la vejez algunos sujetos conservan ciertas capacidades y otros las pierden. De allí que se le atribuya que el origen o fundamento es causa de las diferentes “modalidades de envejecer”, sin dejar de lado, los factores genéticos, las conductas alimentarias nutricionales, las condiciones del ambiente en donde se vive, la estructura de la personalidad y la capacidad de cada persona vieja para afrontar, procesar y enfrentar los cambios de su curso de vida.

Los envejecimientos se presentan con modalidades dispares y diferentes en cada contexto geográfico, físico y social, con entornos rurales, sub-urbanos y urbanos diversos entre sí y al interior de los mismos, con infraestructuras territoriales desiguales y algunas veces de gran segregación espacial, entre los barrios, como en las tipos y modos de adquirir viviendas, produciendo vejeces en condiciones materiales objetivas y subjetivas de pobreza reciente y pauperizando a las vejeces de pobreza crónica e histórica.

En estos ambientes las personas envejecidas son vulnerables a los problemas de exclusión social, a situaciones de discapacidad e incluso de dependencia, al no presentar estrategias personales para poder enfrentarlos, siendo una responsabilidad y compromiso de los Estados, a través de sus gobiernos

de turno enfrentar el desafío de adaptar los ambientes urbanos, sub-urbanos y rurales para la población que envejece, evitando que se recrudezcan las situaciones de vulnerabilidad socio-espacial (Bello, 2013).

Desde el modelo gerontológico social-consuetudinario, ya se venía presentando en los países más desarrollados la problemática del trinomio vejez-envejecimiento-ciudad, al reconocer que para que suceda un envejecimiento activo y saludable, la ciudad debe presentar estrategias ambientales de adaptación para todas las edades (Batistoni, 2014; Sánchez-González, 2015). Reclamo que el modelo crítico contestatario ha profundizado, planteándose esta reivindicación por parte de múltiples organizaciones de la sociedad civil (movimientos ecologistas, organizaciones ambientalistas, entre otras), concentra sus bases fundamentales en autores que trabajan los constructos teóricos de vida cotidiana y ciudad (Lefébré, 1978), Cultura y Barrios (Gravano, 1989; Canclini, 1998) solamente para nombrar algunos de ellos.

Incluso la OMS (2007) y en nuestro país la Intendencia de Montevideo (2013- 2018) han proyectado estrategias para impulsar el envejecimiento activo y saludable con el objetivo de favorecer políticas de desarrollo social y de salud pública, con diseños urbanos inclusivos orientados a propiciar Ciudades Amigables con las personas mayores y Ciudades Educadoras con las personas mayores de edad (Carta Mundial de Derecho a la ciudad (2005) y UNESCO, 2015).

La Red de Adultos Mayores (REDAM) inicia sus acciones de trabajo organizativas a partir del 2008, teniendo como plataforma principal la participación en la promoción de derechos

de las personas mayores, junto a la reivindicación por la integralidad de mecanismos de protección por parte del Estado.

Pero los debates no concluyen con estas aportaciones, también acaece el poder distinguir entre las construcciones sociales de la vejez y sus correlaciones con los roles tradicionales de género, dos dimensiones analíticas que nacen frente al reconocimiento de la diversidad de expresiones y complejidades que atañen a este grupo humano, con características particulares a partir de sus saberes acumulados y experiencias de vida adquiridos.

La naturaleza de pensar y problematizar sobre las vejezes y sus procesos de envejecimientos exige cierta direccionalidad desde la propia realidad social, en esta se enlazan ideas, saberes, doctrinas distintas con las que el profesional debe aprender a trabajar.

Hay una tensión planteada en la articulación de saberes diferentes (académicos, profesionales y populares) que se conjugan en la producción de las prácticas sociales. Estos saberes encierran representaciones y poderes asimétricos, colocando el conflicto de la distribución/ construcción/ ejercicio de poder. (Casas, A. et al; 2008:170)

En esta encrucijada de los modelos gerontológicos la profesión de Trabajo Social parece encontrarse “amenazada” o tal vez “invadida” por otras profesiones, ante las cuales en vez de lograr una adecuada articulación con las personas con las que trabaja, todo lo contrario, entra en competencia, limitando el espacio de cada uno y con ello las capacidades de ejercicio de la profesión. El Trabajo Social se encuentra en una instancia de cambio, al cual aún parece no adaptarse.

El sentido de la práctica profesional es objeto de permanente tensión, su contribución hacia un determinado proyecto político global no es resultado de una decisión tomada de una vez y para siempre. Esta es la gran riqueza de la práctica, que nos coloca en constante movimiento y siempre en tensión (Casas, A. et al; 2008:170).

d.- Por último, el modelo de la **gerontología feminista- subversiva- de la resistencia**, es un modelo en el que se plantea la necesidad de una distinción entre envejecimiento y vejez, entendidos como dos procesos con significados y consecuencias diferentes, tanto en términos de experiencias y vivencias subjetivas, como de la importancia del significado de las cuerpos en dicho proceso, siendo trascendental desde el giro decolonial e interseccional la perspectiva de género (Freixas, 2013).

Esta mirada permite la comprensión de las condiciones objetivas, subjetivas, simbólicas e históricas de las mujeres, a partir de identificar, cuestionar y criticar la multiplicidad de discriminaciones, indiferencias y exclusiones inequitativas a las que han estado sometidas. Condiciones de vida que se quieren justificar desde las posturas hetero-normativas y patriarcales con base en las diferencias biológicas entre mujeres y varones, así como, en roles sociales y culturalmente construidos a través de los mandatos morales y religiosos, de un deber ser consolidado por las normas sociales y legales de las distintas épocas de la historia de la humanidad.

Las mujeres han sido constructoras de historia, como de las luchas y reivindicaciones que los pueblos han forjado, a pesar de haber sido histórica, social y culturalmente ignoradas e

invisibilizadas, siempre han estado presente, aunque las relaciones de género las opaquen y no las reconozcan. Relaciones de género que social y políticamente demuestran posiciones de poder, con jerarquía social de los varones frente a las mujeres, reproduciendo sociedades patriarcales de dominación de unos sobre otros, por ende de opresión e inequidad de sus ciudadanas (Freixas, 1996).

Los datos aportados por la Organización de las Naciones Unidas (ONU, 2019), sobre el envejecimiento de la población mundial, así lo demuestran cuando confirman que:

- a) Las mujeres siguen siendo en el mundo las dos terceras partes más analfabetas que los varones, por ende, al tener menos oportunidades de estudio, tiene menos posibilidades de calificación laboral, en la competencia de búsqueda de empleo, se tiende a que tengan salarios paupérrimos si los comparamos con los varones.
- b) Si bien, se afirma desde hace tres décadas que las mujeres viven más años que los varones, no se confirma que se viva en mejores condiciones de calidad de vida digna, Cuando se hace mención a la feminización de la población de personas viejas, no se coloca en discusión que esa feminización es también de la pobreza. La gerontología es femenina, pero también tiende a ser a una feminización de la pobreza.
- c) Las mujeres viejas tienen mayor probabilidad de quedarse viudas que los varones y algunos datos de países latinoamericanos muestran en el 2013 casi el 45% de la población femenina vieja, ya era viuda.

Esta información demuestra lo que es para las mujeres viejas el falso bienestar (mejor dicho mal) de seguir envejeciendo en una sociedad androcéntrica, machista, inequitativa y patriarcal. Por ello, la gerontología feminista tiene la intencionalidad de visibilizar los significados y valores que impregnan la vida diaria que viven las mujeres, deconstruyendo las normas culturalmente impuestas y los formatos de reproducción alienantes con los cuales se conviven y crean imágenes de ser y estar en el mundo. (Freixas, 2007).

La desigualdad de género es una de las dimensiones que ha generado y continúa generando mayor desequilibrio en las sociedades.

El uso de género [diferenciado del sexo] pone de relieve un sistema completo de relaciones que puede incluir el sexo, pero no está directamente determinado por el sexo o directamente determinante de la sexualidad. (...) En lugar de ello, género pasa a ser una forma de denotar las “construcciones culturales”, la creación totalmente social de ideas sobre los roles apropiados para mujeres y hombres. Es una forma de referirse a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres. Género es, según esta definición, una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado (Scott, 1996, p. 6).

Las mujeres mayores han logrado crear redes de amistad, vecindad y comunidad, por lo que compensan algunas de las exclusiones de las que son víctimas. Se mantienen activas y curiosas, aspecto que favorece su salud física y mental. Se interesan por la cultura y asisten a cursos, conferencias, cines y actividades que mantienen su mente despierta y en activo

(Freixas, 2013). Sin embargo, se encuentran excluidas cuando se aborda el tema de que las mujeres viejas tengan relaciones afectivas y sexuales y rompan con la hetero-norma, que las lleva a padecer sufriendo importantes privaciones en el terreno del amor y la sexualidad.

A pesar, de los prejuicios con las cuales se vive en lo singular y particular en las vejeces, en Uruguay desde el 2016 se aprobó la Ley 19.430 sobre la Convención Interamericana Sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores (OEA, 2015), en donde las organizaciones de personas viejas reivindican su cumplimiento, incorporándose desde este organismo la participación de los Grupos de Adultos Mayores (GAM) en ese proceso de monitoreo para el cumplimiento de la Convención.

Aspecto sumamente positivo y oportuno porque a partir del 10 de julio de 2023 se ha dado el inicio del trabajo del Comité de Expertos en la OEA, que monitorea el cumplimiento de la Convención que incorpora en su revisión distintas fuentes de información, donde los informes realizados por las organizaciones sociales son herramientas priorizadas por la OEA.

La gerontología feminista tiene un largo trayecto aún por recorrer, se encuentra en plena construcción y eso le brinda un campo de posibilidades a construir colectivamente desde las mujeres. En nuestras sociedades conviven los cuatro modelos gerontológicos, algunos de ellos ya vetustos, pero que siguen en vigencia por los valores imperantes del pensamiento burgués, por el mantenimiento del statu- quo, que le permite continuar reproduciendo formas de mirar e interpretar a las vejeces, como forma no sólo de disciplinar los cuerpos, sino,

también de naturalizar y moralizar los comportamientos sociales.

Otros modelos están en debate pero aún no se han consolidado plenamente por el orden normativo vigente y otro modelo que se presenta claramente instituyente o como se expresa insurgente, porque no se someten sus saberes y valores al statu-quo dominante, sino que pretende poner en discusión y en debate esos valores imperantes de la época, centrados no sólo en la interpelación de las inequidades o las equidades, sino, en los derechos históricamente adquiridos y conquistados, junto a posicionamientos de procesos disruptivos que provocan cambios sustanciales, en la vida cotidiana de las personas y en sus formas organizativas sociales, permitiendo descubrir que hay nuevas maneras de actuar y de pensar, habilitando prácticas innovadoras para enfrentar los avatares que surgen de los tránsitos y trayectorias grupales, barriales y territoriales.

Las prácticas disruptivas ofician de pliegues de saber, que echan por tierra las formas y los contenidos amarrados fuertemente en tradiciones ya determinadas, irrumpiendo con fuerza contra los estereotipos y modelos de discriminación e indiferencia societal, como modalidad de resistencia, en el sentido de salidas de espacios de agotamiento, para el reconocimiento hacia las personas, especialmente las mujeres,

Cuando Foucault dice: “El hombre como pliegues de saber”, tomando su idea, se diría: *Las mujeres como pliegues de saberes, saberes que se van a convertirse en espacios de poder político, en donde dichos saberes funcionaran como estrategias y como liberación de los pensamientos* (Dornell, 2023).

3.- Deliberando las encrucijadas de la gerontología

La vejez es un pacífico acuerdo con uno mismo. La mirada se hace complaciente, las pasiones fútiles disminuyen o desaparecen, el equilibrio reina, lo importante prevalece por sobre lo pretendidamente urgente, las pequeñas cosas –que generalmente no se venden ni se compran- alcanzan niveles de satisfacción y placer inusuales para otras edades; el instante entusiasmo, la reparación de las culpas no tiene significación, el miedo a la palabra condenable pronunciada desaparece, el silencio es administrado por uno; el absoluto es uno mismo. (Strejilevich,2010, p.87)⁷

Se debe pensar a la gerontología desde un lugar de deliberación, considerando que la deliberación se expresa como un espacio de toma de decisiones colectivas, que posee una función política, convirtiéndose en un conjunto de acciones que permite construir estrategias con el fin de proyectar propuestas consensuadas del desbordamiento de reclamos, como crecimiento paulatino de protestas instauradas históricamente por las mujeres.

Si se analizan los estudios realizados hasta el momento sobre vejez y el envejecimiento se podrá destacar que los mismos están constreñidos por innumerables estereotipos. Estos arquetipos contienen conceptos e imágenes culturales negativas que limitan las miradas hacia esta población en general y de las mujeres en particular, especialmente cuando se las co-

7 Esta frase se encuentra en el Libro: "Los Viejo de Salta-Argentina" de Leonardo Strejilevich (2010). Premio: "Senador J. Armando Caro", Mención Especial.

loca en el rol de cuidadoras históricas con la responsabilidad de los cuidados informales, como en sus roles tradicionales de mujeres: mamás, abuelas, hijas, nietas, entre otras, efectuando sus tareas domésticas tradicionales de alimentación y de mantenimiento de la casa. A estas concepciones prejuiciosas, se les añade el tema del edadismo, como del viejismo (Freixas, 2013)

La gerontología feminista ha documentado la experiencia de las mujeres viejas, promoviendo interpretaciones más positivas acerca del envejecimiento de las mujeres y ha planteado la necesidad de que se estudien y conozcan con mayor detalle las experiencias personales de las mujeres, revisando las lagunas y las inconsistencias que presenta la investigación gerontológica actual, víctima de la 'ideología de la edad, como de otros estereotipos (Freixas, 2013).

Se enfatiza la importancia de plantear nuevas interrogantes, que cuestionan las creencias culturales implícitas, que le permitirán a la formación gerontológica y feminista reflexionar y trabajar desde una perspectiva crítica sobre los diversos estereotipos acerca de las vejeces, cuestionándose que componentes son los que limitan su posición, como es el hecho de que históricamente han dispuesto de pocos recursos económicos y educativos, por lo que en la vejez se encuentran limitadas en este aspecto y en consecuencia carecen de poder político, social, cultural y económico.

El lograr romper con algunas creencias, valores e ideales del pasado resulta difícil; estos pensamientos continúan muy anclados en algunos sectores de instituciones internacionales y del poder central del Estado, así como en la misma sociedad

civil. A su vez, esto nos da lugar a reflexionar y comprender que no existe una única forma de socialización y conformación en las vejez que permitan su equilibrio interno, entendiendo que ese equilibrio interno no es estático, sino que está en constante cambio.

Cambio que debe surgir a partir de las cuatro premisas centrales, que ofician de orientadoras, en el sentido de aportes a la gerontología feminista insurgente. Premisas entendidas como componentes propositivos que fundamentan lo que se quiere discutir críticamente e ir construyendo proactivamente, con información que permite deliberar y cuestionar los elementos centrales de la temática en cuestión y que está compuesto por la complejidad de ese conjunto hexagonal de las mismas.

A pesar, de que no disponemos de un consenso claro acerca “de sé qué hablamos cuando se plantean investigaciones feministas”, sí se puede afirmar que existen principios básicos que se presentan de manera consistente prácticamente en todas las orientaciones teóricas (Akman et al.,2001; Worell y Etaugh,1994) y que guían los diversos diseños de investigación de las epistemologías feministas en ciencias sociales y humanas, ofreciendo una coherencia dentro de la pluralidad y riqueza metodológica que las caracterizas y que pueden concretarse en:

- (i) La controversia de los contenidos y metodologías de las contribuciones y aportes del campo de los procesos investigativos clásicos, al partir de diálogos de saberes contestatarios en torno al conocimiento producido, evitando los sesgos (Worell,1996) ideologizantes y hegemónicos

del pensamiento colonial, europerizante, androcentrista y colonialista, reconociendo que las producciones científicas no son neutrales, sino posicionales de perspectivas epistemológicas, filosóficas, gnoseológicas y paradigmáticas.

- (ii) El distinguir identitariamente que el constructo teórico-conceptual social, político y cultural de la dimensión género, que, con su naturaleza política ocupa un lugar de centralidad, que es transversal y interseccional para ser estudiada, explorada e indagada en su devenir histórico, poniendo al descubierto que ella en sí misma contiene en su esencia relaciones asimétricas y inequitativas de poder, oficiando como nuevos campos de disputas del mismo.
- (iii) El rescate del atributo y cualidad existencial de las memorias de las mujeres, de sus tránsitos experienciales, como seres sentí-pensantes que somos, “que hemos aprendido a sentir y a pensar, por ende, a ser libres, a tomar decisiones, a ser autónomas y generar procesos de empatía entre nosotras (sororidad), al poder articular nuestro corazón con nuestras cabezas (amorosidad) (Dornell, 2023). Reconociendo vidas vividas de manera diferentes y desiguales, con diversidades de praxis (Ghiso, 2013).
- (iv) El lenguaje como actos del habla, que reconoce el poder simbólico del mismo, con su consiguiente capacidad de colocar nombres a los sucesos, a las cosas, a las prácticas, en el sentido del acto de nombrar y no solo nominar. Situaciones que ponen en evidencia, que a través del lenguaje se construyen las interacciones sociales, los

espacios de socialización de las personas, de las mujeres y varones, pero en especial de las mujeres viejas. El lenguaje tiene la centralidad universal de convertirse en un instrumento que le da sentido a lo vivido, a lo recorrido experiencialmente y así traducirse en una herramienta de negociación y de lucha frente a las desigualdades lingüísticas (Worell y Etaugh, 1994). La lexicografía ha operado como mediadora, para conocer el significado de las palabras; significado que se hace imprescindible para evitar estereotipos y comprender la interpretación de los discursos en las vejeces.

La necesidad de iluminar las desigualdades de género que afectan el ser mujer vieja, hace necesario que las mujeres viejas tengan una mayor visibilidad social y una progresiva participación en el mundo público, de manera que se vaya proyectando un cambio de imagen de las mujeres en situaciones de poder, prestigio y reconocimiento social, que se conviertan en modelos para las jóvenes generaciones, cuya vejez se planteará en condiciones ciertamente muy diferentes a las de las generaciones de sus abuelas.

Esto le brindará un papel preponderante a la memoria con un instrumentopreciado y meritorio de cualquier edad, especialmente en las vejeces femeninas, accediendo a ser constructoras de historias no oficiales, consintiendo nuevos modelos de pensar, sentir y actuar en la vida, conservando el dominio sobre sí mismas, con “la capacidad para tomar decisiones libres e informadas sobre sus vidas, de manera de poder ser y hacer en función de sus propias aspiraciones y deseos en el contexto histórico que las hace posible” (CEPAL, 2011), demostrando procesos de autonomía e independen-

cia, como forma de preservar y conservar la identidad de las vejeces, o sea, la mismidad en las vejeces.

No pienso de ningún modo que la palabra sea “la prolongación de los movimientos subterráneos”; si no que tiene usos muy diversos; las más de las veces es un acto, solicitado por una situación, el que emerge a la luz, rompiendo con el silencio, y se lo desnaturaliza si se lo enquista en la continuidad de un monólogo interior. (Simone de Beauvoir, 1963, p. 317)

Referencias bibliográficas

- Althusser, L. (2010). Ideología y aparatos ideológicos del Estado. *Posiciones*. Grijalbo.
- Baratta, A. (1987). *Criminología crítica y crítica del derecho penal*. *Introducción a la sociología jurídico-penal*. En: <https://www.amazon.it/Criminologia-critica-Introduzione-sociologia-giuridico-penale/dp/8883539907>.
- Birren, J., & Bengtson, V. (Eds.). (1988). *Emergent theories of aging*. Springer Publishing Company.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Anagrama.
- Busse, I. W. (1968). Viewpoint: Prejudice and gerontology. *The Gerontologist*, Vol.8, p. 66. Cambridge.
- Butler, R. N. (1969). Age-ism: Another form of bigotry. *The Gerontologist*, 9, 243-246.
- Cantú, C. (2017). *Psicoterapia en el adulto mayor y la familia*. Universidad de Guanajato. México. En: eugreka@ugto.mx
- Casas, A. et al. (2008). Proyecto ético-político, profesionales y proyectos societarios: reflexiones y desafíos a partir de algunos aportes de José Luis Rebellato. En: Xº Congreso Nacional de Trabajo So-

- cial. Trabajo Social en un contexto de cambio: una mirada hacia nuestro quehacer profesional. Uruguay.
- CEPAL (2011). *Los derechos de las personas mayores: materiales de estudio y divulgación*. En: <https://hdl.handle.net/11362/21497>
- de Beauvoir, Simone (1963/ re-edición 1971). *La fuerza de las cosas*. Editorial Sudamericana.
- Dornell, T. (2015). Cuerpos gerontes en sociedades de consumo adultocéntricas: De la gerusia a la indiferencia. Anales de Jornadas de Investigación (015-FHCE). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Udelar, Uruguay.
- (2023). Saberes, vejez y género desde la perspectiva decolonial. Una experiencia convergente. Coloquio Paulo Freire, En: Revista Ciclo del Pensamiento Crítico. (sep. 2023). Programa APEX, Udelar. Uruguay.
- Dubos, R. (1967). La concepción de salud. En: <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwiJkfq1vO2CAxU4LbkGHQOsCwQFnoECCE-QAQ&url=https%3A%2F%2Fwww.uv.es%2Fcomsal%2Fpdf%2FRe-Esc12-Concepto-Salud.pdf&usg=AOvVaw3gTAI8MfK-VXZlkEujzt24h&opi=89978449>
- Dussel. E. (1993). La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. *Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO, Buenos Aires.
- Fernández-Ballesteros, R. (2004): Mitos y realidades sobre la vejez y la salud, Barcelona: SG- Fundación Caja Madrid.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Editorial Paidós.
- Freixas, A. (2013). *Tan frescas. Las nuevas mujeres mayores del siglo XXI*. Espasa Libros. SLU.
- Freixas, A. (1996/re-edición 2007). Gerontología femenina: Comprender la compleja y sutil vida de las mujeres mayores. Revista No. 17, *Red Latinoamericana de Gerontología*. Montevideo, Uruguay. En: http://mys.matriz.net/mys17/articulos/art_17_02.html
- Galende, E. (2004). Subjetividad y resiliencia: el azar y la complejidad. En: Melillo et al (2004). *Resiliencia y Subjetividades*. Editorial Paidós.

- Ghiso, A. (2013). Investigación social comunitaria en contextos de conflicto. *Revista colombiana de Ciencias Sociales*, No. 4 (1), pp. 121-134. Universidad de Antioquía, Colombia.
- Hayflick, L. (1987). Biología celular y bases teóricas del envejecimiento humano. En: Carstensen, L. y
- Edelstein, B. (1987) *Gerontología clínica. El envejecimiento y sus trastornos*. Martínez-Roca
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Editorial Crítica.
- Khun, T. (1971) *La estructura de las revoluciones científicas*. Editorial FCE.
- Laforest, L. (1991). *Introducción a la gerontología.*, Editorial Herder, S.A.
- Moragas, R. (2000). *Gerontología social. Envejecimiento y calidad de vida*. Herder, S.A.
- OMS (1988). Informe Bial del Director General a la Asamblea Mundial de la Salud y a las Naciones Unidas. En: <https://www.google.com/search?client=firefox-b&q=Informe+Bial+del+Director+General+a+la+Asamblea+Mundial+de+la+Salud+y+a+las+Naciones+Unidas>
- (2002). Informe mundial sobre la salud y la violencia de la OMS: una herramienta de trabajo. En: <https://www.google.com/search?q=oms+2002+informe+mundial+sobre+la+violencia+y+la+salud&client=firefox>.
- (2015). Informe mundial de la salud 2015. El envejecimiento y la salud. En: <https://dds.cepal.org/redesoc/publicacion?id=4165>
- Onram, A. (1971). Revisión de las teorías epidemiológicas, veinte años después. *Revista Estado de Salud en el Mundo*. USA.
- ONU (1982). Primera Asamblea Mundial sobre Envejecimiento. Organización de las Naciones Unidas en Viena, Suiza.
- Ramírez, M. (2008). *Calidad de vida en la 3era. Edad. ¿Un problema subestimado por ellos y por su entorno?* Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. Disponible en: [https://fcp.uncuyo.edu.ar /upload](https://fcp.uncuyo.edu.ar/upload)
- Salvarezza, L. (2002). *Psicogeriatría. Teoría y clínica*. Paidós.
- Sánchez, D. (2000). *Gerontología Social*. Espacio Editorial.

- Scott, J. (1996). *El género: Una categoría útil para el análisis histórico*. En: Lamas, M. Compiladora. *El género: la construcción cultural de la diferencia*.
- Strejilevich, L. (2010). *Los Viejo de Salta*- Argentina. Premio “Senador J. Armando Caro”. En: <http://www.lulu.com/content/e-book/los-viejos-de-salta/9982258>
- Worell, J. y Etaugh, C. (1994). Transforming theory and research with women: Themes and variations. *Psychology of Women Quarterly*, 18(4), 443–450. En: <https://doi.org/10.1111/j.1471-6402.1994.tb01041.x>

Vejece femeninas en el medio rural: del olvido al silenciamiento

Mag. Mauricio Arreseigor y Lic. Georgina Martínez

Resumen

El presente artículo consiste en un ensayo teórico-reflexivo sobre las condiciones sociales de las mujeres viejas que viven en contextos rurales, el interés central del mismo es abordar las particularidades que hacen a su invisibilidad en los estudios gerontológicos en nuestro continente, recuperando saberes oprimidos por lógicas coloniales y patriarcales.

Esta producción sitúa en primer plano las trayectorias vitales profundamente precarizadas, ante la ausencia estatal en el marco de las protecciones y aseguramiento para una vida digna. A su vez, pone en cuestionamiento una visión uniforme de la vejez centrada en un sujeto único con características que responden a la visión occidental que no contempla las múltiples vejece precarizadas que se traman en los territorios rurales.

Nos preguntamos sobre las mujeres mayores del medio rural, esas que desentonan con sus matrices culturales antagónicas

al modelo europeo reinante en las ciudades. Mujeres viejas, negras, con rasgos indígenas, inscriptas en relaciones laborales singulares al contexto, se tornan vejeces disruptivas que traman otras posibilidades de evidenciar los resultados de la desposesión en las personas y las resistencias por parte de las mismas para su reproducción social.

Palabras clave: Vejeces, ruralidad, género, interseccionalidad, patriarcado.

Vejeces rurales: del olvido al silenciamiento

El ámbito rural se construyó a lo largo del tiempo como un objeto de estudio al servicio de la producción económica, las investigaciones que rodean a este campo se han concentrado en el valor de la tierra, la riqueza de la materia prima y la importancia de la productividad, construyendo territorios que dejaban de lado las particulares relaciones sociales que en él se representan.

El mundo de la ciencia, ha hecho posible que la ruralidad sea pensada como enclave productivo, excluyendo toda práctica que no ofrece valor alguno para el sistema globalizado del que se es parte. Desde los comienzos del capitalismo, los mecanismos de jerarquización han supuesto una demarcación y distinción de aquellos espacios-tiempos, depositando en cada uno imágenes construidas a partir del sojuzgamiento de la mirada económica (De Souza, 2005).

Desde otras epistemologías alternativas, el escenario rural se inscribe en una trama de silencios e invisibilidades, donde sus pobladores quedan anclados en estructura tradicional de

vida, por lo cual no son merecedores de ninguna representación simbólica, más que el propio atraso del que son investidos.

Recae sobre la ruralidad una posición teórica sesgada por la monocultura de la ciencia, donde lo único pasible de conocer, es aquello que la ciencia define como importante y/o interesante para la sociedad. En esa lógica, estos territorios son asumidos como lugares donde la producción es el eje de interés, dejando de lado lo concerniente al sujeto que lo habita, su contexto de significación y las formas culturales de recrear la identidad en espacios caracterizados por la desposesión (Giménez, 2005).

La pregunta que surge respecto al tejido social inscripto en estos micro-territorios rurales es: ¿Qué configuraciones identitarias portan los sujetos que allí habitan y cómo se reproducen ante la apelación a lo nuevo por parte de la modernidad? Tomando esto último, también emergen interrogantes sobre las personas viejas ¿Cómo se narran viejos/as en medios rurales, en espacios donde la vejez es símbolo de la resistencia al cambio?

La vejez no es una producción social desalojada de las relaciones humanas, su significación cultural se nutre de los esquemas relaciones que se originan en determinados espacio-tiempo. Así, el sujeto es investido de una atribución social que se va renovando a causa de los cambios, sin desconocer la perdurabilidad de algunos rasgos que siguen estando presente en la actualidad. La relación envejecimiento y ruralidad aparece narrado desde un discurso hegemónico que deja entrever la diversidad como una cualidad distintiva

de éstos, pero con rasgos que los deposita en inferioridad a otras, en tanto su estrecha vinculación explica las limitantes que se producen entre el sujeto y su entorno (Zapata Silva, 2019).

En un contexto de migración constante, promovido por los propios sistemas estatales en base a la teoría del capital humano; lo rural parece depositar la presencia de aquellos sujetos que no supieron escuchar y aprovechar las oportunidades de las que le fueron anticipadas, siendo merecedores de la condición que les toca vivir (Manes, 2021).

A propósito de eso, quienes envejecen en el medio rural son aquellos individuos a quienes se los circunscribe como los incapaces de haber visualizado con suficiente proyección, las mejores opciones para su vida, consolidando en la actualidad realidades que responden a sus propios parámetros de vida. Aparece en este razonamiento, la idea de un curso de vida que se explica por decisiones incorrectas, alcanzando así desenlaces desfavorables para la vejez que poco responden a las condiciones históricas y coyunturales que hacen a lo rural propiamente.

Estas vidas viejas son propias de quienes portan silenciamiento, su capacidad de narrarse no está prohibida, pero sí inhabilitada por entenderse que no responde a las consignas vigentes (Manes, Garmendia y Danel, 2020). Esta configuración desde un otro ajeno, hace necesaria la pregunta sobre la relación de otredad. Desde qué lugar nos disponemos a conocer a ese otro y qué relación se está dispuesta a sostener en un modelo de vida donde lo viejo, antiguo y tradicional, cobra sustancial descarte para la sociedad actual.

Esta “no presencia” de las personas viejas en las investigaciones científicas sobre ruralidad, ha hecho que su condición sea cooptada por las explicaciones de la epistemología del norte. Se categoriza la vejez a partir de una lectura unívoca, haciendo que las vulnerabilidades sean nombradas a partir de experiencias de ajenidad con la condición situada del sujeto que la afronta.

Reconocer las múltiples vejezes que se producen socialmente en la ruralidad, supone desnormativizar las maneras de comprender al envejecimiento desde la ciencia moderna. La condición de sujetos situados implica la desclasificación de aquellos mandatos impuestos, revisando las categorías en torno a ella y los supuestos que la sostienen sobre las personas que envejecen (Manes, Garmendia y Danel, 2020).

La acumulación de desventajas en el medio rural, y su expresión corporalizada en las vejezes, continúa reproduciendo relatos con fuerte énfasis en los esquemas individualizados de las personas, despojando la dominación estructural capitalista y las desigualdades sociales de las que son protagonistas estas personas.

En ese orden, diagramar miradas sobre el curso de vida de los sujetos que envejecen en lo rural, deben re-fundar la importancia del componente histórico y político de los fenómenos que se producen en cada momento, haciendo de las circunstancias vitales, un cauce de múltiples factores que se nutren de las particularidades propias del contexto que lo integra (Elder y Janet, 2009).

Para quienes se vuelven viejos/as en el medio rural, sus vidas han estado signadas por la desposesión permanente de re-

cursos, conocimientos, experiencias y maneras de proceder, que simultáneamente son descalificadas por entenderse alejadas de los avances que el propio capitalismo ha logrado en su fase actual.

El envejecimiento diferencial y las múltiples, así como heterogéneas vejeces que se van sedimentando en lo rural, son elaboraciones narrativas que responden a posicionamientos clásicos hegemónicos, que utilizan a su favor el concepto de diversidad multicultural, para ampliar los mercados de consumo y naturalizar las desigualdades raciales, económicas y culturales que sobrevienen en estos contextos territoriales (Zapata Silva, 2019).

A partir de estas explicaciones, las vulnerabilidades que enfrentan las personas viejas en el mundo rural son clasificadas por la racionalidad eurocéntrica, mediante criterios arbitrarios donde lo vulnerable se desarticula del pensamiento local y re-articula al análisis producido por la dominación patriarcal, capitalista, colonialista (Santos, 2015).

Las experiencias situadas por quienes envejecen en estos contextos son relegadas por oponerse a la norma moderna. Los saberes son descalificados mediante el silenciamiento, oprimiendo a los sujetos y limitando su capacidad de reconocimiento. De acuerdo a este panorama, la identidad de las personas mayores en el medio rural es relatada por un otro ajeno a quien habita esa condición, desvirtuando las formas en que estos colectivos se apropian del mundo en el que viven.

Desde el plano gerontológico, rescatar los saberes silenciados y marginados, es un mecanismo para combatir la invisibili-

dad orquestada en una matriz de ocultamiento permanente. Escuchar desde el encuentro humano, implica permear discursos, disputar sentidos, ligar nuevas miradas y voces sobre aquellas palabras marginadas.

Apelar a la subjetividad biográfica de las vejeces rurales, permitirá nombrar la realidad a partir de itinerarios marcados por las innumerables opresiones que se van tramando por el propio maltrato institucional causado por las entidades que administran el territorio. A sabiendas de la ausencia de esos espacios de enunciación, los profesionales que nutren la agenda gerontológica, tienen ante sí la posibilidad de direccionar estrategias sobre las vejeces, donde pueda re-ubicar sus saberes como parte de la identidad que las conforma (Manes, Garmendia y Danel, 2020).

Las dificultades por incorporar nuevas discusiones al campo gerontológico han sido notorias. El diálogo interdisciplinario, aún con avances, ha estado convocado a partir de una visión unívoca de la vejez, derivada de matrices universales que excluyen la multiplicidad de entornos, contextos y lugares donde las vejeces son producidas y productos de estos. La gerontología decolonial, invita a revisar las perspectivas aún vigentes y mirar las vejeces a partir de un diálogo en el que los sujetos que la viven, sean los protagonistas de su enunciación.

En definitiva, aquellos que portan la identidad de ser sujetos rurales, conviven con la desposesión sistemática que el patrón de poder colonial fundó en sus tierras. Estas regiones se fundan ideológicamente desde un discurso del retraso, el estancamiento, lo tradicional, que no es más que la argumen-

tación de quienes dominan estos territorios para sustraerse los recursos naturales y controlar las actividades propias de estas localidades (De Souza, 2008)

En estos contextos de extractivismo, desposesión y vulneraciones sistemáticas, las vejeces se configuran en su condición subalterna. Las personas de edades avanzadas quedan relegadas a partir de la invisibilización y el silenciamiento de sus discursos. Desde el patrón capitalista, las personas viejas son sujetos que por su edad, se las comprende a partir de pérdidas y deterioros, no reportando un valor en sí para la organización económica.

Detrás de este proceso de invisibilización, nos encontramos con cuerpos envejecidos que se caracterizan por las múltiples marcas de las desigualdades que lo conforman. Esas corporalidades representan una imagen que transgrede visiones eurocéntricas, que no son más que las profundas injerencias que lo social tiene sobre el orden biológico-funcional.

A todo esto, la vejez per se no existe, las vejeces en su condición singular, plural y situada, es una categoría que revaloriza el lugar político e ideológico de este colectivo, el que históricamente ha sido utilizado por los patrones de poder hegemónico para construir y regular un lugar en la sociedad que no interfiriera con los acuerdos instituidos por la sociedad normalizada.

Las vejeces subalternas rurales no son más que la producción socialmente construida del paradigma hegemónico, donde viejas y viejos del medio rural construyen sus tránsitos de modo diferencial a otros enclaves espaciales. Sin embargo, no se reconoce el ocultamiento e inferiorización de sus prác-

ticas, a partir de la argumentación racional de que la edad no produce, para justificar la posesión de las riquezas que se extraen de estos territorios.

En ese sentido, las vejeces rurales están desprovistas de un mundo que las represente tal cual son, a partir de sus matrices culturales. Para el relato moderno, aquello que alude al retraso, el subdesarrollo y prácticas tradicionales, debe ser colonizado para su posterior desarrollo. A pesar de los avances en la “nueva ruralidad” y las transformaciones ocurridas producto de la globalización, continúa permeando una visión de lo rural antagónica a los procesos de desarrollo que afectan a los sujetos que son parte (Bulich, 2020).

En esa condición, aquellas viejas rurales desposeídas de cualquier valor inherente a la vida humana, se concentran en territorios portadores del retraso, cargados de menosprecio por su condición diferencial en relación a las ciudades. En definitiva, el sujeto que envejece en lo rural queda aprisionado a un imaginario de responsabilidad por la condición que le es propia, entendiendo que las oportunidades de migración están y quienes no las asumen deben cargar con las consecuencias de ellas.

En ese entonces, nos preguntamos sobre las mujeres mayores del medio rural, ellas que desentonan con sus matrices culturales antagónicas al modelo europeo reinante en las ciudades. Mujeres viejas negras, con rasgos indígenas, inscriptas en relaciones laborales singulares al contexto, se tornan vejeces disruptivas, que traman otras posibilidades de evidenciar los resultados de la desposesión en los sujetos y las resistencias por parte de los mismos para su reproducción social.

Corporalidades de las mujeres mayores que habitan en contextos rurales

Las corporalidades de las mujeres mayores que se conforman en contextos rurales están atravesadas por patrones coloniales hegemónicos que construyen y re-construyen a la vejez como otredad, bajo un entramado de estereotipos que conciben a esta etapa de la vida como algo no deseado y temido.

Los aportes de Danel, Manes y Garmendia (2020) nos invitan a mirar las identidades de las vejeces desde una visión decolonial, donde los estereotipos reproducidos hacia la vejez provienen desde la estrategia colonial y es caracterizada como una falta de reconocimiento; una subordinación social hacia las vejeces.

Nos preguntamos acerca de las mujeres mayores, porque en el caso de ellas primero les toca afrontar las discriminaciones, ocultamiento y silenciamiento por el simple hecho de ser persona vieja, pero añadido a esto que también son mujeres. Es aquí donde en sus tramas individuales, la estrategia colonial y la creación de una corporalidad hegemónica oprime los cuerpos de las mujeres mayores, agudizando aún más cuando habitan en territorios rurales.

La concepción que se teje sobre corporalidad se sustenta en saberes que provienen de la biología y la medicina; el cuerpo en la vejez se deteriora a causa del desgaste del sistema orgánico. Sin embargo, desde esta visión se despojan otros saberes que también influyen en el envejecimiento de las personas, como el entorno socio-cultural.

La idea de concebir a la vejez desde una mirada biologicista y medicalizada, tiene sus raíces en las estrategias coloniales que imponen un único cuerpo posible en las sociedades modernas y capitalistas que sirven para alimentar al capital a partir del trabajo. De ahí, la persona mayor al sufrir un retroceso en sus funciones orgánicas, deja de ser productivo en estas lógicas.

De Souza (2005) nos plantea que estas construcciones están estrechamente relacionadas con los conceptos de desigualdad y exclusión, los cuales conforman sistemas de pertenencia jerarquizados. Las corporalidades de las vejeces quedan relegadas a estos sistemas porque la cultura impone dispositivos de normalización y descalificación (Foucault, 2002) de determinados cuerpos que ya no son aptos.

La situación se agudiza si nos detenemos a pensar en las mujeres viejas que habitan en contextos rurales. Por un lado, la ruralidad se presenta como un espacio opuesto a lo que el capital necesita; la ciudad. De Souza (2005) plantea la existencia de ciudades globales como lugares estratégicos para la globalización económica, generando desigualdades entre las mismas; entonces si entre las ciudades existen desigualdades, los espacios rurales quedan relegados a una subordinación aún mayor.

Las identidades de las mujeres viejas en la ruralidad presentan distintos modos de habitar los cuerpos porque se configura una triple subordinación jerarquizada: ser persona vieja, mujer y vivir en el espacio rural. Allí el entorno cultural adquiere distintas connotaciones diferenciales a las ciudades,

porque la relación entre cuerpo-espacio define los proyectos vitales de las personas (Di Lucca, 2020).

Entendemos a la ruralidad como espacio en donde se ponen en juego diversas relaciones sociales que producen marcas subjetivantes y al mismo tiempo aportan al proceso de construcción identitaria. Es por dicha razón que consideramos a la ruralidad como una forma de territorialidad (Danel y Daga, 2020, Pág. 187)

Las relaciones sociales producidas en esta territorialidad conforman un tipo de cultura que nos permite visualizar a la vejez en la ruralidad de manera singular. Giménez (2005) considera que la identidad y cultura son conceptos estrechamente relacionados porque la primera función de la identidad es marcar fronteras sobre un “nosotros” y un “otros” y las pautas culturales que aprehendemos para marcarlas lo hacemos a través del proceso de socialización y nuestro entorno cultural.

En ese sentido, las féminas mayores internalizan de otros modos los mandatos sociales provenientes de la cultura patriarcal. En ellas se presenta una triple jornada laboral, que además de no ser reconocida tampoco es remunerada: tareas del hogar, cuidados y el trabajo productivo, el cual es concebido como una extensión de las primeras tareas (Danel y Daga, 2020).

Detrás de estas jornadas impagas, también se pueden ver cuidados feminizados, que además de sobrecargar el trabajo de las mujeres, terminan invisibilizando las opresiones que han sufrido en el curso de su vida, puesto que por esta labor, las viejas postergan su sufrimiento, e irrumpen proyectos per-

sonales (Danel y Daca, 2020). La corporalidad conforma un andamiaje cargado de opresiones que se conjugan generando un sistema de desigualdad de opresión múltiple.

Según De Souza (2005) cuando las mujeres lograron acceder al mercado laboral, pasaron de un sistema de exclusión a uno de desigualdad, fueron integradas pero aun sus salarios siguen siendo menores a los varones y en su mayoría, sus tareas no son remuneradas. En contextos rurales, las mujeres mayores han afrontado desde sus trayectorias vitales estas exclusiones y desigualdades que aún perduran en la actualidad.

Por su parte, el tiempo en la ruralidad adquiere significados singulares a causa del lugar que ocupa el trabajo rural como organizador de la cotidianeidad (Danel y Daca, 2020). En el caso de las mujeres viejas, es difícil medir el tiempo que le dedican a sus actividades laborales porque se presenta una triple jornada laboral totalmente impaga.

Existe por tanto una falta de reconocimiento y silenciamiento subalterno (Danel, Manes y Garmendia, 2020) en este colectivo porque el colonialismo impulsa y reproduce corporalidades hegemónicas que aportan al capital. Mientras que las mujeres viejas mediante sus cuerpos son explotadas por un sistema patriarcal y capital. Son cuerpos sometidos por las formas del colonialismo, atravesados por significados que se construyen y hacen visibles heridas expresadas en las subjetividades de las personas (Carballeda, 2020).

La cultura en contextos rurales se presenta como operadora de diferenciación (Giménez, 2005) porque las identidades se construyen a partir de la apropiación que los sujetos realizan en su territorio. No obstante, estas identidades colectivas y

los cuerpos de las mujeres viejas necesitan ser miradas en un constante movimiento y situadas desde un post-colonialismo (Danel, Manes y Garmendia, 2020).

La categoría vejez en singular oculta las múltiples, heterogéneas y desiguales formas de envejecer. En cambio hablar de vejeces en plural y desde un análisis situado nos permite dar cuenta de la multiplicidad de condicionantes de la desigualdad y la complejidad de los problemas sociales que atraviesan las personas mayores (Pág. 23).

En ese sentido, reclamamos una postura decolonial que nos permita un conocimiento y reconocimiento de la diferencia a partir de políticas de identidad que contengan tres rasgos esenciales: diferenciación, autorreferencia y conocimiento (De Souza, 2005). La intención no se reduce a conocer propiamente la diferencia, sino a distinguir aquellas que inferioriza, ocultan y silencian a las mujeres viejas.

Esto supone una articulación entre políticas de igualdad y de identidad (De Souza, 2005) identificando que no toda diferencia es inferiorizada, pero que tampoco debemos negarlas. Este nuevo paradigma epistemológico propugnado por el autor, nos invita a recuperar la historia de los territorios latinoamericanos y de quienes habitan en ellos desde una postura situada y decolonial.

En la misma línea y desde el campo gerontológico, demandamos una ruptura epistémica de los estudios desde una mirada interseccional poniendo énfasis en las dimensiones del género, territorio, clasificación social, entre otros (Danel, Manes y Garmendia, 2020). Las autoras nos proponen descolonizar el pensamiento gerontológico para iniciar un proyecto de de-

construcción cuestionando la categoría de vejez como única, pero también de construcción y creación para visibilizar las distintas formas de atravesar la vejez.

El desafío consiste en cuestionar las corporalidades hegemónicas, para pensar en una corporalidad situada, que nos conecte con la identidad colectiva, con la cultura y con los otros, abandonando el sometimiento colonial para construir nuevos caminos basados en el diálogo (Carballeda, 2020). Siguiendo con los aportes del autor, los cuerpos siempre son expresión del territorio, de los saberes y su historia, por lo tanto, reconocer y visibilizar las situaciones de las mujeres mayores en contextos rurales, es una forma de poner en cuestión el pensamiento colonial que por largos años ha intentado ocultar, silenciar y oprimir a quienes no cumplen con los estereotipos hegemónicos.

Mujeres viejas en la ruralidad: un análisis desde la interseccionalidad

El interés por analizar las mujeres viejas en la ruralidad surge a partir del contexto de transformaciones demográficas, sociales y productivas que vienen ocurriendo desde la década del 90, y que se ha ido intensificando en este nuevo milenio. El posterior derrumbe en un contexto de neoliberalización produjo una nueva cuestión social (Castel, 1997) en los medios rurales, y dentro de este proceso el patriarcado también ha ganado terreno.

Según Fanon (2009) el medio rural ha sido catalogado como territorios portadores de retraso, primitivos e involuciona-

dos, obligando a las personas que habitan en él a migrar, y a quienes decidan no hacerlo, el pueblo será concebido desde el desprecio e inferiorización. La interrogante que surge en esta opinión se fundamenta en la situación de las mujeres viejas, ellas no solamente están expuestas a vivir una discriminación caracterizada por el lugar de residencia, sino también se le añade la cuestión del género, edad, entre otras.

Nos encontramos ante un contexto caracterizado por un envejecimiento poblacional, donde las personas mayores tienen un mayor peso con respecto a otros grupos etarios, pero su vez, Uruguay tiene la particularidad que la mayoría de personas viejas están representadas por el género femenino. Esto se constituye como un principal indicio para estudiar las categorías analíticas de género e interseccionalidad en el medio rural, con la finalidad de problematizar sobre aquellos pueblos que han sido invisibilizados y ocultos por los patrones coloniales.

El patriarcado y el neoliberalismo en los medios rurales, han intensificado las desigualdades y puesto en escena un escenario de desigualdades múltiples (Molina, 2017). Por ende, necesitamos conocer la situación de las mujeres viejas asumiendo la categoría de género e interseccionalidad; la primera nos aporta una visión del mundo donde cada ser humano internaliza mandatos culturales que imponen y someten a la vida social de los hombres y las mujeres, mientras que el segundo nos ayudaría a comprender la conjugación de opresión múltiples que afectan a las féminas mayores en el medio rural.

El principal problema de las mujeres viejas se da porque su vida ha sido atravesada por la desigualdad y exclusión sim-

plemente por el hecho de ser mujer. No obstante, en la ruralidad las vulnerabilidades se agudizan porque a su condición de ser mujer, se le añade habitar en la zona rural. Según la CEPAL (2020):

La interseccionalidad (...) se debe alimentar con el enfoque de la desigualdad social con el objetivo de fortalecer los análisis sobre las formas y los mecanismos de reproducción de la desigualdad social y de la cultura del privilegio en América Latina (Pág. 23)

Nos preguntamos sobre los caminos transitados por las mujeres viejas que hacen de su trayectoria un envejecimiento cargado de vulnerabilidades del que los varones quedan eximidos por su género. Uno de los primeros análisis que podemos establecer se da por las relaciones laborales producidas en el ámbito rural; por un lado nos encontramos con varones que trabajan durante toda su vida hasta el límite de sus habilidades y capacidades físicas sin tener una demarcación puntual hacia la vejez; es la propia enfermedad que lo termina marcando (Reyes, 2012), mientras que las mujeres viejas continúan desempeñando en su vejez un papel importante en el hogar y es difícil que se retiren de su actividad doméstica hasta que el cuerpo no le imponga sus límites.

En ese sentido, el desafío social del trabajo, termina enfrentándose con el derecho al descanso de los cuerpos que ya no son acorde y están desgastados (Molina, 2017). Como consecuencia, tanto los varones y mujeres mayores movilizan sus conflictos internos cuando se les presenta la imposibilidad de realizar su labor porque el cuerpo deja de cumplir con lo esperado para el trabajo.

El trabajo doméstico para las mujeres se evapora en una etiqueta de “trabajo afectivo” (Federici, 2013) porque no se producen productos intangibles, sino sentimientos por lo cual el trabajo doméstico termina no siendo considerado verdaderamente trabajo para el capital. Así pues, podemos ver cómo las identidades de género se ven ancladas desde el trabajo productivo para varones y trabajo reproductivo-doméstico para mujeres.

La división sexual del trabajo nos desafía en todos los ámbitos de la vida, no solamente implica la separación cultural que se ha tejido sobre las diferenciaciones de tareas entre ambos géneros, a esto se le añade un trabajo doméstico que reproduce fuerza de valor no reconocida por el sistema capitalista.

Por un lado tenemos al varón mayor que desde su posición de jefe de hogar, es el encargado de asumir las responsabilidades del trabajo rural y el manejo del dinero, mientras que la mujer vieja aun asumiendo su labor doméstica y también productiva, no tiene acceso a ninguna remuneración. Esto genera una sobrecarga de las féminas, haciendo de su experiencia laboral un tránsito particular; no solamente hablamos de una sobrecarga en las jornadas laborales, existe a su vez la invisibilización del trabajo productivo, cuestión que se amplía en las mujeres si incluimos la idea de trabajo amplio (Federici, 2013).

También se le puede agregar una tercera jornada laboral, siendo esta la labor de los cuidados, las mujeres viejas al superar la esperanza de vida con respecto a los varones, es posible que en su vejez asuman los cuidados con respecto a su pareja, nietos, sobrinos, entre otros. En este sentido, los mismos

adquieren una condición singular en la ruralidad, puesto que se visualizan “tipos de cuidados” que portan diferentes significados acerca de cómo cuidar (Moreno, Landeros, Jiménez, Vera y Ojeda, 2011).

Como contrapartida, en la ruralidad los cuidados sin duda alguna son ejercidos desde otros modos, otras posturas y otras formas propias del lugar “la manera en cómo entendemos al mundo, el cuerpo, la salud y la enfermedad cambian de una cultura a otra” (Moreno, Landeros, Jiménez, Vera y Ojeda, 2011, Pág. 344).

En el campo se envejece cuidando, y también se envejece requiriendo cuidado (Molina, 2017), son las mujeres quienes portan sobre su espalda la labor de lo que implica cuidar. Según Reyes (2012) en territorios rurales existe una carencia de infraestructura para atender el sector envejecido, particularmente en Uruguay no existen hogares próximos ni atención directa en estas localidades generando un vacío en el Estado, dando lugar a relaciones solidarias y filantrópicas.

En ausencia de un Estado presente que garantice las condiciones propicias para atender al sector envejecido, se produce lo que De Souza (1988) ha nombrado como la familia de bienestar. Lo que sucede es que a falta de apoyos sociales en la vejez para el cuidado que provengan de la intervención pública, son las estructuras familiares y redes solidarias las que afrontan las necesidades de los cuidados. Ante eso, nos encontramos con una carencia de este apoyo que da lugar a un cuidado familiarizado.

De este modo, podemos ver que la precariedad de la vida rural, se relaciona con una cultura del privilegio (CEPAL,

2020) sustentada y alimentada desde el colonialismo y el patriarcado. La condición de ruralidad de las mujeres viejas, las expone a una mayor precariedad en este ámbito, sobre todo porque se hace presente un escenario de desigualdades múltiples. En este caso se reducen en: ser mujer, persona mayor, vivir en la ruralidad, y asumir una triple jornada laboral que además de no ser remunerada, tampoco es reconocida como trabajo.

Desde el debate feminista y los aportes de una gerontología crítica y decolonial, necesitamos aumentar la complejidad de la categoría mujeres y de la lectura sobre las desigualdades que las afectan. El sector rural de por si se sitúa como una cultura inferior por los rasgos que lo caracterizan porque van en contra del progreso y modernidad, pero debemos preguntarnos que sucede en el caso de las mujeres, puesto que ellas además de estar sujetas a discriminación por razones de género, también persisten desde sus tramas individuales otros factores que hacen de su experiencia en la estructura de desigualdad una opresión múltiple.

Según Expósito (2012) las identidades no son unitarias ni uniformes, las mismas están atravesadas por otros factores, revelando la idea de interseccionalidad. La construcción de las identidades en el contexto rural están provistas por la categoría de género, desplazando hacia las mujeres viejas una triple precarización laboral asociada al trabajo productivo no remunerado, doméstico y de cuidados.

La propia condición de ruralidad ya las sitúa en una condición desfavorable porque existe un desprecio de los pueblos fuertes y ricos por los que consideran inferiores a ellos (Fa-

non, 2009). En este caso, la ciudad termina adquiriendo lo deseable en la modernidad porque en ella se produce una mayor movilización del capital, mientras que los territorios rurales quedan relegados en la periferia porque no aportan al desarrollo ni crecimiento.

Por ello se puede decir que la precariedad que les toca afrontar a las mujeres, difiere consustancialmente a las experiencias por las que transita el varón, porque en ellas su lucha está atravesada en un contexto de explotación capitalista, pero a su vez, también terminan siendo subordinadas por la cultura patriarcal.

Los estudios de las mujeres viejas en la ruralidad desde una mirada de género e interseccional son fundamentales para interpelar el olvido de las mujeres que son subordinadas durante todo el curso de sus vidas. En este caso, persiste la necesidad de visibilizar los tránsitos que las féminas mayores que habitan en el medio rural les toca afrontar desde sus tramas individuales.

Se trata entonces de desandar los caminos que dan lugar a las injusticias y de poner en tela de juicio aquellos discursos que avalan exclusiones entendiendo que la cultura (...) refiere a la difusión de representaciones en determinada coyuntura social, estando dicho proceso entrecruzado por múltiples pugnas de intereses (Merlo, 2019, Pág. 208)

Indagar sobre los distintos envejecimientos que se presentan en la ruralidad, nos interpela a adoptar una postura interseccional, pero también decolonial, el cual visibilice aquellas vejez que han sido ocultadas por una cultura que sobrea-

lora el modo de vida en la ciudad en detrimento de quienes habitan en territorios rurales.

A modo de cierre

Las personas mayores vienen asumiendo un relativo protagonismo en las sociedades actuales, al compás de los avances en el envejecimiento demográfico y la consolidación de una agenda de derechos, a pesar de las marchas y contramarchas de su materialización. Estos procesos de visibilización y reconocimiento no están exento de colectivos de personas viejas que continúan ocupando los márgenes de la estructura social, invalidando su existencia y negando su presencia en los territorios que habitan.

La situación de los territorios rurales son una clara evidencia de lo anterior. En especial, las mujeres que envejecen en estos contextos socio-espaciales y socio-culturales. Sus trayectorias, son tramas estructuradas que se van modelando a través de las múltiples precariedades que condicionan sus estilos de vida; precariedades asignadas por la infravaloración del espacio, de los sujetos que lo componen y de las capacidades existentes en los territorios.

Estas vejezes feminizadas están configuradas desde la ausencia, ocupando lugares sin la presencia del Estado, sin mecanismos de protección efectivos y sin las estructuras informales posibles para revertir las condiciones materiales y simbólicas de vida. En definitiva, son vejezes orquestadas desde una ciudadanía desplazada hacia la periferia del mundo, donde las vidas son apenas posibles de ser resueltas.

Tales vulnerabilidades se encarnan en sus cuerpos, evidenciando las múltiples marcas que la desigualdad va depositando de manera acumulada en él. Así, el cuerpo se representa como lo distinto, aquello indeseado e imposible de mostrar, evitando cualquier tipo de exposición que evidencie un acto de lo regresivo.

Sin embargo, los parámetros de intersubjetividad están solventados para matrices culturales diferenciales, que se resisten a los postulados coloniales históricamente situados en nuestro continente. Muchas de las mujeres viejas del medio rural del Uruguay, representan desde sus marcas, la resistencia hacia el modelo de occidente, configurando prácticas que distan de los parámetros sobre el bienestar, la calidad de vida y las formas de comprender el mundo.

Por su parte, el trabajo asoma como una de las actividades con mayor implicancia cotidiana para estas mujeres. Situación que se profundiza en entornos con escasez de propuestas de esparcimiento y tiempo libre. Ante estas circunstancias, las actividades laborales nutren la rutina diaria de manera que éstas forjan procesos de inscripción en el orden económico, por sobre otras variantes posibles.

A todo esto, el cuidado adquiere múltiples interpretaciones ligadas a los marcos específicos donde se desarrollan. La provisión de apoyo se entremezcla con la tarea laboral, desdibujando los tiempos entre las labores producidas. Así, las mujeres se ven encaminadas hacia la expropiación de su tiempo, siendo en la vejez donde la intensidad adquiere notables expresiones. Estas prácticas reiterativas se deslizan en un marco de fragilización de los cuerpos de las mujeres viejas,

debiendo afrontar las obligaciones sin mediar ningún cuestionamiento.

En concreto, los rasgos del envejecer femenino en contextos rurales están imbricado en prácticas coloniales que capturan el gobierno de la vida mediante una matriz de explotación sistemática, profunda y duradera, que lesiona la vida y la limita en su capacidad de ejercicio. Son estos los motivos que llevan a un envejecer precario y una vejez prematura.

Finalmente, las prácticas gerontológicas deben revertir los modelos explicativos sobre el envejecimiento y la vejez, asentado en posiciones sesgadas; las mismas navegan sobre las visiones deficitarias y el modelo exitoso-utilitarista del envejecer, ambas producidas bajo los marcos urbanísticos, occidentales y patriarcales. Superar estas concepciones exige recuperar el sentido de los significados sociales que se elaboran cotidianamente por las personas viejas en los contextos que habitan, desandando los modos en que producen su entorno y lo configuran a partir de la elaboración de un mundo posible de ser vivido.

Referencias bibliográficas

- Carballeda, A. (2020). Corporalidad e identidad colectiva. En: Tello, C., y Danel, P. (coord) Decolonialidad, identidades divergentes e intervenciones. (Pág. 8-11). Editorial de la UNLP.
- Castel, R. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social*.-1ª ed. 4ª reimp.- Buenos Aires: Paidós.
- CEPAL. (2020). *Afrodescendientes y la matriz de la desigualdad social en América Latina. Retos para la inclusión*. Naciones Unidas: Santiago.

- Daca, C., Y Danel, P. (2020) La producción social de las vejeces rurales en contextos neoliberales. En: Danel, P., Y Velutras, M. (coord) *Entre precariedades y derechos Anudando debates del Trabajo Social, las políticas sociales y la intervención*. (Pág. 178-191) Editorial de la UNLP.
- De Souza, B. (1998). *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo del Hombre Editores.
- (2005). Desigualdad, exclusión y globalización: hacia la construcción multicultural de la igualdad y la diferencia. *Revista de Interculturalidad*. Universidad de Chile.
- Di Lucca, V. (2020). Envejecimiento y espacio: paisajes que habitamos. En: Tello, C., y Danel, P. (coord) *Decolonialidad, identidades divergentes e intervenciones*. (Pág. 127-150). Editorial de la UNLP.
- Elder, G y Janet, G. (2009). *The Craft of Life Course Research*. Nueva York: The Guilford Press.
- Expósito, C. (2012). ¿Qué es eso de la interseccionalidad? Aproximación al tratamiento de la diversidad desde la perspectiva de género en España. *Revista Investigaciones Feministas*, (3) 203-222.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Ediciones Akal.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Giménez, G. (2005) La cultura como identidad y la identidad como cultura, III Encuentro Internacional de Promotores y Gestores Culturales.
- Manes, R., Danel, P., Y Garmendia, C. (2020). Envejecimiento y vejeces: aproximaciones conceptuales desde la decolonialidad. En: Tello, C., y Danel, P. (coord) *Decolonialidad, identidades divergentes e intervenciones*. (Pág. 20-29). Editorial de la UNLP.
- Manes, R. (2021) Modelos de intervención con personas mayores. Aportes del pensamiento nacional a la gerontología social. Teseo: Buenos Aires.

- Merlo, Y. (2019). Vejezes múltiples: un enfoque decolonial desde el género y la justicia social. En: Nro. 17 - *Revista "Debate Público. Reflexión de Trabajo Social"*.
- Molina, P. (2017). *El lugar social de la vejez en territorios rurales de Aconcagua, un análisis de género*. Ed. Polis. Universidad Santo Tomas, Santiago de Chile.
- Moreno, N., Landeros, E., Jiménez, M., Vera, A., y Ojeda, M. (2011). El proceso interculturalidad en el cuidado de la persona mayor. Ed. *Práctica clínica* Vol. 19.
- Reyes, L. (2012). *Etnogerontología social: La vejez en contexto indígenas*. Universidad La Salle: Ciudad de México.
- Zapata, C. (2019). *Crisis del multiculturalismo en América Latina*. Universidad de Guadalajara: Calas.

Armarios: La des-sexualización de la vejez como forma de deshumanización

Sandra Sande y Romina Mauros

Resumen

En este artículo nos proponemos introducir la preocupación en torno a los envejeceres de las personas trans uruguayas, especialmente a partir de la problematización sobre el despojo de la sexualidad como dimensión inherente a la condición humana. Este nudo entre el viejismo y la transfobia, entre los mandatos patriarcales y nuevos campos de posibles, nos interpela a través de una lectura situada del estado del arte y del apoyo de entrevistas a referentes. Nos encontramos en búsqueda de preguntas otras, más que respuestas, con y no desde, juntas y hacia. La preocupación central que nos acompaña es justamente no hablar por, si no junto, como forma de construir saberes situados que interpelen, a la vez que construyan otros discursos y mejores envejeceres.

Palabras clave

Género - Diversidad - Vejez - Envejecimiento

Introducción

El artículo pretende poner en discusión la necesaria vinculación entre la categoría género - desde el significado de que los cuerpos sexuados se producen en relación, se despliegan y cambian, así como transforman las relaciones a lo largo de la vida en los diferentes momentos históricos (Scott,2020)- y las consecuencias que la matriz patriarcal ha impuesto en los cursos de vida de las personas que hoy transitan la vejez.

Nos impulsa la problematización, en términos feministas e interseccionales, de cómo las violencias (estructurales y culturales) hacia las vejeces se enquistan en algunos cursos de vida a través de la des-sexualización de las corporalidades viejas, especialmente en aquellas que presentan una identidad de género u orientación sexual disidente del mandato hegemónico, cis-hetero-normativo.

Se trata de una discusión a dos miradas/lecturas/emociones¹, que parte de la preocupación sobre los distintos mecanismos de opresión y subordinación que intersectan los cuerpos según la clase, la raza y el género y cómo se proyecta a lo largo de las biografías una aplicación diferencial del imperativo

1 En el artículo vamos a utilizar dos formas de escritura, una en primera persona del plural y otra en primera persona del singular, ambas dan cuenta de la posición desde la que presentamos la discusión, la pretensión de su uso es incluir la subjetividad a la vez que se alejan de una supuesta neutralidad en la búsqueda de un pensamiento situado.

moral/estético capitalista y patriarcal sobre los cuerpos (Sande y Mauros, 2023).

Metodológicamente la vejez como categoría ha servido para describir diferentes roles, sin cuestionarlos. Incorporarla en una matriz que la intersecciona con la clase, la raza y la sexualidad es un desafío necesario para atender la complejidad de pensar la gerontología desde los feminismos. Al igual que el género, la edad o la generación son categorías con una utilidad analítica que deben ser problematizadas críticamente, despojándolas de los binarismos impuestos en las sociedades patriarcales, coloniales y heterosexistas.

El cuerpo como territorio en disputa que “en contextos de instrumentalización de la existencia humana y ‘desechabilidad’ de muchos cuerpos femeninos, feminizados y de otros cuerpos subalternos” (Sagot en Retana, 2023, p.47) se deshumaniza aún más a partir del envejecimiento. En ese sentido Fernando Mier Sosa (2016) plantea que las personas están dispuestas a precios casi imposibles con tal de mantener un cuerpo joven. La corporalidad forma parte de nuestras identidades como “la interfaz entre lo social y lo individual, la naturaleza y la cultura, lo psicológico y lo simbólico” (Le Breton, 2002, p. 97) y es a partir de ese cuerpo que también se habitan las tensiones que nos dicotomizan: normal/anormal, varón/mujer, viejo/joven.

El lugar de subalternidad que las vejeces ocupan en las sociedades actuales se puede comprender desde la idea de “invisibles sociales” (Fernández, 2006, p.2) en la medida que su lugar de supeditación es interpretado como natural, a partir de su homogeneización en tanto sujetos viejos que implican

cargas sociales, económicas y de cuidados. Si entendemos (y aceptemos) que para que haya una distribución desigual del poder es necesario desconocer, negar y victimizar a un grupo social, concibiéndolo como incapaz y distinto, esto funciona como estrategia que legitima los actos de discriminación, ya que, al naturalizar estas condiciones, las validamos.

Con respecto a la discriminación, puede decirse que la intolerancia hacia el diferente, el transformar al diferente en peligroso, inferior o enfermo, forma parte de uno de los problemas centrales de toda formación social: producir y reproducir incesantemente las condiciones que la hagan posible (...) La naturalización de la injusticia no es un proceso espontáneo; muy por el contrario, hay que producirlo. En esta producción de naturalidad, la formación de consenso juega un papel decisivo. (Fernández, 2006, p. 6)

Para que esa naturalización ocurra, y que no genere alteraciones al orden establecido, se necesita que concibamos que existen condiciones que inferiorizan a otras personas, que esa inferioridad es natural, inmodificable y por tanto las diferencias y desigualdades son perdurables y transmitidas generacionalmente e implican formas de desconocimiento de la otredad que no solo implica daño, sino que se configura en autopercepción menoscabada.

La falta de reconocimiento o el reconocimiento equívoco [...] puede ser una fórmula de opresión, de encerrar a alguien en una manera falsa, distorsionada, reducida de ser. Más allá de la falta de respeto, puede infligir una herida lamentable, cargar a la gente con un auto-odio que le defor-

me. El debido reconocimiento no es una cortesía sino una necesidad humana vital (Charles Taylor, 1994, p.25)

Nos proponemos en esta instancia introducir la temática y problematizar sobre las vejez trans uruguayas a partir de una lectura situada del estado del arte y del apoyo de entrevistas a referentes, en formato conversación, como un disparador que más que prefigurar respuestas nos habilite preguntas. Se considera que el abordaje del tema es inabarcable desde una mirada inicial y que requiere necesariamente de una construcción en conjunto con los protagonistas para lograr posicionarnos desde una perspectiva que esté orientada hacia la justicia epistémica y testimonial (Miranda Fricke, 2007). La preocupación central que nos acompaña es justamente no hablar por, si no junto, como forma de construir saberes situados que interpelen, a la vez que construyan otros discursos y mejores envejeceres.

Trans/transitar, transcurrir, transbordar

El género intersecciona las formas de envejecer, entendiéndose tradicionalmente como aquellas “ideas, representaciones, prácticas y prescripciones sociales que una cultura desarrolla desde la diferencia anatómica entre mujeres y hombres, para simbolizar y construir lo que es ‘propio’ de los hombres (lo masculino) y ‘propio’ de las mujeres (lo femenino)” (Martha Lamas, 2000, p.2) que en tanto construcciones culturales van constituyendo el orden social dado. Se enmarca sobre los cuerpos que “definen no sólo la división del trabajo, las prácticas rituales y el ejercicio del poder, sino que también se atribuyen características exclusivas a uno y otro sexo en

materia de moral, psicología y afectividad”(p.3) por lo que constituye una categoría de la diferencia, que aporta a pensar en términos de desigualdades ya que “parece haber sido una forma persistente y recurrente de facilitar la significación del poder en las tradiciones occidental, judeo-cristiana e islámica” (Joan Scott, 1999, p. 26)

Nos proponemos en este artículo trascender la construcción binaria de género que suele enquistarse en el campo social y simbólico, asumiendo la horizontalidad entre “sexo” y “género” como dos constructos atravesados por el poder y no jerarquizados por el orden “natural” y “cultural”. Judith Butler (En Retama,2023, p.26) nos invita a pensar en términos de interacción y de performance, en la medida que actuamos con y para otras personas. Pensar el género como parte de la escena social, que se historiza y en ese sentido, remite al encuentro de una otredad que no reconoce ni articula la existencia de personas trans, queer, no binarias o intersex. Las/nos/les posiciona en un *no lugar*, o en el mejor de los casos, en un lugar a ser justificado, remitiendo a una injusticia testimonial (Miranda Fricker, 2007).

En complementariedad, Paul B. Preciado (2002) agrega que el género es orgánico en tanto se materializa en los cuerpos. Podrían pensarse ambos aportes desde la dialéctica entre materialización y socialización del sexo y género, ya que ambos son constructos sociales a partir de la necesaria decodificación e interpretación del ser humano, así como ambos son “carne” a partir de la existencia del cuerpo sexuado/generizado.

El género es ante todo prostético, es decir, no se da sino en la materialidad de los cuerpos. Es puramente construido y al mismo tiempo enteramente orgánico. (...) Su plasticidad carnal desestabiliza la distinción entre lo imitado y el imitador, entre la verdad y la representación de la verdad, entre la referencia y el referente, entre la naturaleza y el artificio, entre los órganos sexuales y las prácticas del sexo. El género podría resultar una tecnología sofisticada que fabrica cuerpos sexuales (Paul Preciado, 2002: 25).

Así es que pensar las identidades de género requiere una necesaria ruptura con el binomio “hombre-mujer”, cuya construcción responde a un “deber ser” que expulsa hacia la periferia a cualquier configuración que escape de este mandato biopolítico.

Esta reducción óptica le impone un límite férreo tanto a la posibilidad de reconocer el universo de subjetividades que excede el binario de género como a la de abordar críticamente la lógica que instituye órdenes diferenciados de subjetividad. El cierre ontológico –y normativo– de la perspectiva de género en torno al binario sexual incapacita su potencial crítico frente a fenómenos marcados por un fortísimo sesgo de género, tales como las intervenciones quirúrgicas “normalizadoras” practicadas en niñ*s intersex, el estigma y la vulnerabilidad que marcan la experiencia travesti, los requisitos corporales que vuelven sangrienta la reasignación legal del género, la violencia familiar, social e institucional que sufrimos quienes expresamos formas no hegemónicas de la masculinidad y la feminidad. (Mauro Cabral; 2006: 101)

Desde estas dimensiones, las trayectorias atravesadas por la cisheteronormatividad y los viejismos se han visto forzadas

a realizar concesiones sobre sus propias identidades o incluso, sobre la propia integridad/integralidad de sus existencias. La presunción de asexualidad en las vejeces es una ya clásica manifestación de los estereotipos y mandatos morales de una sociedad adultocentrista, cuya profundización es la des-sexualización como despojo de la propia identidad. Es así, que el ocultamiento resurge como una estrategia para minimizar la violencia, habitar la vida cotidiana desde una subordinación social basada en la “tolerancia opresiva” (Sullivan, 1995), donde se disimule, camufle o no se manifieste ningún signo que pueda percibirse en el afuera como desafiante a ese deber ser, reclusándose en lo privado para así preservarse y sobrevivir -o subsistir- (Sandra Sande y Romina Mauros, 2023).

Una aclaración necesaria es que vamos a ahondar sobre las vejeces de las mujeres trans como una decisión política que incluye la interrogación sobre los supuestos ontológicos del sujeto feminista. Nos posicionamos junto a Feminias (en Retama,2023) entendiendo que es necesaria una duda radical sobre conceptos como diferencia sexual, feminidad y binarismo para robustecer la mirada feminista sobre las vejeces, dejando fuera a los falsos universales, recuperando a la vez las intersecciones que nos habitan.

Lo que caracteriza a lo trans es la contingencia: no existen ni dos sexos “naturales” entre los cuales moverse, ni una relación obligatoria entre anatomía, identidad de género, expresión de género y sexualidad. (Diego Sempol, 2012 p.16)

Conocer las formas de habitar algunas vejeces, así como las posibles estrategias de resistencia y sobrevivencia en los márgenes de la heteronorma, resulta fundamental para in-

troducirnos en este problema y aportar a la reflexión sobre las múltiples caras que adopta el viejismo en nuestra sociedad. Pensarlo desde una perspectiva feminista implica hacerse cargo de las contingentes y contradictorias miradas con que se tejen estos entramados, donde el Estado y la sociedad impactan en las trayectorias.

Si se le incorpora a esta lectura el/los cuidado/s como otro eje de sumisión, falta de autonomía y manipulación emocional, se profundiza la escucha y se amplía la mirada.

En la comunidad trans hay una cuestión cultural en la familia con las mujeres trans que lleva a cuidar en el devenir del retorno al hogar familiar. Hay una sensibilidad, como de necesidad de retornar al hogar y son reasentados para hacerse cargo de las vejezes y las infancias. Es como una obligación de retribuir el hecho de “ahora me quieren”. (Entrevista, 2022²)

En Uruguay los datos sobre la población trans derivan del primer censo realizado en el año 2016 a iniciativa de la Dirección Nacional de Promoción Sociocultural (DNPS) del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) con el objetivo de

romper el círculo de invisibilidad de identidades no heteronormativas. Aporta al reconocimiento y por tanto abona la tarea de trabajar en pos de la igualdad ya que entre otras cosas permite revisar las prácticas que tiene el Estado en materia de discriminación y deja en evidencia en qué medida cumple con las obligaciones de respetar, proteger y cumplir

2 Entrevista realizada en el marco de grupo de trabajo AVYTS.

los derechos humanos de las personas trans (DNPS, 2016, p.3).

Los datos aportados por el Censo Trans (2016) muestran que se contabilizaron un total de 933 personas de las cuales el 87,6% eran mujeres trans y un 12,4% varones trans. Si se compara el total de la población trans con los datos que se desprenden del Censo Nacional del año 2011 realizado por el Instituto Nacional de Estadística (INE), se puede concluir que representan un 0,02% de la población total de Uruguay. De las personas trans censadas, el 39,4% se concentraba en Montevideo y el restante 60,6% se distribuye en el resto del territorio nacional, con una mayor representación en los departamentos del norte y los de la franja costera del este del país.

El promedio de edad de las personas trans fue de 36,5 años, de ellas, las que tenían más de 65 años constituyen el 2,4% de la población trans censada³.

Si bien hay varios trabajos que dan cuenta de los datos socio-demográficos sobre esta población (Mauros, 2017; Aguirre y Scavino, 2018) nos interesa referir algunos que permiten aproximarnos a las trayectorias.

Las biografías de las personas trans demuestran los constantes obstáculos que imposibilitan la construcción de un proyecto de vida a largo plazo: este se encuentra determinado por la inmediatez, la discriminación y violencia, la expulsión de los núcleos familiares a edades tempranas, la expul-

3 Para el tramo de 65 y más, en la población general hay una representación de 14,1% (INE,2011).

sión de centros educativos y la no posibilidad de contar con trabajos formales y estables, quedando entonces recluidas al comercio sexual como estrategia de supervivencia. Todas estas variables afectan la vida cotidiana de las personas trans y su proceso de envejecimiento. (MIDES, 2017, p.4)

En términos étnico-raciales el censo muestra una sobrerrepresentación de personas trans afrodescendientes, las que representan un 18,5% del total⁴, se trata entonces de una población racializada, pobre y feminizada.

La mayoría viven en hogares unipersonales (39%) siendo mayor la representación en el caso de las mujeres (41%). Cuando incorporamos la edad, el porcentaje se extremiza y feminiza, esto sin tener en cuenta un dato sensible y es que sólo 16% de estas 933 personas pasaba los 50 años de edad al momento de la encuesta. En el tramo de personas mayores de 65 años, son todas mujeres trans, de las cuales el 72,7% vive en hogares unipersonales.

Este dato representa una alerta ya que es una población que requerirá una carga de cuidados específicos. No solo por vivir en hogares unipersonales, sino por la falta de acceso a los sistemas de salud que han tenido a lo largo de su vida y que han afectado su salud, sumado a la falta de redes sociales y protección social en la que viven. (MIDES, 2016, p.18).

4 Frente al 8,1% del total de la población de acuerdo con el Censo 2011. El 13,9% de la población trans, al ser consultada sobre cuál considera su principal ascendencia étnico-racial, no sabe o no contesta, frente a un 0,8 % del total nacional, según el Censo 2011. (Mides,2016)

A eso se debe sumar un elemento clave en las trayectorias de las personas trans que está referida a la desafiliación familiar a edades tempranas. El Censo Trans (2016) muestra que la edad promedio de salida del hogar es a los 17,7 años y dentro de las razones aducidas al conflicto familiar (39.9% de las respuestas) producto de la develación de su identidad de género, el promedio desciende a 16.2 años. En esta exploración sobre los vínculos primarios, el 58% declaró haber sufrido discriminación por parte de algún familiar; mientras que el 88% declara haber sido discriminada a nivel general (MIDES, 2016). Si se considera la expulsión del hogar familiar y la desvinculación con las redes primarias, es posible problematizar las actuales configuraciones de cuidados entre las vejez y la necesidad de confeccionar redes de sostén entre pares como principal medio de contención.

Si nos atenemos a los datos, el nivel educativo alcanzado por las personas trans mayores de 25 años es primaria completa, con una representación de 26,8% en el caso de las mujeres, y que al analizarse por ascendencia étnico-racial se constata que tienen niveles educativos menores (el 50,5% tiene como máximo nivel educativo primaria completa o incompleta) con una brecha por raza que está en 13,8 puntos porcentuales.

El comercio sexual se convierte en la primera y casi exclusiva opción para las mujeres trans expulsadas no solo de sus hogares sino también del sistema educativo. Por lo general suelen recurrir a redes informales de amistad o de otras mujeres trans en las mismas y precarias situaciones. Esto las deja extremadamente vulnerables, por lo que suelen ser víctimas de nuevos abusos y violencias de todo tipo; esto da

inicio al círculo de exclusión e ingreso al comercio sexual, que ha sido y es en la actualidad el devenir ineluctable de la amplísima mayoría de mujeres trans. (MIDES, 2017, p.28)

Esto remite a la patriarcalización, mercantilización y colonialidad de la vida en las que se transita la biografía, y a la necesaria construcción de respuestas que habiliten nuevos parámetros de justicia, que reparen, en las situaciones que ya acaecieron y que promueva otras formas de redistribución social y de igualdad que habilite otros tránsitos. En este sentido nos apoyamos en Monserrat Sagot (2023) para afirmar que estas son muestras del capitalismo transcontinental, que depende (y dependió) de la racialización y la generización para reproducirse promoviendo condiciones estructurales de injusticia y explotación, lo que incluye el mandato del binarismo de género y del control de la sexualidad y de los cuerpos.

Otro dato significativo es que a medida que aumenta el nivel educativo, es mayor el porcentaje de varones trans que alcanzan niveles educativos más altos respecto a las mujeres trans. Lo que vuelve a colocar en disputa el binarismo de género,

y a la heteronormatividad como resultado del reforzamiento de discursos sobre la inmutabilidad de los sexos y el desarrollo de la estrategia sobre la supuesta “ideología de género” nuevo espacio-tiempo hegemónico caracterizado por la ruptura de los lazos sociales, por el dominio de poderes de facto que incluso usurpan las potestades de los Estados y ejercen violencia indiscriminadamente, y por la deshumanización y la devaluación extrema de la vida. Es decir, esta combinación de fenómenos lleva al rompimiento del tabú

contra la práctica de formas extremas de crueldad y facilita la instalación de la necropolítica. (Montserrat Sagot,2023, pp.55-56)

De la entrevista con la presidenta de la Asociación Trans del Uruguay (ATRU) surge que se registran mujeres trans con 86 años y más, pero que se trataría de casos puntuales. Y manifiesta que las mujeres trans que ahora están en los 60 años y más representan la “última generación de travestis” (Entrevista, 2023)

Aquí resulta interesante preguntarnos en términos de identidades. Si consideramos que determinado movimiento corporal - la estetización de un yo (que conforman universos de sentidos, y confiere subjetividad) el reconocerse como travestis- implica prácticas que moldean contextos, a la vez que determinados contextos conforman prácticas específicas.

En toda comunidad se puede diferenciar analíticamente, por un lado, un ethos colectivo de parámetros culturales hegemónicos (un cierto modelo de masculinidad/virilidad y de femineidad) y, por otro, una cierta moral emergente crítica, más igualitaria, menos estereotipada, más abierta, que reclama inclusión y presencia (...). Si bien leemos los acontecimientos del pasado, pronto vemos que en cada época ha habido de los unos y de los otros; vanguardias, pulsión crítica de los jóvenes que impulsaron desplazamientos epistémicos y transformaciones, a la vez que entre las fuerzas reactivas siempre ha habido tanto jóvenes como viejos. Más que una cuestión de edad es una cuestión de principios, de número y de oportunidades. Ciertas coyunturas favorecen los cambios del orden que sean; otras los ralentizan o simplemente los inhiben. (María Luisa Femenias,2023, p.39)

Las consecuencias que en la salud biológica y psicológica implicaron (y aún persisten en algunas prácticas) las estrategias “caseras” para la modificación de los cuerpos, da cuenta de una salud vulnerabilizada y a edades mayores, aumenta la posibilidad de presentar situaciones de necesidad de cuidados, así como la presencia de situaciones de discapacidad, que interseccionan a las vejez trans a partir de las secuelas producto de esos tratamientos.

existe una falta de reconocimiento de las necesidades de las personas trans en el ámbito sanitario (...) los profesionales están más dispuestos a atender temas de salud generales, pero no consideran importantes algunas necesidades específicas de la población trans. Ejemplo de esto es considerar las cirugías de reasignación de sexo como intervenciones estéticas y, por lo tanto, no necesarias (MSP, ASSE, UDELAR, Ovejas Negras, UNFPA, 2015, p. 153).

Las modificaciones corporales elegidas para corresponder con el deseo -una es más auténtica cuanto más se parece a lo que ha soñado para sí misma-⁵ implica una mirada sobre el cuerpo que se considera al decir de Donna Haraway, política, pero que incluye lo que la sociedad, el patriarcado y la heteronorma construyen de manera tan persistentemente negativa “que resulta casi imposible hablar de la ‘biología’ de manera neutral sin temor a reforzar los prejuicios existentes” (Federici, 2022, p.61).

5 Monólogo de La Agrado, en “Todo sobre mi madre”. Película de Pedro Almodóvar (1999).

Estas imposiciones estéticas y normativas sobre las identidades junto a una sistemática expulsión del sistema de salud, explica en parte, la reiteración de las prácticas de riesgo anteriormente mencionadas. En un estudio realizado por la UDELAR en 2014 sobre políticas públicas dirigidas a la población trans, se visualiza que

la amplia mayoría de las que se hormonizan lo hacen sin supervisión médica, el 60% de las encuestadas que realizaron cambios en su cuerpo se inyectaron algún tipo de sustancia (la mayor de las veces silicona) para generar transformaciones corporales y el 27% se hizo cirugías para transformar sus rasgos sexuales secundarios. (Sempol; 2014: 3)

En el mismo sentido, se plantea que el 48% de las personas que respondieron en ese momento la encuesta declararon que optaron por inyectarse silicona líquida o aceite industrial para lograr los cambios corporales deseados.

Por la necesidad es que nosotras invadimos nuestros cuerpos y ahora lo estamos padeciendo. Las secuelas que dejaron...eso que no queremos que pase con las nuevas generaciones. Por eso tratamos de que los artículos de salud de la ley, se cumplan. (Entrevista, 2023)

El derecho a envejecer

Los datos más actualizados con los que contamos devienen de una única fuente de información que es el Censo del año 2016, no se ha vuelto a relevar información pertinente en los últimos 7 años, lo que no es de extrañar en un momento de la sociedad uruguaya de regresión en materia de derechos.

No podemos desconocer que el avance en materia de justicia de género está siempre interpelado, incrustado de contradicciones y con la constante amenaza de retroceso. Envejecer, tornarse vieja/viejo/vieje -en nuestras sociedades individualizadas y fetichizadas de culto a lo bello y por ende a lo jóvenes una situación muchas veces no deseada, que se intenta retrasar, se combate, y al mismo tiempo significa un privilegio. No todas las personas llegan a la vejez.

En el mundo, el hambre, la guerra⁶, la misoginia, las violencias (especialmente dirigidas a las niñeces y los cuerpos feminizados) en definitiva el patriarcado y su sosias el capitalismo, impiden que muchísimas personas lleguen a envejecer. En Uruguay, la vejez para las mujeres trans se plantea alrededor de los 50 años. Una vida de cosificación, no reconocimiento y desplazamiento de derechos las coloca en un lugar de vulneración y fragilidades.

Si nos retrotraemos a los primeros tramos de sus biografías, las mujeres trans que hoy se encuentran envejecidas, vivieron las consecuencias del terrorismo de Estado, cuando fueron perseguidas, golpeadas y encarceladas por no responder a los canones heteronormativos. Esto significó transitar entre el odio, la represión y la adjudicación de características negativas como una segunda piel desde donde se “justifican el status inferior de los otros por la posesión de rasgos físicos, sociales o culturales que se consideran poco adecuados o de menor valor” (Reygadas, 2015: 60).

6 Este artículo lo escribimos en plena crisis humanitaria en Palestina, donde las niñeces suman miles de víctimas.

Toda trayectoria de vida forma parte de contextos histórico-sociales que condicionan su desarrollo. Sin embargo, el impacto de las estructuras sobre el trayecto de un individuo varía, entre otros aspectos, de acuerdo a su ubicación en el espacio social y en una cohorte de referencia, en cuyos marcos se establecen las oportunidades y constreñimientos que configuran las experiencias biográficas. (Roberti, 2017: 320)

Dentro de los posibles reconocimientos a estas biografías rotas, surge por parte del Estado uruguayo la propuesta del régimen reparatorio aprobado en el marco de la Ley Integral para Personas Trans (2018). En el año 2022 se recibieron 224 solicitudes de pensión, y se aprobaron 168, pero aparecen dificultades en su implementación sobre todo vinculadas a la falta de equipos multidisciplinarios que garanticen una atención integral de las víctimas (La Diaria, 2022, abril 13).

Para muchas la reparatoria y la TUS [Tarjeta Uruguay Social] es el único ingreso, entre las dos son como 18 mil pesos, pero bueno para una mujer de 60 años estar parada en una esquina, es no tener un mango...la mayoría todas se retiraron. (Entrevista, 2023)

Pero no podemos solo detenernos en las políticas de reparación (que aún son escasas y difíciles de obtener) que hacen posible habitar las vejeces. Hay múltiples condenas sociales que obstaculizan la posibilidad de vivir la vejez para este colectivo. Esto sin dejar de dar cuenta que es consecuencia directa de un sistema en que “el patriarcado, o relación de género basada en la desigualdad, es la estructura política más arcaica y permanente de la humanidad” (Rita Segato, 2016, p.21).

Si se llega a vieja/vieje, aparecerán, por añadidura a la salud precarizada por las condiciones antes narradas, o por la pobreza, fruto de las trayectorias, más obstáculos a sortear. Cuando se habla de cuidados, cuando se hace necesaria la ayuda para la vida diaria y sus actividades, las consecuencias de esas trayectorias de alejamiento de las familias de origen, en otros casos la elección (o no) de no formar las propias, hace que se transiten estas situaciones desde la soledad (muchas veces no deseada) y la necesidad de apelar a otros dispositivos.

En las casas no las cuida nadie, salvo alguna amiga, algún vecino que da una mano pero sino no hay gente que las cuide...la mayoría no tiene contacto con la familia, bueno las más viejas ya casi todas somos huérfanas, pero las generaciones más nuevas de sobrinos, primos, tíos, no nos aceptaron, entonces hacemos de cuenta que la familia no está, no existe. Y si están, los hijos biológicos no se preocupan. (Entrevista, 2023)

La búsqueda de un lugar de pertenencia las lleva a la inserción en la religiosidad, sobre todo de matriz afro, donde el sincretismo y la misma raíz de mixtura y mestizaje da cabida y cobijo a estas personas, encontrando en ella una suerte de comunidad.

Quienes están, son los hijos de religión. La Umbanda es la única religión que te acepta sin distinción de sexo, porque las entidades vienen tanto a un hombre como a una mujer. Es la única religión que nos aceptó y para los hijos, el pai o mae es sagrado, entonces la religión es como una familia.

Hay excepciones como en todos lados, pero suele ser la familia que tenemos. (Entrevista, 2023)

El recurso del cuidado rentado y la institucionalización también se ve constreñido para las mujeres trans cuando lo necesitan. Se reedita el prejuicio y la expulsión, como círculo que cierra la expulsión del hogar y en la vejez la expulsión de las instituciones

Quienes ponen a alguien en un residencial es una hija o hijo que puede pagar 20 o 25 mil pesos y la gente mayor que no es de nuestra época, que no está aggiornada...nos ha pasado mucho, que te dicen 'si fuera por nosotros sí, pero algunos pacientes no quieren, no les gusta, los hijos no quieren que haya ese tipo de gente'...esa discriminación solo por ser trans. Cuando una persona trans va y pide el lugar [en un residencial] siempre pasa que le dicen que si fuera por la administración la aceptan, pero no van a perder tres o cuatro para que entre una mujer trans (...) Pero bueno, tampoco se presentan mujeres trans para ir porque no tienen plata (Entrevista, 2023).

En tanto la puerta del armario se vuelve a cerrar. Muchas veces se debe claudicar a la propia identidad para poder acceder a los cuidados. Si bien la Convención de los derechos de las personas viejas propone como directiva la no discriminación por causa alguna, se siguen sucediendo.

Al final solo preguntas y debates abiertos: los armarios siguen estando ahí...

Es innegable el avance en la agenda de derechos en el país, sin embargo persisten y en muchos casos avanzan los prejuicios, fruto de un oscurantismo en torno a la llamada “ideología de género”, que las derechas en general ponen una vez sí y otra también, en el debate público. Lastimosamente, estos discursos también han calado en algunos movimientos feministas, reproduciendo lógicas esencialistas y biologicistas que se traducen en binarismos de género que interpelan e invisibilizan los cuerpos trans.

Cuando elegimos colocar el foco en la violencia simbólica y estructural, nos referimos a todos los actos institucionales que por acción u omisión configuran la política pública o que remiten a un contrato social que no solo no le habla a determinado sector de la población, sino que deliberadamente mira hacia otro lado y ni siquiera lo considera, reproduciendo así el status quo sexual y promoviendo la persistente existencia de “sexualidades periféricas” (Foucault, 1989).

La malla de protección social vigente, materializada en políticas públicas, da cuenta de la persistente negación de la disidencia sexo-genérica, en tanto son confeccionadas desde una matriz cis-heteronormativa. Resulta imprescindible cuestionar(nos) e interpelar el “sujeto esperado” de la política y qué reproducen las “imágenes en bloque” (Hercovich, 1992) de las vejeces: cuerpos viejos y activos, envejecimientos exitosos; cuerpos viejos dependientes, sujetos de cuidados; todos estos desde el oculto privilegio de la heteronormatividad.

La universalidad esquivo la diversidad y la interseccionalidad, más bien, tiende a homogeneizar a las/los/les destinatarias de la política pública, invisibilizando la desigualdad y contribuyendo a la no superación de los roles y lugares históricamente asignados. Por lo tanto, incorporar al diseño y a la correspondiente implementación mecanismos efectivos para la no discriminación en base a la orientación sexual o identidad de género, es el punto de partida para poder pensar en un acceso sustantivo a los derechos sociales.

Si bien en el decreto N° 356/016 correspondiente a la regulación de los Establecimientos de Larga Estadía para Personas Mayores refiere el derecho a “la igualdad de oportunidades, a no sufrir discriminación por motivos de raza, etnia, orientación sexual o identidad de género” (IMPO), al tratarse de establecimientos mayoritariamente privados y sin una política de fiscalización fuerte y efectiva de parte del Estado, es imposible contemplar un escenario donde esta disposición sea sustantiva y no meramente nominativa.

Las corporalidades, doblemente estigmatizadas, por viejas y por disidentes, se enfrentan a la disyuntiva de perder identidad o perder cuidados, perder sus cuerpos o perder derechos. Porque no son posibles ambas condiciones, porque la vejez no tiene sexo y tampoco sexualidad, a lo sumo género, pero binario. Se habla de jubilados y jubiladas, de abuelas y abuelos, se los constriñe en una única identidad, la de viejo o persona mayor, que es *per se* asexualada.

Pensamos la de-sexualización como parte de un proceso de deshumanización, en tanto implica la negación de un componente inherente a la condición humana, no se trata solo de

la práctica, sino lo que nos configura como seres sociales. Pareciera que la fragilidad frecuentemente asociada a las vejeces también se impusiera sobre sus identidades, entendiendo que en la jerarquización de prioridades en la vida cotidiana, la concesión de dicha identidad es un bajo costo a pagar por cuidados, salud o techo. ¿Qué tan importante es eso entonces, si lo demás está garantizado? ¿Acaso no hay mayores problemas que el reconocimiento de la identidad de género u orientación sexual? Si las leyes ya están, ¿cuál es el tema?

Referencias

- Aguirre, Rosario y Scavino, Sol (2017) *Vejeces de las mujeres Desafíos para la igualdad de género y la justicia social en Uruguay*. Doble Clic Editoras.
- Cabral, Mauro (2006) La paradoja transgénero. En Cáceres, Carlos F. [et al.] *Sexualidad, ciudadanía y derechos humanos en América Latina: un quinquenio de aportes regionales al debate y la reflexión*. IESSDEH, UPCH
- DNPSC/MIDES (2016) TRANSFORMA 2016 Visibilizando realidades: Avances a partir del Primer Censo de personas trans. Documento base. Mides
- Hercovich Inés(1992) “De la opción ‘sexo o muerte’ a la transacción ‘sexo por vida’”, en Ana María Fernández (comp) *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias*. Paidós, Argentina, pp. 63-64.
- MSP, ASSE, UDELAR, Ovejas Negras, UNFPA (2015) *Guía para profesionales de la salud. Salud y diversidad sexual*. UDELAR.
- Fernández, Ana María (2006): “*Poder y autonomía: Violencias y discriminaciones de género*”, editorial Madrid.
- Foucault, Michele. (1989). *Historia de la sexualidad* vol. 1: la voluntad del saber. México: Siglo Veintiuno editores.
- Federici,Silvia (2023). *Ir más allá de la piel*. Tinta Limon

- Fricker, Miranda (2007) Injusticia epistémica. El poder y la ética del conocimiento.
- Lamas, M., (2000). *Diferencias de sexo, género y diferencia sexual*. Cui-cuilco, 7(18), 0.
- Le Breton, David (2002). *La sociología del cuerpo*. Nueva Visión, Buenos Aires
- Mauros, Romina (2017). *Vejece subversivas: identidades trans y su relación con los procesos de envejecimiento*. TFG. Colibri. Udelar
- MIDES (2016) Transforma: Visibilizando realidades: Avances a partir del Primer Censo de personas trans. Documento base
- MIDES (2017) Sistematización del proceso del Censo de Personas Trans en Uruguay. Mides
- MIDES (2017) Claves para la discusión del Proyecto de Ley Integral para Personas Trans. DNPSC
- Mier, Fernando (2016). *Violencia social hacia el adulto mayor en la hipermodernidad : un enfoque desde la Sociología Clínica*. Trabajo final de grado, Universidad de la República (Uruguay). Facultad de Psicología.
- Preciado, Paul (2002). *Manifiesto contra-sexual*. Editorial Ópera Prima, Madrid.
- Retana Camilo (2023). Cartografías de género Conversaciones con Judith Butler, María Luisa Fe.menías, Montserrat Sagot, Sayak Valencia, David Halperin y Marinês Ribeiro dos Santos. Clacso
- Reygadas, Luis (2015). Más allá de la legitimación. Cinco procesos simbólicos en la construcción de la igualdad y la desigualdad. En Mayarí Castillo y Claudia Maldonado (eds.) *Desigualdades. Tolerancia, legitimación y conflicto en las sociedades latinoamericanas*. Santiago de Chile, RIL Editores. Pp. 39-68.
- Roberti, E. (2017). *Perspectivas sociológicas en el abordaje de las trayectorias: un análisis sobre los usos, significados y potencialidades de una aproximación controversial*. Sociologías, 19, 300-335
- Sande, Sandra y Mauros, Romina (2023). De viejas violencias y violencias viejas. En Danel y Navarro (2023). *La gerontología interpe-lada: géneros, deseos y derechos*. La Hendija

- Scott, Joan (1999): *El género: una categoría útil para el análisis histórico*. Revista del centro de investigaciones históricas N°14, Puerto Rico
- Scott, Joan (1994). Deconstruir igualdad-versus-diferencia: usos de la teoría posestructuralista para el feminismo. *Revista Feminaria*,7 (13), 1-9.
- Sempol, Diego (2012). *Políticas públicas y diversidad sexual. Hablando de derechos*. DESC+A. Charlas de Formación en Derechos Humanos n.º 7, MIDES, Montevideo, Uruguay.
- Sempol, Diego (coord.), Rocha, C.; Schenck, M. y Calvo, M. (2016) *Corporalidad trans y abordaje integral. El caso de la Unidad Docente Asistencial Saint Bois*. MIDES. Dirección Nacional de Promoción Sociocultural. Montevideo
- Sullivan, Andrew (1995) *Virtually Normal. An argument about homosexuality*. Alfred Knopf. Nueva York.
- Techera Joana; Lucia Garin y Belen Masi. (2017). *Censo nacional de personas trans*. Sociodemografico. <http://dspace.mides.gub.uy:8080/xmlui/bitstream/handle/123456789/1895/Censo%20nacional%20de%20personas%20trans%20-%20sociodemogr%C3%A1fico.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Taylor, Charles (1994). *La ética de la autenticidad*. Ed. Paidós..

Maternar es político. Maternajes y curso de vida

Jenny Segovia

Resumen

En este artículo se propone analizar los estilos de maternajes como una categoría analítica que permite recuperar el valor político de la maternidad y el ejercicio de la crianza. Tomando referencias conceptuales de la teoría feminista, se presentan las diferentes posturas en torno a la maternidad que nos permiten reflexionar sobre el maternaje como una práctica política de resistencia al patriarcado. Estos elementos se observan de manera transversal a través del paradigma del curso de vida como una dimensión clave en el estudio de las trayectorias vitales de las mujeres, es decir, incorporar la maternidad en el análisis biográfico es fundamental, no solamente para aquellas mujeres que maternan sino para quienes no viven la experiencia. En definitiva, se trata de observar la relación de las mujeres en y con la maternidad para comprender el cambio social.

Palabras clave: maternaje, maternidades, feminismos, afro-feminismo, ecofeminismo, curso de vida.

Introducción

En este artículo se propone analizar los estilos de maternajes como una categoría analítica para recuperar el valor político de la maternidad y el ejercicio de la crianza, disputando el significado de la maternidad a partir de desvelar las imposiciones y mandatos establecidos por el patriarcado: a partir de la asignación de roles de cuidado, impuesto por una supuesta naturaleza instintiva, las mujeres transitamos la maternidad en la ambivalencia entre el deseo y los mandatos del patriarcado. La experiencia de maternidad puede ser entendida como una estrategia de resistencia a la hegemonía patriarcal generando una subjetividad que permita formas articuladas de denuncia de las violencias y modos de crianza que brinden herramientas a sus hijos/as para asumir las inequidades del patriarcado y el respeto a la existencia.

Tomando referencias conceptuales de la teoría feminista, se presentan las diferentes posturas en torno a la maternidad que nos permiten reflexionar sobre el maternaje como una práctica política de resistencia al patriarcado. Para ello, se seleccionan algunas autoras que reflexionan sobre la construcción social de la maternidad y se postulan algunas corrientes del pensamiento feminista que nos permiten comprender el ejercicio de crianza como una práctica política y de justicia social.

Estos elementos se observan de manera transversal a través del paradigma del curso de vida como una dimensión clave en el estudio de las trayectorias vitales de las mujeres, es decir, incorporar la maternidad en el análisis biográfico es fundamental, no solamente para aquellas mujeres que maternan

sino para quienes no viven la experiencia. En definitiva, se trata de observar la relación de las mujeres en y con la maternidad para comprender el cambio social.

La maternidad es una construcción social anclada en tiempo y espacio a las normas y condicionamientos que devienen de la organización social, por tanto es cambiante en función de factores culturales que operan en cada momento histórico. Los cambios en el rol de la mujer y de los géneros permean las expectativas en torno al “ser madre” y al maternaje. El ejercicio de cuidado a partir del rol maternal tiene impactos en la vida cotidiana de las mujeres pero también en la reproducción de la masculinidad y las desigualdades sociales de género. Históricamente, la maternidad ha sido intervenida según los intereses del patriarcado, atribuyendo significados y contenidos acordes a las necesidades del mercado.

En el siglo XX se consolida una ideología respecto a la maternidad que gira sobre dos modelos: la madre abnegada y sacrificada contrapuesta a una maternidad que delega en el mercado y en otras mujeres, los cuidados para autorrealizarse laboralmente (Vivas, 2020). La división entre el trabajo productivo y reproductivo condicionada por el sistema patriarcal oculta que el sujeto mujer-madre es parte del proceso de transformación de la familia, los afectos y la productividad capitalista a través del control de los cuerpos (Sánchez, 2016).

Ortner en 1979 plantea que en todas las sociedades conocidas encontramos a la mujer subordinada al hombre y esto se materializa en la desvalorización explícita de las tareas, productos, roles y funciones que realizan las mujeres. Esto es parte de una ideología cultural donde las diferencias adoptan

el significado de superior- inferior dentro de un sistema de valores construidos socialmente. En el mismo sentido, Segato (2016) nos plantea que la construcción de la subordinación de las mujeres en las relaciones de género, se encuentra presente en todo tipo de mitologías como episodio fundacional de la narrativa sobre la especie humana. Este relato aparece como la primera lección de desigualdad en la emergencia del sujeto en la vida familiar.

El patriarcado es una forma de organización social que se sostiene en la hegemonía masculina y puede observarse empíricamente en que los varones ocupan todos los puestos claves de poder dentro del sistema, es decir, tienen a su cargo la política, la economía, el mando militar y las jerarquías religiosas (Puleo, 2005). Es una estructura histórica y universal (Federici, 2018; Segato, 2016; Amoros, 2005, Scott, 1996) que se puede encontrar en distintas sociedades, con diversas formas de organización y materialización de la violencia. El patriarcado no es una unidad ontológica, sino que se reproduce, adaptándose a los distintos tipos históricos de organización económica y social, intentado preservar su sistema de ejercicio del poder y de distribución del reconocimiento entre pares (Amorós, 2005, Puleo, 2005). Es decir, el patriarcado no se instala de la misma forma en todas las sociedades ni en todos los estratos sociales, sino que se pueden rastrear diversas manifestaciones del mandato de la masculinidad que apuntan a diferencias en la intensidad o el tipo de violencia

que ejerce el patriarcado¹. En algunas sociedades o incluso en distintos sectores de la misma sociedad, encontramos diversas manifestaciones de la violencia que se relacionan con las formas de reproducción de los mandatos de la masculinidad y por tanto, de la penetración del patriarcado en las relaciones sociales.

Paradigma de curso de vida

El paradigma de curso de vida, se desarrolló principalmente en la sociología norteamericana, con el sociólogo Glen Elder como principal exponente. Su desarrollo se origina en la década de 1970, como un enfoque interdisciplinario dentro de las ciencias sociales, principalmente en la sociología, historia, psicología y demografía, donde se toma como unidad de análisis el curso de vida de un individuo para observar las secuencias de eventos y roles sociales atravesados por la edad. En esta propuesta, la variable tiempo es sustantiva para comprender los eventos vitales que están incrustados en la estructura social y el cambio histórico (Elder, 1993; Blanco & Pacheco, 2003). El libro *“Children of the Great Depression. Social change in life experience”* de Glen Elder publicado en

1 Rita Segato en “Contra pedagogías de la crueldad” (2018) propone clasificar al patriarcado como de “baja intensidad”, presente en las sociedades prehispánicas y “patriarcado de alta intensidad”, correspondiente a la fase apocalíptica del capitalismo, que se basa en el extractivismo de los cuerpos. Estas diversas intensidades marcan la violencia basada en género, que pueden ser de carácter más simbólico a casos extremos como la trata y la violación. Puelo (1995) también propone una interesante clasificación en “patriarcado de consentimiento” y de “patriarcado de coerción”, por razones de espacio no puedo desarrollar aquí.

1974, se considera la obra inaugural del enfoque del curso de vida aplicando una metodología longitudinal de largo alcance, donde se analizaron datos de panel de una encuesta implantada a comienzos de los años 30 (Blanco, 2011).

En los años ochenta y noventa, proliferaron los estudios sociológicos sobre la edad, en particular aquellos que se centraron en el envejecimiento como proceso, donde “irse poniendo viejo” no es un asunto de edad o de la tercera edad, sino un transcurrir que involucra toda una vida, es decir, una trayectoria que se debe analizar en conjunto con los cambios de la macroestructura social y que necesariamente debe abordarse desde una perspectiva interdisciplinaria (Glenn, 2006). La historiadora Tamara Hareven, es una de las autoras referentes, quien desde el campo de los estudios de la familia, abordará el curso de vida con un análisis histórico de la complejidad del cambio social, entrelazando la edad, en especial de los niños, con la historia de la familia y el proceso de industrialización en los Estados Unidos (Hareven, 1995).

El paradigma del curso de vida se sostiene en cinco principios, que le dan forma y permiten analizar a la trayectoria vital: 1. Principio de desarrollo a lo largo del tiempo, 2. Principio de tiempo y lugar, 3. Principio de timing (tiempo), 4. Principio de vidas interconectadas (linked lives) y 5. Principio de libre albedrío (agency). Estos postulados se operacionalizan a través de tres conceptos: 1. trayectoria, 2. transición y 3. punto de inflexión (turning point). A continuación, se describe que supone cada principio y los conceptos que devienen como herramientas teórica- metodológicas, tomando como principal referencia el desarrollo de Elder et al., 2006.

Principio de desarrollo a lo largo del tiempo: refiere a la necesidad de contar con una perspectiva de largo plazo tanto en la investigación como en el análisis, ya que una trayectoria involucra toda una vida, desde el nacimiento hasta la muerte. El análisis en periodos grandes del tiempo aumenta el potencial del enfoque al permitir observar la intersección del tiempo de una vida y el tiempo histórico social.

Principio de tiempo y lugar: existen diversas escalas de temporalidad y lugares (espacios) donde la vida de los sujetos se desarrolla, por ello es primordial el contexto en el que se desarrolla la trayectoria. El curso de vida de los sujetos está “incrustado” (*embedded*) en un tiempo histórico y en los lugares que nos toca a cada persona experimentar nuestra trayectoria.

Principio de timing (tiempo): refiere al momento de la vida en la cual sucede un evento. Su potencial se encuentra en observar que la incidencia de un acontecimiento tendrá diversas repercusiones de acuerdo al momento de la vida del individuo y sus circunstancias. El impacto de un evento contingente en el desarrollo humano está asociado al momento en que ocurre en la vida de la persona. Algunos ejemplos típicos pueden encontrarse en el abandono escolar a edades tempranas, en el nacimiento de los hijos o la muerte de los padres.

Principio de vidas interconectadas (*linked lives*): este principio plantea el carácter interdependiente del desarrollo de las vidas humanas. Comprender el entorno en el que se desenvuelve el individuo y sus redes de relacionamiento permite entender las influencias histórico sociales. En definitiva, las transiciones individuales implican transiciones en las vidas

de otras personas. Por ejemplo, la pérdida del empleo de un miembro del hogar puede implicar el abandono de los estudios de otro integrante de la familia. Sin dudas, las decisiones en torno a la organización social de los cuidados de dependientes es otro ejemplo claro del carácter interdependiente de las trayectorias individuales.

Principio de libre albedrío (*agency*): este principio propone que los individuos toman decisiones y no se posicionan pasivamente frente a los constreñimientos de la estructura social. La toma de decisiones implica llevar adelante acciones que construyen el curso de vida. En definitiva, existe un “libre albedrío” dentro de la estructura de oportunidades históricamente dada. Esto no supone que no hay límites socialmente establecidos sino que los sujetos pueden moldear su curso de vida con las decisiones que adoptan, incluso la decisión puede referir aceptar la forma histórica hegemónica. Por ejemplo, los diferentes acuerdos de pareja que se pueden encontrar en distintos momentos históricos (incluso como en una misma persona) y el significado de estos vínculos pueden ir cambiando con el tiempo, sin que esto suponga que no existan condicionamientos ni limitaciones socialmente impuestas.

Los supuestos del enfoque de curso de vida, expuestos precedentemente guían la investigación y se operacionalizan a través de tres categorías: trayectoria, transición y puntos de bifurcación (*turning point*).

El concepto de trayectoria refiere a una línea a lo largo de la vida, que puede variar y cambiar de dirección, tanto en grado como en proporción (Elder, 1993). No se trata de una secuencia de eventos, sino que en el curso de vida de las perso-

nas se da un “entrelazamiento de trayectorias vitales” (Blanco & Pacheco, 2003) que involucran a un mismo individuo y a la relación de éste con su entorno y las trayectorias de otras personas. A su vez, las trayectorias abarcan diversos ámbitos de la vida de un sujeto, pueden referirse al trabajo, al sistema educativo, a los aspectos reproductivos (momento del nacimiento de los hijos, no tener hijos, etc.) y cada uno de estos ámbitos es interdependiente en el conjunto del análisis de la trayectoria.

Así como no se trata de una acumulación de secuencias en el transcurso de vida, tampoco se puede hablar de cierta velocidad en el proceso del tránsito. En la conformación del curso de vida intervienen múltiples trayectorias que se relacionan con diferentes dimensiones (trabajo, escuela, relaciones de pareja, migración, etc.), las cuales se articulan en la trayectoria vital del sujeto (Blanco, 2002). alguna de estas trayectorias funcionará como eje o hilo conductor de las demás, dependiendo del momento de vida del sujeto, en consecuencia “el recorrido biográfico estará constituido por las imbricaciones entre las diversas esferas que en el juego de la interdependencia, dan forma al curso de vida” (Roberti, 2017, 308).

La segunda dimensión analítica es el concepto de transición, el cual refiere a eventos específicos en determinados momentos de la vida, donde hay un cambio de estado, posición o situación (Roberti, 2017). Estos eventos no necesariamente son predeterminados ni previsibles, a pesar de que existen ciertas regularidades empíricas que se concretan por supuestos o normas institucionales, muchas veces graduadas por la edad (Blanco & Pacheco, 2003), como lo puede ser la salida

del sistema educativo o el retiro laboral. Las expectativas sociales relacionadas con los momentos a los que debe ocurrir el evento de transición, actúan en conjunto con la edad, y en consecuencia pueden incidir en las transiciones. Sin embargo, estas expectativas al ser culturales, también pueden cambiar y generar otro conjunto de expectativas (Castro & Gandini, 2006), como ocurre por ejemplo, en relación a elecciones sobre la maternidad o paternidad, la edad al nacimiento del primer hijo, etc. El enfoque del curso de vida nos plantea que las transiciones pueden ocurrir en cualquier momento de la vida del sujeto, aunque esto puede variar según el ámbito de la transición (sistema educativo, mercado de trabajo, relaciones de pareja, etc.), el momento histórico y el grupo social de pertenencia (Castro & Gandini, 2006, Roberti, 2017).

La perspectiva del curso de vida es una herramienta analítica especialmente relevante para comprender las decisiones relativas a la maternidad y los estilos de maternaje, ya que se encuentran incrustadas en las formas en las que socialmente se desenvuelven. La maternidad entendida como una construcción social reproduce roles de género que impactan en el cambio social, las formas de familia y la reproducción de la vida.

La maternidad como construcción social

Federici nos propone un recorrido histórico a partir de la segunda mitad del siglo XVIII y nos muestra cómo fue construido un estereotipo de ama de casa a tiempo completo, que se corresponde con la mujer cuidadora encargada del trabajo doméstico (Federici, 2018), dentro de un modelo desplegado

sobre la separación de las esferas domésticas y productivas. En este esquema, los varones son responsables de la esfera productiva, bajo el rol de único proveedor del hogar y las mujeres son localizadas en la esfera de la reproducción, cuidando de la vida cotidiana en el hogar (limpieza, alimentación, gestión), junto con la crianza y socialización de los hijos. Los varones defendieron su esfera, fijando su rol proveedor como parte constitutiva de su identidad masculina, subordinando a las mujeres por su superioridad económica.

Desde diferentes espacios apropiados por los varones, se reproduce el orden de género más allá de diferencias económicas y/o ideológicas. Por citar un ejemplo, Federici afirma que los sindicatos promovieron este modelo, a través de la negociación colectiva, donde los dirigentes acordaron salarios más elevados para los varones bajo el argumento de que era el hombre “cabeza de familia” quien debía proveer al hogar (Federici, 2018). Los salarios mejoraron para los varones con dedicación a tiempo completo mientras se promovía un modelo de esposa - madre - trabajadora doméstica que habilitó la participación de los varones en la esfera pública y relegó a la mujer al cuidado de dependientes (Federici, 2018, Carrasco, C. et al., 2019, Borgino, M., 2020). De esta manera, se estructura el orden social a través del binario público/privado, replicando en el hogar y la familia, relaciones de poder que jerarquizan el rol “productivo” del varón que pasa a ocupar el lugar de “Jefe” de hogar o supervisor de la esposa, generando el “patriarcado del salario” (Federici, 2018).

Elizabeth Badinter, en su libro “¿Existe el amor maternal?” (1981) nos muestra cómo la figura materna y las actitudes de las madres han tomado diferentes significados a lo largo de

la historia, lo que le permite sostener que el amor maternal es una construcción social que está en consonancia con otras esferas de la estructura social. A partir del siglo XVI y hasta el XVIII, la madre sigue el orden social impuesto por el poder del padre que siempre acompaña a la autoridad del marido. Esta época se caracteriza por una conducta de indiferencia y rechazo por parte de las madres, con una ausencia total de afecto en las relaciones familiares, lo que la autora llama “el amor ausente”. Las infancias son consideradas un estorbo y las tareas de cuidado no merecen ninguna valoración por parte de la sociedad. Para Badinter, recurrir a las nodrizas por negarse a dar el pecho, es una muestra de que no existe ningún instinto maternal universal e innato sino que es la ideología dominante la que determina la opción de las mujeres y no la espontaneidad del amor maternal.

Hacia fines del siglo XVIII, con el advenimiento de la familia nuclear moderna, la función social de la madre presenta un cambio radical. Se comienza a hablar de la familia como una unidad afectiva que abarca al marido, la esposa y los/as hijos/as, donde la mujer pasa a ser ante todo una madre. Aquí es donde aparece el mito del instinto maternal, como un amor espontáneo y natural que tiene toda mujer a su hijo/a y que además es favorable para el bienestar social y la especie (Badinter, 1981). Rousseau (1762), fue el precursor de esta nueva familia moderna organizada en torno a la madre y a la idea de que sus cuidados y ternura eran factores insustituibles para la supervivencia y el bienestar de los hijos.

La nueva sociedad ya no requería súbditos sino producir seres humanos que fueran la riqueza del Estado y para ello ya no servía el valor de la autoridad paternal, había que con-

vencer a las mujeres de que se dedicaran al trabajo familiar y al cuidado personal de sus hijos para garantizar su sobrevivencia. Por ejemplo, hacia finales del siglo XVIII, el imperativo del cuidado maternal se dirigía a la supervivencia de los niños, dado que en ese momento la mortalidad era más alta entre ellos. El retorno de las mujeres a la lactancia y al hogar fue visto como un valor social y un compromiso con el Estado, a través de diversos operadores sociales y médicos que difundieron estas imágenes y discursos sobre las madres (Badinter, 1981).

Tanto el ámbito público como el privado son espacios de reproducción del sistema, pero no gozan del mismo prestigio, ya que la procreación y crianza de los niños y niñas no es reconocida como un trabajo productivo para la sociedad. En este sentido, Victoria Sau sostiene que la desvalorización de las tareas de crianza es uno de los factores que determinan que la maternidad no existe. Existe un vacío social de la maternidad en el pasaje de lo biológico (concepción, embarazo y parto) a la función social de la maternidad, ya que se naturalizan las funciones reproductivas apropiándose de los cuerpos de las mujeres sin un correlato de su valor en la estructura económica, política y social.

En palabras de Sau: “la maternidad quedó arrumbada, secuestrada, en el espacio de lo biofisiológico, y es desde ese estadio que hay que desobstaculizar el proceso trascendente a otros planos superiores de orden simbólico y cultural” (Sau, 1995, 26). La misma autora propone que la maternidad ha sido fagocitada y retenida por la cultura patriarcal, donde el Padre se ha apoderado del valor simbólico de la Madre, reduciéndola a una función secundaria. En este sentido, Sale-

tti afirma que “la división naturaleza y cultura es mantenida por el impedimento de que la maternidad continuase con la trayectoria de lo individual a lo colectivo, de lo privado a lo público, trayectoria que sí realizó el varón por mediación de la paternidad” (Saletti, 2008, 176).

La maternidad y/en los feminismos

El debate feminista ha girado en torno al dilema de igualdad /diferencia y según los posicionamientos políticos e intelectuales, la maternidad ha sido entendida como un freno para las mujeres o ha sido exaltada como componente particularmente femenino. Hacia fines del siglo XX, las posturas posestructuralistas van a negar cualquier naturaleza esencial relativa a varones y mujeres y van a insistir en el carácter socialmente construido del género. Sancho (2016) propone una interesante sistematización sobre los debates feministas acerca de la maternidad e identifica tres momentos teóricos, que se presentan a continuación: 1. feminismos de la igualdad; 2. feminismos de la diferencia y 3. posestructuralismo. Cada uno de estos momentos representa una postura diferente respecto a la maternidad.

Los feminismos de la igualdad van a presentar un rechazo hacia la misma y por lo tanto, dicha experiencia va a ser analizada desde su lado oscuro, es decir, las desigualdades que genera. En este primer momento, con el movimiento feminista exigiendo el derecho a no materner, los aspectos relativos a las brechas de género en los cuidados no entran en la escena. El eje de las desigualdades son el Estado burocrático/patriarcal, el capitalismo y la familia nuclear. Estas autoras

van a insistir en luchar por la igualdad, atendiendo a que las diferencias entre varones y mujeres son mínimas, observadas desde una perspectiva biológica, donde el asunto está en el carácter social y por lo tanto en la necesidad de igualar esas diferencias. Las referentes teóricas principales son Simone de Beauvoir (1949), Betty Friedan (1963), Juliet Mitchell (1971) y Shulamith Firestone (1971), por mencionar a las autoras más reconocidas.

A mediados de los años setenta, una serie de académicas comienza a dirigir su mirada hacia formas de conocer que suponen características propias de las mujeres y que hasta ahora habían sido invalidadas en aras de la defensa de la igualdad. En lo que se ha llamado el feminismo de la diferencia en Estados Unidos, el foco se dirige hacia descubrir y poner en valor las formas de saber y conocer de las mujeres. En este contexto, son numerosas las pensadoras que buscan recuperar y reinterpretar la maternidad. Las autoras principales de esta corriente son Nancy Chodorow (1984), Carol Gilligan (1985) y Adrienne Rich (1986).

Finalmente, las posiciones de constructivismo social y el posestructuralismo mantienen que las diferencias entre mujeres y varones se constituyen socialmente y no debemos categorizar en base a ellas. En este momento se observa una coexistencia entre la crítica y la implementación de estrategias de recuperación. Las feministas han exigido atención a los problemas de la maternidad, los cuales anteriormente eran ignorados, sin embargo, no han podido llegar a un consenso sobre cómo redefinir el concepto ni tampoco cómo ajustar el sistema social en torno a la maternidad. Las autoras más

destacadas de estas corrientes son Joan Scott (1994), Judith Butler (1990, 1993) y, Mielle Chandler (1998).

Las maternidades y los feminismos han tenido históricamente una relación compleja. En los años sesenta y setenta del siglo pasado, una de las luchas principales fue contra la exaltación de la maternidad y el modelo de familia nuclear, reclamando una sexualidad al margen de la reproducción y el poder de decidir sobre sus propios cuerpos. Esta resistencia llevó a una relación tensa y mal resuelta con la maternidad, que en algunos casos negó la experiencia materna o se la subestimó con discursos anti reproductivos (Abbate, 2020; Vivas, 2020). Es esperable encontrar esta tensión, porque la maternidad ha sido utilizada por el patriarcado y el capitalismo como dispositivo de control y sometimiento de las mujeres para mantenerlas en el ámbito de lo privado. La maternidad como institución supone un freno para las mujeres y un obstáculo para la autonomía.

Maternidad: institución y experiencia

Hacia mediados de la década de 1970, hay un retorno del tema de la maternidad con un desplazamiento de la negación al reclamo por la sobrecarga de la crianza y exigiendo al Estado la externalización de los cuidados. En esta problematización surge la obra de Adrienne Rich “Nacemos de mujer. La maternidad como institución y experiencia” (1976). Allí la autora propone que la maternidad tiene una parte de institución y una parte de experiencia, donde los mandatos de género imponen un modelo de maternidad hegemónica en la que somos socializadas desde la infancia. Como institución la

maternidad ha sido la piedra angular de los sistemas sociales y políticos, exonerando a los varones del trabajo de cuidado y de la puesta del cuerpo en el sostén afectivo de la familia. Ha impedido a las mujeres tomar decisiones sobre sus cuerpos, imponiendo la ley sobre sus vientres y sus deseos, en palabras de Rich: “nos ha alienado a las mujeres de nuestros propios cuerpos para encarcelarnos en ellos” (Rich, 1976, 13).

Rich plantea que cuando pensamos en instituciones nos imaginamos grandes obras arquitectónicas, como el Vaticano o la Suprema Corte de Justicia. Sin embargo, cuando nos familiarizamos con ella

se pueden observar las maneras en las que el poder es mantenido y transferido detrás de las paredes y bajo las cúpulas, los acuerdos invisibles que garantizan que [el poder] debe residir en ciertas manos y no en otras, las complicidades y las conexiones con otras instituciones de las que supuestamente es independiente. (Rich, 1976, 275).

En este sentido, si bien la maternidad no tiene una infraestructura arquitectónica, impone poder y autoridad a través de los mandatos insertos en el lenguaje y en las relaciones sociales.

El mandato de género en las maternidades niega el poder de las mujeres sobre sus propias vidas, sus cuerpos y sobre sus afectos. Frente a esta institución, Rich propone que debemos impugnar la maternidad como destino impuesto por el patriarcado y acabar con la “institución materna”, situando las maternidades por fuera de la esfera del patriarcado, fomentando la creación y el sostenimiento de la vida en el mismo terreno que las luchas sociales, reconociendo las ambiva-

lencias que la experiencia materna presenta. La maternidad como libremente elegida reivindica el cuerpo de las mujeres como un recurso y no un destino. La liberación para las mujeres estaría en la defensa de las potencialidades reproductivas y maternas en contraposición a la maternidad impuesta (Rich, 1976, 88).

Para abordar el complejo fenómeno de la maternidad debemos analizar las prácticas discursivas donde el sexo (como hecho biológico), se convierte en género en la medida en que las diferencias sexuales son significadas por la sociedad,

así, la maternidad puede verse como el conjunto de prácticas discursivas a través de las cuales se ponen en práctica las elaboraciones simbólicas que la sociedad construye a partir de la diferencia sexual y la reproducción biológica. En este proceso, se producen y reproducen las relaciones de poder intrínsecas a la diferenciación y la jerarquización” (Palomar, 2004, 29).

La experiencia de maternidad: el maternaje

Hacia mediados de 1980, Nancy Chodorow, plantea que el ejercicio de la maternidad en las mujeres es el punto central de la división sexual del trabajo y propone estudiar el concepto de maternaje como el resultado de un proceso cultural que históricamente le ha asignado a la mujer el papel de cuidadora y que determina su localización en la esfera privada reproduciendo las desigualdades de género y replicando las identidades genéricas asignadas socialmente por el patriarcado. Chodorow explica el modo en que la reproducción del ejerci-

cio de la maternidad emerge como la base de la reproducción de la subordinación de las mujeres al espacio doméstico, y se sostiene en la división sexual del trabajo que es asimétrica.

Las mujeres en su rol doméstico gestionan la reproducción de la vida en lo físico, psíquico y emocional, al mismo tiempo que se reconstituyen y reproducen a sí mismas en tanto madres, emocional y psicológicamente, y en tal ejercicio transmiten el mandato de la maternidad a la generación siguiente. Es así cómo se perpetúan, los roles sociales y la posición que la mujer ocupa en las jerarquías de género. Por esto es necesario estudiar los maternajes, porque es allí donde podemos identificar nuevas formas de construcción de las relaciones sociales, al deconstruir los ideales y situar a la maternidad en relación con la multiplicidad de deseos en toda su diversidad y opuesta a la identidad conservadora y regulada que imponen las sociedades patriarcales.

En la misma línea, Gilligan (1985) propone que producto de la socialización y de las prácticas maternas, las mujeres presentan rasgos que se pueden vincular con una “ética del cuidado”, donde las mujeres tendrían “valores más morales” que los valores de la justicia social patriarcal. La violencia masculina surge de la desconexión de las relaciones humanas en los varones, alejados del espacio de reproducción y expuestos a las formas de dominación y hegemonía del espacio público.

La ausencia de mujeres en la construcción de la ética ha llevado a que se produzca un discurso filosófico en torno a la verdad como pretendidamente neutra y abstracta. En “Una voz diferente”, Gilligan (2013) va a afirmar que la epistemología patriarcal ha construido un discurso sobre la justicia social

que está cargado de sesgos androcéntricos asistidos por grandes teorías y va a abogar por construir una ética feminista a partir de escuchar las voces diferentes, como las de las mujeres. En este sentido, nos dice

La ética del cuidado no es una ética femenina, sino feminista, y el feminismo guiado por una ética del cuidado podría considerarse el movimiento de liberación más radical —en el sentido de que llega a la raíz— de la historia de la humanidad. Al desprenderse del modelo binario y jerárquico del género, el feminismo no es un asunto de mujeres, ni una batalla entre mujeres y hombres, sino el movimiento que liberará a la democracia del patriarcado. (Gilligan, 2013, 31).

En esa ética del cuidado, es particularmente relevante comprender los maternajes, ya que son las prácticas maternas de cuidado que reproducen y permiten sostener la vida. En este contexto, es clave el carácter interdependiente del cuidado, dado que la falta de dependencia supone aislamiento (Gilligan, 2013) y la vida en las sociedades actuales se encuentra interconectada, por lo cual la interdependencia está presente en la reproducción cotidiana de la vida.

Los feminismos decoloniales y posestructuralistas van a retomar la discusión sobre la maternidad, partiendo de definirla como una construcción social que va más allá de la posibilidad de gestar e incluye (o debería hacerlo) a todo el núcleo de convivencia familiar y comunitario de las personas que están maternando. Gago et al. (2020) sostienen que el feminismo está siendo capaz de demostrar a partir de una pedagogía feminista popular, la relación orgánica entre violencia contra las mujeres y acumulación de capital. Esta problema-

tización lleva el eje de la acción política desde la propiedad de los medios de producción a la reapropiación de los medios de reproducción². Esta pedagogía feminista reclama el reconocimiento de las tareas de reproducción porque son las que permiten el sostenimiento de la vida y la economía.

Es fundamental comprender cómo la maternidad institucionalizada, obligatoria y jerarquizada produce efectos reduccionistas y nocivos a las mujeres. Las decisiones autónomas sobre la maternidad y los estilos de maternaje permite reconocer en la mujer-madre la agencia socializadora pero no desde el mito romántico del instinto maternal sino desde una reflexión ontológica del sujeto donde el otro no es una carga ni una obligación sino un otro situado.

La mirada ecofeminista de la reproducción de la vida

Desde el ecofeminismo se plantea que debemos retomar nuestra relación con la naturaleza para gestionar los recursos de manera racional y equitativa. Herrero (2015), una de las autoras referentes de esta corriente, plantea que a grandes rasgos existen dos posiciones teóricas dentro del ecofeminismo: el esencialismo y el constructivismo. Estas posturas exponen sus diferencias en torno a la relación de las mujeres con la naturaleza. Por un lado, la visión esencialista propo-

2 Un ejemplo de esto es la consigna del 8 de marzo de 2017, donde se realiza un llamamiento a un paro internacional de mujeres, tanto en el trabajo remunerado como en las tareas de cuidado y reproducción. Un paro de cuidados como una articulación precisa que pone en evidencia la relación entre las violencias patriarcales y las económicas.

ne que las mujeres por su posibilidad de parir se encuentran más cercanas a la naturaleza y en consecuencia buscan preservarla, por empatía e identificación. Esta visión es criticada desde el feminismo de la igualdad, por su carácter gineco céntrico (Herrero, 2015) que las coloca en el histórico papel de seres mágicos, sensibles, espirituales, elementos que sustentan la dominación de los varones sobre las mujeres. Además, en esta perspectiva la maternidad aparece como la raíz constitutiva del “ser” mujer.

Las corrientes constructivistas postulan que la relación mujer- naturaleza es una construcción social y que el vínculo entre ecología y mujer se sostiene en que éstas últimas, al ocuparse principalmente de la reproducción disponen de mayor conocimiento de las necesidades de recursos y su administración. La distribución de roles y funciones basados en la división sexual del trabajo define cómo se reparten el poder y la propiedad en las sociedades patriarcales. Este esquema se replica subordinando a las personas a la economía, sobre un modelo de desarrollo inexistente obsesionado con el crecimiento. La proliferación de megaproyectos extractivistas reproducen las relaciones de poder en esquemas binarios: varón-mujer, producción - reproducción, adultos-menores, blanco-no blanco, humano-naturaleza, civilización-barbarie.

El ecofeminismo clásico, “pone en duda las jerarquías que establece el pensamiento dicotómico occidental, revalorizando los sujetos antes despreciados: mujer y naturaleza” (Herrero, 2015). La crítica a la identidad masculina hegemónica se hace explícita al plantear que las mujeres tienen más respeto por la vida y que el “mal desarrollo” explota los recursos de la naturaleza condenando a las mujeres y poblaciones indíge-

nas a la pobreza. Se busca el reconocimiento de las tareas de reproducción, hacerlas visibles y valorarlas en la medida de lo que permiten: el sostenimiento de la vida.

La crítica constructivista irá en otra dirección al plantear que no se trata sólo de hacer visible lo reproductivo, ya que de esta manera hay una exaltación del estereotipo femenino, que es precisamente el que ha sustentado la dominación masculina. Se trata de hacer visible el sometimiento y la violencia, buscando la equidad y corresponsabilidad entre varones y mujeres no sólo en el terreno privado sino también en el cuidado del planeta y la vida (Herrero, 2015). Se trata de no “desnaturalizar” a las mujeres sino de naturalizar a los varones, ajustando la organización política, doméstica y económica a las condiciones materiales que posibilitan la existencia.

La maternidad no puede entenderse sin ponderar adecuadamente el peso de las identidades hegemónicas de los géneros. Se sostiene en base a los cuidados y a la puesta del cuerpo en acción, sin embargo, su carácter privado e invisible hace que no se valore adecuadamente la dedicación en tiempo propio que supone el cuidado de otro, entonces se ofrece una maternidad romántica y edulcorada que choca con la realidad tangible de la doble/triple jornada, de la falta de recursos materiales y de cuidado (de otros y de sí mismas). La vida en las ciudades se hace cada vez más peligrosa, ya no se habitan

espacios públicos, se contamina el suelo³ y no se dispone de apoyos a la crianza. Poner la vida en el centro supone valorar la subsistencia de la vida reconociendo los límites humanos y de la naturaleza.

La perspectiva ecofeminista reconoce el valor sustantivo del intercambio generacional para ejecutar cambios en el sistema. Es la comunión equitativa de diversos actores vinculados en relaciones simétricas, centrados en el objetivo común de sostener la vida y el planeta. En este marco, se pueden construir estilos de maternaje respetuosos, equitativos y cuidadosos que valoren el ecosistema y la relación entre personas y generaciones.

Afrofeminismos y maternidad

En el libro “Mujeres, raza y clase” (1981), Angela Davis plantea que a pesar de los avances en investigación sobre el periodo de la esclavitud, prevalecía la necesidad de abordar y exponer la realidad de las experiencias de las mujeres negras bajo el sistema esclavista. La visión predominante de la feminidad ha enfatizado en el papel de las mujeres como madres, educadoras y amas de casa, mientras que era otra la realidad de las mujeres negras bajo el sistema esclavista, donde el trabajo forzoso fuera del hogar las convertía, al igual que

3 Si bien actualmente la discusión se centra en el extractivismo del siglo XXI, no podemos desconocer las externalidades ya producidas en el pasado producto de la industrialización de las sociedades. Ejemplos como la plumbemia que afectó a poblaciones de bajos recursos y en especial a niños y niñas a principios del siglo XXI.

a los varones, en un medio económicamente rentable. Ello daba lugar a una relación de dominación por el propietario de las esclavas quien, indistintamente de su género, las explotaba a la par que a sus compañeros varones. Es por esto, que el patriarcado no es identificado como la primera, y mucho menos la única, categoría de opresión sino que debe observarse la supremacía blanca, el capitalismo y el patriarcado en conjunto para captar la complejidad de las experiencias de las mujeres. En definitiva, existe la opresión entre mujeres y es por esto que debemos observar la clase, la raza y el sexo de manera articulada.

Cuando la abolición de la trata internacional de esclavos amenazó el crecimiento de los cultivos de algodón, las mujeres negras fueron revaloradas como máquinas reproductoras de fuerza de trabajo, incrementando la población esclava doméstica (Davis, 1981). Frecuentemente eran brutalmente abusadas por sus amos y otros hombres, siendo sus hijos e hijas arrebatados y condenados a un futuro de explotación. Estas mujeres soportaron la igualdad en la explotación y el trabajo doméstico junto con los varones y también desafiaron la esclavitud al resistir a las agresiones sexuales de los blancos, defendiendo a sus familias, cuidando a sus hijos y participando en paros y revueltas. Fueron ellas las que transmitieron a las nuevas generaciones un legado de perseverancia y de confianza en sí mismas, un legado de tesón y de resistencia en la igualdad sexual, en definitiva, un legado donde se enuncian los modelos para una nueva feminidad (Davis, 1981).

Un arma importante de dominación y represión era la violación, cuyo objetivo encubierto era ahogar el deseo de resistir en las mujeres negras y de paso desmoralizar a sus compañe-

ros varones. Prácticamente todas las narrativas de los esclavos del siglo XIX contienen referencias a las agresiones sexuales perpetradas por amos y capataces. Las violaciones cometidas contra las esclavas indignaban a las blancas que participaban en el movimiento abolicionista, quienes frecuentemente relataban historias de violaciones brutales y más allá de las contribuciones inestimables que estas mujeres hicieron a la campaña contra la esclavitud, en muchas ocasiones no lograban captar la complejidad de la condición de las esclavas. Las experiencias de las mujeres afro durante la esclavitud -el trabajo duro junto a los esclavos varones, la igualdad dentro de la familia, la resistencia, los azotes y la violación- las habían alentado a desarrollar ciertos rasgos personales que las diferenciaban de la mayoría de las blancas y de la figura materna elogiada por la propaganda cultural de la época (Davis, 1981).

Por otra parte, la sociedad hegemónica ubicaba a las mujeres negras como las responsables de la desintegración familiar, bajo la construcción de diversas imágenes y estereotipos respecto a sus formas de relacionamiento y crianza. Diversos prejuicios respecto a la familia afro, como la supuesta ausencia de una figura masculina fuerte, el carácter problemático de las familias monomarentales y los embarazos precoces, eran utilizados como evidencia de la incapacidad de las madres negras para criar y cuidar de acuerdo a los valores de la cultura dominante.

Jabardo Velasco (2008), plantea que la cultura blanca construyó cuatro figuras en torno a las madres negras: *mammies*, *jezzabel*, *matriarcas* y más recientemente las *perceptoras de servicios sociales*. Las *mammies* y las *matriarcas* son imágenes

que emergen de la esclavitud y ubican a las mujeres negras en la dicotomía como cuidadoras sumisas (las “mammies”) o mujeres combativas y masculinas (las “matriarcas”), que no cuidan a sus hijos por encontrarse fuera del hogar volcada al trabajo remunerado y en consecuencia no se ocupan de la familia. Posteriormente, la figura de “jezzabel” remite a una imagen hipersexualizada de las negras, mujeres con un apetito sexual desmedido, generadoras de vicio y prostitutas. Recientemente, se suma la figura de la perceptora de prestaciones sociales, mujeres que no trabajan y tienen hijos para cobrar un subsidio (Jabardo Velasco, 2008, 44).

Estas imágenes estereotipadas de las mujeres negras, las alejaban de la categoría de maternidad socialmente valorada y del ideal de feminidad que acompañaba a la familia burguesa. Las activistas negras van a necesitar decodificar el sujeto político del feminismo, buscando imágenes en las cuales poder reconocerse y diferenciarse del feminismo blanco. El trabajo doméstico para su propia familia, era la única tarea de la comunidad esclava que no podía ser directa o indirectamente reivindicada por el opresor y por lo tanto, era la única actividad con significado para el conjunto de la comunidad esclava (Davis, 1971). Para las mujeres negras, el cuidado del otro es un acto revolucionario de transmisión de saberes y resistencia, cuando las feministas blancas ubican a la maternidad como un obstáculo y le quitan valor social comunitario, no logran comprender el trauma de la experiencia de la esclavitud y el valor de cuidar a los hijos como acto de resistencia a la opresión.

Despojarle de ese valor político a la maternidad bajo argumentos que recuperan el individualismo y el tiempo liberado

al mercado, era inaceptable para las feministas negras, que además eran quienes en la vía de los hechos se ocupaban de los cuidados para la emancipación de las mujeres blancas. Bell Hooks lo dice así:

Históricamente, las mujeres negras han identificado el trabajo dentro del contexto de la familia como un trabajo que humaniza...que afirma su identidad como mujeres, como seres humanos capaces de mostrar amor y cariño, los gestos mismos de humanidad que la ideología del supremacismo blanco defendía que las personas negras eran incapaces de tener. (Hooks, 2015, 206).

Reflexiones finales

En este artículo, se reúnen un conjunto de reflexiones y perspectivas feministas en torno a la maternidad, con el objetivo de proponer el maternaje como forma de resistencia a la imposición patriarcal. La maternidad tiene un componente de institución y experiencia. A lo largo de la historia, la misma ha sido intervenida de diversas maneras a través de la imposición de mandatos que permiten la reproducción cultural y económica de la hegemonía patriarcal. Las luchas feministas no han abandonado a la maternidad de sus análisis, sino que de acuerdo al momento histórico y a la corriente teórica ha sido localizada como una herramienta del patriarcado que debe ser superada o como agencia que permite construir nuevos modelos de feminidad.

Los afrofeminismos han sido sin lugar a dudas, la corriente feminista que siempre ha defendido el carácter político

y revolucionario de la maternidad, disputando el tiempo al capitalismo y reivindicando la familia como un espacio de resistencia a las visiones más conservadoras. Posturas más recientes que recuperan el carácter interdependiente puede encontrarse en los ecofeminismos, especialmente donde la vinculación con la naturaleza y los cuidados son elementos que revalorizan la vida, colocándola en el centro y reivindicando el papel de las mujeres, denunciando la sobre explotación y extracción capitalista.

La maternidad atraviesa el curso de vida de las mujeres y los diferentes momentos históricos postulan diversas posiciones en torno a la maternidad. Los feminismos, como el mayor movimiento social y político del presente siglo, construye una perspectiva sobre el papel de las madres, la relación con la maternidad y las prácticas de maternajes. Las luchas producen discursos y mandatos, se debe prestar atención a las diversas perspectivas que dialogan con las formas de construirse como mujer y como madres. El derecho a una maternidad libremente elegida también supone el derecho a maternar libremente, ya que la maternidad no se limita al deseo, sino que está en juego en la vida cotidiana y los espacios que se habitan.

El carácter socializador del maternaje en la puesta del cuerpo de las mujeres, trasmite a las nuevas generaciones significados, expectativas y prácticas en torno a la maternidad. Se requiere un feminismo de las madres que permita recuperar y resignificar los legados transmitidos en el curso de vida. Ubicar a las maternidades por fuera del patriarcado es clave no solamente para recuperar la voz de las mujeres sino para comprender las inequidades del sistema y construir nuevos

escenarios para estudiar el cambio social. En un contexto de emergencia de las sociedades del cuidado, es clave colocar los cuidados en el centro pero especialmente a las madres como sujeto político de los cambios que la sociedad requiere. Se debe reivindicar a la maternidad no desde perspectivas esencialistas sino visibilizando diversos modelos de maternaje y de trayectorias vitales, más allá de las visiones clásicas y hegemónicas de la familia, que nos ofrece el sesgo androcéntrico de las ciencias sociales.

Bibliografía

- Abbate, F. (2020). *Biblioteca feminista. Vidas, luchas y obras desde 1789 hasta hoy*. Planeta. Buenos Aires.
- Amorós, C. (2005). *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*. Cátedra. Madrid.
- Badinter, E. (1981). ¿Existe el amor maternal?. Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX. Paidós. Barcelona.
- Beauvoir, S. (1949). *El segundo sexo* (1999. Ed. Sudamericana. Buenos Aires ed.). Editions Gallimard.
- Blanco, M. (2002). Trabajo y familia. Entrelazamiento de trayectorias vitales. *Estudios Demográficos y Urbanos. El Colegio de México*, (51), 447-483.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, (8).
- Blanco, M., & Pacheco, E. (2003). Trabajo y Familia desde el enfoque del curso de vida: dos subcohortes de mujeres mexicanas. *Papeles de Población*, (38), 159-193.
- Butler, J. (1990). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* (2007th ed.). Paidós. Barcelona.
- Butler, J. (1993). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"* (2002nd ed.). Paidós. Buenos Aires.

- Carrasco, C., Borderias, C., & Torns, T. (2019). *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Ediciones De La Catarata. Barcelona.
- Chandler, M. (1998). Emancipated Subjectivities and the Subjugation of Mothering Practices. In S. Abbey & A. O'Reilly (Eds.), *Redefining Motherhood: Changing Identities and Patterns* (pp. 270 - 286). Second Story Press. Ontario.
- Chodorow, N. (1984). *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Gedisa. Barcelona.
- Elder, G. (1993). Historia y trayectoria vital. In J. Marinas & C. Santamarina (Eds.), *Historia oral: métodos y experiencias*. Editorial Debate. Madrid.
- Elder, G., Kirkpatrick, M., & Crosnoe, R. (2006). The emergence and development of life course theory. In J. T. Mortimer & M. J. Shanahan (Eds.), *Handbook of the Life Course*. Springer. Nueva York.
- Federici, S. (2012). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (2018th ed.). Tinta Limón. Buenos Aires.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Tinta Limón. Buenos Aires.
- Firestone, S. (1971). *La dialéctica del sexo. En defensa de la revolución feminista* (1976th ed.). Editorial Kairós. Barcelona.
- Friedman, B. (1963). *La mística de la feminidad* (2009. Cátedra. Madrid ed.). S/D.
- Gago, V., Malo, M., & Cavallero, L. (2020). *La internacional feminista. Luchas en los territorios contra el neoliberalismo*. Tinta Limón. Buenos Aires.
- Gilligan, C. (1985). *La Moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*. Fondo de Cultura Económica. México DF.
- Gilligan, C. (2013). El daño moral y la ética del cuidado. *La ética del cuidado*, (30), 10 - 38.
- Glenn, N. (2006). Distinguishing age, period, and cohort effects. In M. J. Shanahan & J. T. Mortimer (Eds.), *Handbook of the Life Course*. Springer. Nueva York.

- Hareven, T. K. (1995). Historia de la familia y la complejidad del cambio social. *Revista de Demografía Histórica*, 1(13), 99-149. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=212>
- Herrero, Y. (2015). *Apuntes introductorios sobre Ecofeminismo*. (Boletín de recursos informáticos N°43 ed.). Centro de Documentación de Hegoa. http://biblioteca.hegoa.ehu.es/downloads/20011/%2Fsystem%2Fpdf%2F3602%2FBolet_n_n_43.pdf
- Hooks, B. (2000). *El feminismo es para todo el mundo* (Ed. 2017). Traficantes de Sueños. Madrid.
- Hooks, B. (2015). *Teoría feminista: de los márgenes al centro* (Ed. 2020). Traficantes de Sueños. Madrid.
- Jabardo Velasco, M. (2008). Desde el feminismo negro, una mirada al género y la inmigración. En L. Suárez Navaz, E. Martín, & R. Hernández (Eds.), *Feminismos en la antropología. Nuevas propuestas críticas*. Congreso de Antropología 11. San Sebastián.
- Millet, K. (1969). *Política sexual* (Ed. 1995). Cátedra. Madrid.
- Mitchell, J. (1971). *Women's Estate*. Harmondsworth. Penguin.
- Ortner, S. (1979). ¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura? In O. Harris & K. Young (Eds.), *Antropología y feminismo* (pp. 109-131). Anagrama. Barcelona. <https://museo-etnografico.com/pdf/puntodefuga/150121sherr-yortner.pdf>
- Palomar, C. (2004). Malas madres: la construcción social de la maternidad. *Debate feminista*, (30), 12-34. <https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2004.30.1046>
- Puleo, A. (1995). Patriarcado. In *Diez palabras clave sobre mujer* (pp. 21-54). Verbo divino. España.
- Puleo, A. (2005). El patriarcado ¿una organización social superada? *Temas para el debate. La violencia de género*, (133), 39-42.
- Rich, A. (1976). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia y como institución*. Cátedra. Madrid.
- Roberti, E. (2017). Perspectivas sociológicas en el abordaje de las trayectorias: un análisis sobre los usos, significados y potencialidades de una aproximación controversial. *Sociologías. PPGS/UFRGS*, 19(45), 300-335. <https://doi.org/10.1590/15174522-019004513>

- Saletti, L. (2008). Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad. *Revista CLEPSYDRA*, (7).
- Sánchez, N. (2016). La experiencia de la maternidad en mujeres feministas. *Nómadas*, (44). <https://www.redalyc.org/journal/1051/105146818015/>
- Sancho, M. (2016). De maternidad a maternaje. Maternajes, feminismos y paces. *Fòrum de Recerca*, (21), 55-69. <http://dx.doi.org/10.6035/ForumRecerca.2016.21.4>
- Sau, V. (1995). *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna* (2da edición. Año 2017. ed.). Madreselva. Buenos Aires.
- Scott, J. (1994). Deconstruir igualdad - versus - diferencia: usos de la teoría posestructuralista para el feminismo. *Feminaria*, (13).
- Scott, J. (1996). Género, ¿todavía una categoría útil para el análisis? *La manzana de la discordia*, 6(1), 95-101. https://manzanadiscordia.univalle.edu.co/index.php/la_manzana_de_la_discordia/article/view/1514/pdf
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños. Madrid. https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map45_segato_web.pdf
- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo. Buenos Aires.
- Vivas, E. (2020). *Mamá desobediente. Una mirada feminista a la maternidad* (2da. ed.). Godot. Buenos Aires.



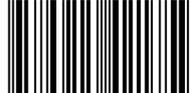
Diciembre, 2023. Depósito Legal n.º 384.359/24
www.tradinco.com.uy



Trabajo Social
Facultad de Ciencias Sociales
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA



ISBN: 978-9915-42-175-9



9 789915 421759